

Gustavo Oliveros



**Mi adorada
prostituta**



Barralibros.Editores

Gustavo Oliveros es licenciado en comunicación social, graduado en la Universidad Central de Venezuela en donde se desempeña como docente. Hizo una maestría en la Universidad de Louven La Neuve, en Bruselas, Bélgica, cuyo tema le permitió más tarde dictar varias conferencias sobre la “teoría del rumor” hoy en día muy bien relacionada con la llamada teoría de la conspiración y las Fake News.



Ha escrito seis novelas publicadas por nuestro sello en donde, al igual que en esta, la tragedia y el humor se vinculan en una especie de intercambio de roles entre los personajes, casi todos extraídos de la vida real. Lo mismo sucede con su compilación de “Cuentos desalmados para armar” que le valió una mención de honor por la Fundación “En Plural” en el 2019.

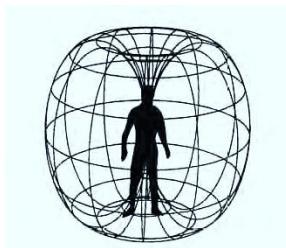
Novelas publicadas: “El último trago”; “Amores a destiempo en tiempos de revolución”; “Rosa Mary se fugó con la lluvia”; “Mi adorada prostituta”; “24 horas frente al cadáver vacío”; “Cuentos desalmados para armar”; “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Tres de ellas, “El último trago”, “Mi adorada prostituta” y “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Fueron elogiadas por la crítica en Bogotá, Buenos Aires y Santiago de Chile,

Mi adorada prostituta

Mi adorada prostituta

Novela

Gustavo Oliveros



Barralibros.Editores

*Para todas esas chicas explotadas por gente
y organizaciones sin escrúpulos y por una ley
que las proteja*

Las chicas de Milena

Cuando se enteró del asesinato, Milena no perdió tiempo en marcar mi número. Ese día me había retirado bastante temprano a mi departamento y apenas llegué, dos tragos de whisky me condujeron por la senda del sueño más intenso que haya tenido durante toda esa semana. Ya, en la mañana, noté sus llamadas, tanto en el teléfono fijo, como en el celular, pero no dejó ningún mensaje. Como de costumbre monté la cafetera Moka para el café e inicié mi rutina diaria mientras escuchaba las últimas noticias en la radio. El suceso del día estaba dedicado al asesinato de un Fiscal del Ministerio Público en horas de la madrugada, un crimen más que, para la población, hubiese pasado inadvertido de no ser por la manera en que el hombre perdió la vida. Lo habían volado por los aires de un bombazo. Aquello llamó la atención de todos los medios de comunicación tanto nacionales como extranjeros.

Vista la situación e imaginando la algarabía que se iba a formar durante los próximos días decidí modificar la agenda de citas promiscuas que a diario debía organizar. Para poner mi cabeza en orden, antes de iniciar la faena, me fui a la ducha. El celular repicó y lo dejé a la espera. Luego de afeitarme devolvería la llamada.

Los medios tanto impresos como audiovisuales hablaban de un atentado ocurrido al sur de la ciudad. El vehículo donde se encontraba el Fiscal había quedado deshecho producto de un explosivo C4 que estaba debajo del asiento del conductor, según los informes preliminares. El funcionario habría muerto en el acto quedando su cuerpo totalmente carbonizado.

Los periodistas señalaban que al momento de su muerte se encontraba investigando los hechos ocurridos hacía dos años atrás, un once de abril de 2002, cuando una protesta antigubernamental culminó con una veintena de muertos, centenares de heridos y un Golpe de Estado que dio mucho de qué hablar, sin que, hasta la fecha, 19 de noviembre del 2004, se supiese con certeza quienes habían sido los propulsores de aquella hazaña. Quince días antes de este atentado, la víctima había logrado que se librasen boletas de captura contra ciertos personeros sospechosos de estar involucrados en aquella conspiración. Entre ellos se mencionaba al alcalde mayor de la ciudad, su secretario de seguridad, el director de la Policía Metropolitana, y algunos prestigiosos empresarios. Igual se aclaraba que anteriormente, al fallecido se le había encargado un caso que conmovió al país cuando un supuesto activista del partido de gobierno, desató en diciembre de aquel mismo año 2002, una matanza en la plaza Francia, un lugar que se había convertido en el centro de protesta de la sociedad civil, y aunque fue detenido bajo flagrancia, al tiempo de su arresto se decía que lo habían enviado a una de nuestras embajadas en Europa. Igual había sucedido con otros hechos no menos relevantes en donde luego de asesinatos masivos por parte de seguidores del gobierno, se les premió con altos cargos en distintos organismos del Estado.

A esas horas de la mañana, en todos los noticieros de la TV, se veía al Fiscal General, quien se había presentado al sitio del atentado, visiblemente compungido por lo sucedido, a la vez que aseguraba con el informe policial en sus manos, la captura de los implicados y anunciaba el despliegue de un operativo policial cuyo objetivo era evitar la fuga de los autores intelectuales. De acuerdo

a los resultados preliminares de las investigaciones, el hecho material lo habían perpetrado dos ex agentes de la Policía Judicial, a la que recientemente le habían cambiado las siglas, quienes también habían sido miembros de la Dirección de Inteligencia, organización que funcionaba como adscrita en forma directa a la Presidencia de la República. Mientras estaba en la ducha pude oír que el Fiscal afirmaba que dichos implicados habrían cobrado por el “acto terrorista” una suma cercana a los 600.000 mil dólares.

Al igual que muchos ciudadanos que no se encontraban involucrados en política, tomé aquella noticia como otra de las tantas que se sucedían a diario en toda nuestra ancha geografía, pues el hampa aumentaba ante la impunidad reinante, y la inseguridad era el pan de cada día. De modo, que aquel 19 de noviembre yo me encontraba más preocupado por las celebraciones decembrinas (y de cómo hacer que mi clientela se gastara las utilidades solicitando los servicios que mis adoradas chicas les proporcionaban), que por esas otras pequeñeces que ni me iban ni me venían, en un país que comenzaba a deteriorarse lentamente. Por ello, la muerte de aquel pobre diablo, que sabría Dios en que líos andaba metido, no formaba parte de mis prioridades y apenas me limitaría a desplazar las citas previstas por mi clientela con respecto a la visita que las chicas les hacían cuando estos las solicitaban. Fue saliendo de la ducha y aun con media barba sin rasurar que el aparato había repicado y yo escuchaba la voz inconfundible de Milena

—¿Te enteraste de la noticia? —y de inmediato agregaba— Acabo de perder a mi mejor cliente.

No conforme con la radio yo había encendido la televisión y las

imágenes desplegadas eran lo suficientemente grotescas como para no prepararse a mediano plazo, ante los acontecimientos que seguro se desatarían en las próximas semanas.

–Si cariño, la noticia está en todos los canales...Que lío.

–Tenemos que hablar, vístete pronto y nos encontramos para desayunar donde siempre –y seguidamente colgaba sin esperar mi respuesta.

El café en aquel lugar era excelente. Por la cercanía a su departamento ella había llegado unos minutos antes que yo. Apenas penetré al local la observé sentada en nuestra mesa habitual, una esquina que nos permitía vislumbrar el panorama a lo largo y ancho de la calle, vacía esa mañana de personas y con poco tránsito automotor. Al levantarse para saludarme la bese como lo hacía en público, en ambas mejillas y tome asiento. De inmediato me llegó la taza de café dejando en el ambiente ese aroma especial de granos recién molidos, de los cuales vivió el país antes del boom petrolero. Pedimos un desayuno francés: croissant, mermelada, queso, jamón y jugo de naranja. Cuando el mesero se retiró unos metros de nuestra mesa, ella no me dio tiempo a preguntar y comenzó a contarme que esa tarde, horas antes del atentado, había estado en el apartamento de la víctima. Quería decirlo todo a la vez y sus palabras se atropellaban por lo que tuve que llamarla a la calma. Aquella voz firme al teléfono, tal cual la que utilizaba con los clientes que pretendían sobrepasarse y que los colocaba de inmediato en su lugar, era ahora una voz confundida, temblorosa y quebradiza. Respiró profundo y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no de dolor, sino de miedo.

Al observarla en su angustia se me dispararon las alarmas. Esas que todos los que trabajamos en el anonimato de la ilegalidad, poseemos como un escudo que nos mantiene en alerta roja bajo una alta dosis de adrenalina que le advierte al cerebro que debe mantener los músculos en tensión para actuar con rapidez ante lo inesperado.

—Tengo miedo, Javier, mucho miedo.

Había sido una relación que ambos mantenían desde que se tropezaron en un antro de Carúpano, pueblo al oriente del país y lugar de nacimiento del fallecido. Allí se habían conocido siendo este apenas un pichón de Fiscal y ella una pichona de puta. Al parecer se desempeñaba en el ambiente carcelario, bajo la supervisión de la Dirección General de Prisiones, y también en el área ambiental, asignación ésta coordinada por el Ministerio Público con sede en la capital. A la falta de diversión en una ciudad que tuvo un pasado lleno de historia en política, economía y emigrantes, que muchas otras hubiesen querido tener, el mejor pasatiempo eran sus playas soleadas, y las noches entre las sombras de los burdeles diseminados por todos los rincones aledaños a su plaza principal. A pesar de tener un poco más de dos años conociéndonos como discípula y proxeneta, yo nunca supe nada de esa relación que ella ahora asomaba con un recelo inquietante perturbador de mi tranquilidad. Según entendí, en ese tiempo remoto el apellido Prospero, le había llamado la atención en aquel cliente fijo de viernes por las noches que la solicitaba sin poner atención a las otras chicas que lo abordaban ante su físico atlético y rostro de galán de novela mejicana. Un prototipo enquistado en sus memorias de la niñez que competían en los canales nacionales

con la “Usurpadora”, “La hija de Juana Crespo” o “La Señora de Cárdenas”. Para aquel momento su salario era sustancioso, vivía en la vieja casona de la familia, luego de haber desalojado a los inquilinos quienes se negaban a abandonarla y a los cuales, una vez mostrada la chapa que lo acreditaba como funcionario judicial, no les quedaba más remedio que amontonar sus enseres, montarlos en una “perrera” como llaman a los camiones de ganado y salir huyendo de prisa, ante la amenaza de terminar enjaulados en la famosa cárcel “Modelo”, una mazmorra controlada por un familiar cercano quien le doblaba la edad, cuyo mayor honor era seguir al dedo las instrucciones del Fiscal sin mirar a los lados. Eso daba más miedo que la misma chapa laminada enganchada al cinturón, al estilo de los personajes de las series televisivas que imitaban a funcionarios del FBI. Con el nuevo gobierno populista se había puesto de moda cierto nepotismo, lo que no sólo significaba tener poder, y más en un pueblo pequeño, sino también un jugoso negocio que permitía cobrar altas sumas de dinero a los detenidos para evitar pasarlos a los tribunales competentes y liberarlos sin expediente alguno que manchara sus apellidos. Esto no sin antes advertirles que el silencio era la única condición que podía evitarles un rápido regreso al penal sin ningún tipo de consideración, amparo, proteccionismo o privilegios. Por supuesto que los detenidos siempre resultaban ser hijos de padres adinerados o bien de algunos medianos traficantes de drogas, cuyas lanchas atravesaban de costa a costa entre Trinidad y tierra firme con un cardumen de Merluza en cuyo interior se podían encontrar pequeños dedales de cocaína listas para el consumo individual.

El funcionario era morocho o mellizo, ella no entendía la

diferencia, pero nunca conoció al hermano, apenas concibió sus parecidos por un reguero de fotografías, que un día husmeado por el apartamento, había encontrado, mientras el amante se iba a una licorería cercana en busca de unas cervezas para acompañar la pizza que estaba a punto de llegar desde un restaurante italiano a pocas cuadras de su morada. Allí, compartiendo con el dueño, solía pasar las tardes dominicales cuando la madre llegaba de visita sorpresa. Ambos hermanos habían nacido un día de octavita de carnaval en medio de una noche terrible de tormenta eléctrica. La madre le había contado que, en la sala de parto, la energía cedía a cada instante dándole paso a las sombras para de inmediato permitir que el destello de un relámpago despertara sus terrores de la niñez. Ella había temido a los truenos toda su vida. En medio de ese “fin de mundo” el primer niño emergió con el sobresalto alojado en la madre. El ginecólogo lo tomó por los pies y lo envolvió en pañales para limpiar el líquido amniótico mezclado con la sangre materna que lo embadurnaba por completo. El segundo tardó varios minutos y a diferencia de su hermano, se posó sobre el regazo de la enfermera con la pasividad de un ángel. Desde allí, mimado ante una caricia, la sedujo con una mirada traslúcida, surgida de unos ojos vivaces y juguetones. No hizo falta para ninguno de los dos la nalgada respectiva. La madre, por su parte, sintió la liviandad de una carga que durante nueve meses la agobió hasta dejarla postrada, casi sin aliento, para realizar las más insignificantes tareas del hogar.

En la mañana, sus párpados recibieron la luz tenue de los rayos del sol que se colaban a través del ventanal. Un cielo demasiado azul daba por inexistente la noche anterior. Oyó girar el pomo de la puerta. La enfermera de turno entraba con una canastilla. En su

interior, dos pequeños dormían el sueño de los justos.

–Buenos días –dijo sonriente la enfermera– aquí le traigo a sus bebes para amamantarlos.

–¿Bebes? –se asombró ella ante el plural

–Gemelos monocigóticos –respondió la enfermera

–¡Ay Dios! –fue su última frase previo a soltar el llanto.

Así, entre el salario y los donativos que se repartía con el primo carcelero, el Fiscal, derrochaba dinero a granel. Las chicas del burdel lo amaban pues a pesar de no preferirlas, siempre les llenaba las manos con un fajo de billetes que ellas agradecían con alabanzas y aplausos.

Aún perturbada por lo acaecido me contó que el funcionario, antes de salir a un “operativo especial” –fue la frase que utilizó esa tarde con Milena–, por primera vez le entregaba la llave de su departamento y le pedía que no se moviera de allí hasta su pronto regreso.

–Por supuesto que él no apareció en toda la noche ... –me aclaró mientras sus manos temblorosas alcanzaban el jugo de naranja que bebió de a sorbos, como si no pudiera tragar–. Desperté de madrugada pues me rendí muy temprano y al encender la televisión me enteré de su muerte y entonces, de inmediato, salí huyendo y una vez en casa sólo se me ocurrió llamarte.

–Hiciste bien –le dije con un cierto sentimiento de reproche muy bien disimulado del cual me sorprendí. Por primera vez me en-

frentaba a una escena de celos que logré reprimir con gran esfuerzo para que ella no lo notara.

Por lo nerviosa que estaba sugerí que regresara a casa y estuviese pendiente del desarrollo de los acontecimientos de ahora en adelante. Extraje la agenda de mi bolsillo y le dije que iba a suspender todas sus citas, ya más adelante veríamos. Por el momento era necesario que se tranquilizara.

—Ve y descansa —le propuse, aún con ese sentimiento de cólera que me consumía internamente.

La madre de la víctima había llegado a la capital desde el oriente de país. Le tomó un par de días haciendo trasbordos en dos o tres ciudades porque los buses de la época no estaban equipados mecánicamente para rodar más de trecientos kilómetros por carreteras ardientes que deshacían las llantas ante un sol despiadado. Su nacimiento la ubicaba a la muerte de un dictador y de una dictadura que mantuvo al país en un atraso de treinta años a pesar de poseer un territorio lleno de petróleo para convertirnos en potencia mundial. Era nativa de Río Caribe, una localidad de pescadores en donde sólo existían tres casas y una docena de rancherías cubiertas de redes, tarrayas de pesca y botes por doquier tropezando unos contra otros al vaivén de las aguas.

Para nada extrañaba aquel poblado donde la pestilencia a pescado se adhería como planta trepadora a cuanto muro pintarrajeado con “*cal muerta*”, se levantaba entre los bohíos. Aquella fetidez se soldaba en la piel de los hombres y como epidemia se trasladaba a los cuerpos de sus mujeres, en proporción tan brutal que el tufillo en sus intimidades, así como el de la atmósfera que

bañaba íntegramente la ranchería, se fundían en un vapor penetrante muy espeso de neblina caliente, que lo inundaba todo y el pueblo olía a hembra en celos. Un vaho que ni el champú, fabricado con hierbas naturales, lograba aplacar los vapores añejados en sus cabelleras como el yodo salitroso en las piedras costeras abatidas por las olas. Así, “*perfumada*” con salitre perpetuo, ella llegaba a la capital sin extrañar a la madre ni al padre porque no los tuvo a su entender. De la madre, apenas recordaba aquel beso de despedida en su frente, apenas siendo niña, una noche tormentosa de truenos y relámpagos que anunciaban el fin del mundo. La abandonaba y desaparecía para siempre, mientras ella en su inocencia despertaba al día siguiente frente a un fenómeno natural como nunca antes hubo otro, producto de un cometa que dejó una estela gigante de fuego en toda la costa de Río Caribe, en cuyo mar jamás se supo de una pesca más fastuosa. Una esquizofrenia de peces saltando en suicidio colectivo a las lanchas, abarrotándolas hasta más no poder, enredándose en las redes que inútilmente los pescadores intentaban desplegar.

Isabel, la madre de Carmencita y abuela de los mellizos, se había fugado con un guerrillero corso venido a esa tierra de salina inclemente para combatir prestado en la batalla de La Victoria. Al padre lo vio por última vez, aquella mañana misteriosa de prodigios naturales cuando dio la orden de que se la llevaran lejos de la hacienda, a vivir con su cuñada Matilda, la tía de Carmencita, a saber, un par de años mayor que Isabel quien la criaría hasta casi alcanzar su mayoría de edad, intercambiando estudios por trabajo de sirvienta. Eso era lo más que podía hacer por ella, le dijo esa noche al padre en medio del zaguán de la casa de Río Caribe, como respuesta a sus palabras: “esa no es hija mía”.

Muy joven, atractiva e inteligente, dones que heredaría uno de los mellizos, conocía por la fuerza de la costumbre que quienes habían logrado rebasar aquellas fronteras, eran alabados por los prisioneros de ese pueblo inmisericorde. Desde que tuvo un halo de conciencia renegó del amor de los hijos de los pescadores en aquella comarca, y más tarde, ya en la capital, también renunció a los presuntuosos que junto a ella compartieron las aulas de la Escuela Normal donde se graduaría como maestra. No era nada embarazoso notar su extraña belleza. Y ella se dejaba ver en su misterio, pero no pasaría por la vorágine sexual de sus amigas que terminaban como criadas en los suburbios cercanos, para mantener a los hijos indeseados por falta de tino. La virginidad no la perdería en un escondrijo sepulcral como Matilda, apenas mayor que su madre, y tan amargada a sus treintaicinco años, con sus cuatro críos, tan vieja y acabada, que probablemente si alguna vez se encontraba frente a frente con Isabel, Matilda, seguramente aparentaría ser la madre de su madre. Ese mundo no estaba hecho para ella, ni para sus hijos, esos dos que llegarían más tarde en la soledad de un hospital cristiano cerrando los ojos para evitar el flash del relámpago que precedía aquellos truenos de tormenta que siempre la aterrorizaron desde niña.

Nunca supo quién fue el padre de los gemelos. Luego de unos años en la capital ella había regresado al Carúpano de su niñez, pero esta vez no se domiciliaría en Río Caribe a pesar de que en pocos años el pueblo daba los primeros pasos para convertirse en una zona turística que llamaba la atención de los extranjeros llegados con las transnacionales petroleras, una vez derrocada la

dictadura. Todo había pasado muy rápido. El retorno a un pueblo próspero y desarrollado le deparó una pérdida no deseada de la virginidad. Si bien aquello no fue una violación a su entender, en el sentido estricto de la palabra, fue lo más cercano a algo parecido. Lo había borrado de su memoria, pero ahora, de pronto, amamantando entre sábanas le asaltó la duda. No sintió rabia, ni odio por ese acto bochornoso. Tampoco se sintió sucia, ni tuvo ningún complejo de conciencia. Así acostumbraban los hombres a tratar a las mujeres en aquellos tiempos de montoneras y dictaduras recientemente superadas. Debido a ello, muchas terminaban contrayendo matrimonio más por conveniencia que por amor. Ella jamás haría eso. Muy en su interior, sentía cierto alivio al haberse librado del estorbo que para la época representaba un himen intacto. Había alquilado una pieza en una de las pensiones para viajeros cercanas al recién inaugurado terminal de pasajeros a un costado de la Plaza Cristóbal Colón. Los carnavales causaban sensación compitiendo con los de Río de Janeiro y con los de El Callao. Allí se mudó unas semanas después, luego de la vejación que sufrió a manos del hijo mayor de la dueña de la primera casa donde habitó, quien, viendo la oportunidad bajo el furor de la caña clara, una noche trágica, rompería el pasador de su puerta para lanzarse sobre ella frenéticamente enloquecido, sin darle tiempo a pedir auxilio. La mujer se mantuvo impávida ante el empujón que apenas duro unos segundos. Sintió el dolor de la penetración y a la par, el rugir del muchachote cuando se le escapó el alma para quedar jadeante y sudoroso a su lado con la culpa taladrándole la culpa, avergonzado y suplicante, sintiendo la mirada fija cargada de odio de aquella mujer que lo asustó, al extremo de pensar que se trataba de un alma en pena, que lo

perseguiría hasta el día de su muerte.

–Salga de aquí ahora mismo –dijo ella con el tono enérgico de un sargento de trincheras. A la mañana siguiente se despedía de la madre con apenas una frase: “adiós para siempre”.

La casera que nunca entendió aquella salida vertiginosa, había visto en ella la oportunidad para alfabetizar a tres de sus cinco hijos quienes se negaban a asistir a la escuela rural más cercana. Otro intercambio al cual la madre de los futuros mellizos ya se había acostumbrado: casa, cama y comida para trabajar como institutriz de unos adolescentes ansiosos por trabajar en la recién creada fábrica de hielo de Carúpano. Un respiro contra el calor sobrellevado por los pobladores entre la media mañana y la media tarde. Un milagro en medio de la solana para enfriar el agua y las cervezas.

Si bien la pensión de viajeros quedaba apenas a unas pocas cuerdas de donde había sucedido la desfloración, la distancia física no podía compararse con la espiritual que era como de la tierra a la luna. Y del eyaculador precoz, Carmencita, no llegó a saber más nunca. Solamente ahora, colmada de ilusiones en aquel cuarto invadido por ese sol radiante que lo iluminaba todo, el pasado la alcanzaba de golpe.

La perpetración contra su intimidad no le causó ninguna perturbación en su psiquis. Era una mujer con mucha fuerza interior capaz de superar hasta ese infortunio. Igual, quizás por lo rápido y cómico de la acción, ella logró evadir aquel acto escondiéndolo en el rincón más oscuro de su memoria. El otro lado, el más resplandeciente en su ser, le abrió de pronto, cuando

menos lo esperaba, las puertas al apetito sexual, el calorón la tomó por sorpresa y unas semanas después terminaba, esta vez sí, haciendo el amor con un joven aprendiz de zapatero que ocupaba la habitación contigua. Había llegado para ganarse un dinero reparando calzados y elaborando unas modernas alpargatas de colores y suelas de cuero, más distinguidas que las usadas por los pobres cuyas suelas de caucho les chamuscaban las plantas de los pies, al derretirse en el asfalto ardiente.

Ser aprendiz en la materia era una condición de alabanza, pues la profesión era bastante cotizada y un escalón de ascenso en la élite social de los carupaneros. Algo parecido a ser párroco, barbero o vendedor de tabacos. De tal modo, pensó ella, no había escogido tan mal. Si bien se acostaron en varias ocasiones, ambos sabían que ninguno de los dos estaba hecho el uno para el otro. Por tal razón, la llama pronto se apagó de la misma manera en que se había encendido. Pero ella no estaba satisfecha aún. Todavía no había probado el placer, la delicia del amor sublime. Le faltaba pasión, querencia, entusiasmo y no solamente, ardor, ímpetu o fogosidad. No había culminado el mes de junio, cuando se tropezó con aquel vendedor de dentaduras postizas a la entrada de la pensión. Acababa de descender de los nuevos “Aerobuses de Oriente”, una línea de guaguas mucho más cómodas y espaciosas en comparación con los que ella había utilizado diez años atrás para huir de su provincia borrascosa. Las maletas no venían en rejillas encima de sus cabezas, ni en medio de sus tobillos para impedirles estirar las piernas y mucho menos en pleno pasillo perturbando el transitar hacia un descanso de carretera, cuando el propietario no lograba despertar de su sopor. Ahora las unidades disponían de un maletero en su exterior en donde una etiqueta

llevaba el nombre del pasajero y este podía viajar a su libre albedrío. Así se lo hizo saber él, se tomaban en una nueva terminal de la capital construida para gente adinerada que desconfiaba de los aviones a “*propelas*”. Aquellas unidades realizaban un viaje directo hasta Carúpano atravesando otras ciudades en medio de una lluvia obstinada de hojas secas descendiendo a tropel desde lo alto de los árboles, y que producto del viento se acumulaban en raudales a los lados de la vía, en un trayecto de diez a doce horas. Ramiro Esparragoza, así se llamaba el odontólogo de postizos que, desde Carúpano, tenía pensado viajar en lancha hasta Trinidad, y quien terminó aceptando el consejo del chofer del autobús, al sugerirle que lo más recomendable era pernoctar en una pensión cercana ya que el viaje de noche no era nada recomendable, una travesía sólo permitida para traficantes de oro, perlas y semillas de frutas exóticas, pues a pesar de la precaria distancia entre ambas orillas, el mar se embravecía tanto que ni los pescadores veteranos en las lides, se atrevían a mover sus peñeros ante las olas bestiales que azotaban la costa. Mejor era cruzar temprano en la mañana rumbo a su destino final sino quería convertirse en el manjar predilecto de los Cazones adolescente, una especie pequeña, pero a punto de convertirse en tiburones, y para quienes un ser humano desprevenido le venía a la medida para probar sus afiladas dentaduras, nada parecidas a las “*quita y pon*” del artesano bucal. El viaje a Trinidad, tardó más de lo previsto. Tiempo suficiente para que naciera un romance entre ambos seres que finalizaría otra noche fatídica en que, Ramiro Esparragoza, correría el riesgo de lanzarse en un pequeño bote hacia la isla cercana guiado por el faro que alumbraba toda la costa: “No te angusties, eso está ahí mismito”, fueron las últimas palabras que Carmencita recordaría

de aquel hombre que se lo tragó el mar.

La abuela verdadera de los gemelos murió muy joven, víctima de la tuberculosis. No le dio mucho tiempo a estar con la única hija, tampoco con el marido y muchos menos con el amante guerrillero con el cual se fugó cinco años después de su boda. Al conocer de su embarazo, los padres llamaron a Don Antonio Prospero, y le dieron la novedad cometida por Alfredo Antonio Prospero, con la convicción de que éste respondiera a la deshonra. El padre, haciendo gala de una honorabilidad a toda prueba, llamó al despacho a su hijo, quien confesó haber cometido el vejamen en menoscabo de Isabel López Itrágo, una joven de sociedad, no de una clase tan elevada como la de los Prospero, pero educada en el seno de una familia digna y respetable, cuyo padre había servido sin ambiciones, como contador, en la destiladora del ron Carúpano. Industria de bebidas espirituosas, montada por la familia Prospero a mediados del siglo XIX. Todo un emporio gracias al usufructo de diez hectáreas de tierras donadas por el caudillo que gobernaba para aquel entonces. Zafra de caña que hubo desafiado las montoneras sobrevivientes luego de la guerra civil que culminaría con la batalla de la Victoria.

–Le garantizo casamiento –dijo el viejo Prospero al padre de Isabel– la familia correrá con todos los gastos y el fruto de sus entrañas será educado bajo la fe católica, siempre digno de llevar nuestro apellido. El padre agradeció el gesto. Isabel recién alcanzaba los veinticinco años.

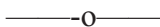
El matrimonio de Isabel con Alfredo Antonio, cumplió con los requerimientos necesarios de corruptela que hubo de sortear Don

Camilo Proserpi, dispensando una cantidad bastante estimable de dinero en efectivo a la parroquia, para evitar así que el prelado se negara a darles la santa bendición a los contrayentes, en vista de la transgresión de la novia por no cumplir con el precepto de mantener su virginidad intacta, hasta después del casamiento, tal cual lo ordenaba la Santa Iglesia Católica y los Santos Sacramentos. Una vez culminada la ceremonia, Isabel se mudó entonces a la antigua casa de sus suegros quienes disfrutaron el ver como se le abultaba el vientre con el pasar de los meses. Le consentían todos sus deseos y la mimaban como jamás la habían mimado sus padres. Alfredo Antonio, por su parte, también se sentía orgulloso de su mujer a pesar de la falta de amor existente entre ambos. Desde adolescentes, cuando corrían entre los laberintos de los cañaverales, sabían que jamás ardería la pasión entre ellos. Era una hermandad tácita que con los años se fue distanciando hasta ser alcanzada por el odio cuya culpa recaería en Pierre Renoir.

Matilda, la abuela sustituta le llevaba solo dos años a Isabel, su hermana predilecta y consejera hasta que Isabel desarrolló unos senos tan deseables que relegaron a Matilda a un segundo plano entre los jóvenes de alcurnia que celebraban la zafra con bailes y reuniones, organizadas para futuras uniones familiares.

En su afán de rivalizar con la hermana saltó de un patiquín tras otro consiguiendo, en vez del ansiado amor que la elevase de status en aquellos inicios de los años veinte, cuatro partos que la fueron avejentando de tal manera, que si alguna gracia había tenido para competir con la hermana en buena lid, la perdió apenas dio a luz al primer hijo, y de allí en adelante, los otros tres que llegaron sin

darle tiempo a que los pezones regresaran a su lugar de origen, terminaron con cualquier vestigio de belleza que alguna vez la pudo haber adornado. Cuando Alfredo Antonio Prospero, le llevó a la sobrina aquella tarde de tragedia, despidiéndose con aquella frase lapidaria: “*esta no es hija mía*”, Matilda de la Concepción López Itríago comprendió que su existencia estaba destinada a vivir de los críos de otros bajo el apellido materno.



Nos despedimos y estuvo de acuerdo en que le suspendiera las citas que tenía prevista para la semana. Le advertí que al igual que el pasado año, se acercaba diciembre, la fecha de dispendio y juerga de la mayoría de nuestra clientela. Si bien yo disponía hasta el momento de una veintena de chicas bien agradecidas, ninguna como Milena para cautivar a estos hombres solitarios y disfrutar un porcentaje insustancial de sus fortunas. Sólo habían transcurrido dos años de nuestro primer encuentro en el *Saba*, un lunes de silencio total con poca actividad social en comparación con las de los viernes y sábados por las noches. Había dejado de asistir por un tiempo pues el burdel no había renovado las chicas y por el contrario las más divertidas habían cambiado de local, algo que era muy normal cuando se iba ascendiendo de categoría.

Gracias a mi libertad de movimiento podía recorrer algunos lupanares a la caza de anfitrionas en horarios pocos tumultuosos, Esto me daba cierta ventaja ya que las chicas al igual que yo, disponían de su tiempo para sentarse a charlas un rato mientras aparecía algún cliente ocasional. Así que, apenas al entrar y sentir la oscuridad de una tarde de verano esplendorosa, ella me hizo un

gesto con su índice desde la pequeña barra en donde un chico moreno, bastante afeminado, se encargaba de dispensar los tragos exigidos por la clientela.

Vi la señal, esa mano alzada y un dedo que coqueteaba en el aire invitándome a acercarme. A ella no la distinguí desde la distancia, sin embargo, al recorrer los pocos metros que nos separaban la fui detallando desde los tobillos hasta el centro de su equilibrio para culminar en unos senos atractivos y en un rostro perfilado con poco maquillaje, apenas un leve tinte violeta en los labios para resaltarlos, mientras que las mejillas lucían un púrpura debilitado, que contrastaba con una cabellera espesa que descendía sobre sus hombros como una lluvia inmisericorde de oro fundido.

Bastó un saludo inicial algo seco el cual combinó con un “*me invitas un trago*”, para derrochar algo de glamour y comenzar una corta charla que culminó más tarde en un hotelito humilde a fuerza de tarjeta de crédito. Por ser un día poco transitado obtuve de ella el derecho a permanecer más tiempo del establecido por el régimen de una norma utilitaria: “*seis horas de trabajo equivalía a seis clientes*” cada uno bajo honorarios estrictos y pago en efectivo. Puesta bajo el microscopio de mis intereses comerciales, supe al momento, más por instinto que por lógica, que en esa estampa de mujer se encontraba la llave que abriría todas las cerraduras del placer. La búsqueda había terminado.

A partir de ese momento, los lunes se convirtieron en el algoritmo de mis planes futuros. A decir verdad, no tardé mucho en concretarlos. Un par de meses fueron suficientes para convencerla de que me auxiliara en el negocio.

–Lo que menos me imaginé es que eras un proxeneta –me dijo desternillada de la risa– vaya intuición la mía.

–¿Y aun así me quieres como socia?

–No te cambiaría por nadie en el mundo, y lo de la intuición me lo dejas a mí. Tú ocúpate de lo tuyo, que del resto me encargo yo. Ya verás cómo nos va a ir de maravilla.

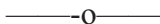
Y tal cual como si lo hubiese decretado, a dos años después de aquel encuentro, el negocio creció vertiginosamente y de las cinco chicas que manejábamos al comienzo pasamos a 24. Luego fuimos destilando el producto hasta quedarnos con 12, para más tarde subir a catorce en los dos meses subsiguientes. Posteriormente, un par de días antes del acto terrorista, Milena recién reclutaba a otras seis chicas, siempre con la vista puesta en los mejores especímenes que ella enlistaba de entre todas sus amigas, mientras yo exploraba en universidades y barriadas pobres de la capital en donde abundaban las niñas bellas sin futuro.

Milena tenía la virtud de que podía hablar con o sin el acento oriental, según fuese la ocasión. Cuando al conversar enfatizaba la “r”, aceptaba el cumplido de toda la clientela, pues alguna anécdota o chiste venía como aliciente sagrado, capaz de despejar cualquier asomo de timidez, arrogancia o temores.

–Hijo er diablo, muchacho, a la verrrga... Venga pa ponerrrle la cachucha que usted como que no sabe jugar “beisbor” –y de inmediato como una buena madre, procedía a colocarle el preservativo a los más torpes en el proceso.

En Carúpano estuvo trabajando en uno de los lupanares más

cotizados por los comerciantes e industriales de la región, apenas cumplió la mayoría de edad. Esa condición la convirtió en la más deseada de las trabajadoras sexuales que veían en ella una competencia desleal. Tan buena era, tan nacida para el oficio, que en un día ganaba diez veces más que cualquiera de las otras meretrices en una semana. La llegada de los ciudadanos a la provincia, bien como agentes empresariales de alguna sucursal, bien como comerciantes dispuestos a invertir, o como empleados públicos que suelen ser designados para alguna labor ministerial elevaron su fama. Todos, con pocas excepciones, al desembarcar la pregunta típica que los acompaña no puede ser más despectiva. “*En dónde están las putas*”.



Carúpano fue fundada como pueblo de misión el 23 de diciembre del año de 1647 por el Obispo Fray Damián López de Haro, con la construcción de una capilla en un incipiente caserío en la entonces Provincia de Nueva Andalucía. El origen del vocablo es netamente indígena, el cual ha sufrido alteración en su origen y por consiguiente en la escritura castellana. El verdadero término es Karú–Pana, que significa “casa de tierra” o “tierra que tiene casa” en lenguaje Uainimanes (Nu–Aruak).

Para ese siglo existían algunos caseríos en los valles vecinos, como Carúpano Arriba, Macarapana, Guayacán, Areocuar, Caratacuar, todos pertenecientes a “Puerto Santo”, primera Parroquia eclesiástica que se erigió por aquellos contornos. Cuando se creó la segunda Parroquia de San José de Areocuar, esas comunidades se dividieron para darle paso a un crecimiento

comercial que anclaba en sus puertos con el arribo de cientos de marineros provenientes de todos los confines de España, Francia y el medio oriente.

Los historiadores coinciden en que, a partir de la visita de López de Haro, Carúpano Arriba, Guayacán y Macarapana, se constituyeron en el núcleo del Carúpano actual. En ellas se comenzó un lento proceso de expansión, pero también de fusión, avanzando en forma independiente hacia el actual puerto. A medida que crecía la población, los ranchos de bahareque y caña amarga fueron conformando calles, bordeando las cuatro lagunas que ayudan a dibujar el rostro de la ciudad: Así nació *El Mangle*, que ocupaba las tierras bajas de la actual urbanización la Viña, aledañas al cauce del Río Rivilla. Luego le llegó su turno a *El Bajo* que se adentraba hasta las inmediaciones de la actual Plaza Suniaga, que se encontraba al este del cerro El Vigía, en el actual Parque Miranda; y, a cuenta gotas, se creaba el poblado de *Boca de Río*, donde descendía el caudal del Macarapana.

El apellido del párroco viene a ser el de mayor proliferación en esta provincia. Se cuenta que López de Haro, a pesar de su alta investidura cedió ante el pecado de la carne y dejó una prole regada por todo el territorio. Descendencia que, a falta de apellidos, decidió utilizar el del padre para diferenciarse de otras generaciones tal como lo exigían las leyes de Indias. A esto, Fray Damián no opuso objeciones, eso sí, negando el estupro, y dejando entrever que el uso de su apellido era una acción de gracia cristiana para con los débiles y desamparados sin familias.

– “Que usen mi apellido pues” –habría dicho en una de sus

homilías-. Al igual que Jesús nuestro señor, nunca se negó a que los mortales usaran su santo nombre, qué se puede esperar de mí, su más humilde servidor.

Damián López de Haro, perteneció a la Orden de la Santísima Trinidad, fue consagrado Obispo en 1643 y en junio de 1644 estaba en San Juan Bautista de Puerto Rico. Organizó el Sínodo Diocesano de 1645. Cursó la cátedra de filosofía en el convento de Toledo y la de teología en Salamanca. Fue, además, fundador de la Congregación del Santísimo Cristo de la Fe; visitador y definidor de su provincia.

En su biografía se cuenta que nació en la imperial Toledo en 1581, que recibió el bautismo el 27 de septiembre, que vistió el hábito trinitario calzado en su ciudad natal el 14 de febrero de 1598 hasta consagrarse como religioso el 28 de febrero de 1599. Fue maestro en teología; predicador general en la provincia de Castilla; calificador del Consejo Supremo de la Inquisición; ministro de los conventos de La Guardia, Zamora, Arévalo, Cuenca, Talavera de la Reina y dos veces del de Madrid. Fue, además, fundador de la Congregación del Santísimo Cristo de la Fe; visitador y definidor de su provincia; Redentor en Argel; Comisario y visitador apostólico en la provincia de Andalucía. Hay más, pero culminemos con su muerte que acaeció en la *“Perla del Caribe”* un 24 de agosto de 1648, y aunque se menciona la peste como la causa principal, siempre se sospechó que su fallecimiento se debió a una terrible gonorrea que le minó hasta los riñones dejándolo postrado por semanas en una celda del convento hasta el desenlace final. También se menciona que antes de expirar susurró algo parecido a *“Adiós mis adoradas putas caribeñas”*. Acababa de

cumplir los sesenta y siete años. Fue una de las figuras más ilustres del episcopologio puertorriqueño. En el desempeño de su misión, mantuvo una extensa correspondencia con diversas personas de la metrópoli –entre ellas el rey Felipe IV–, a quien informaba sobre el estado de su diócesis, tanto de la isla y ciudad de San Juan Bautista como de los anexos. Sus escritos son fundamentales para conocer el Puerto Rico de mediados del siglo XVII, de tal manera que no hay libro de historia isleña de ese período que no registre su nombre.

El desarrollo de la provincia se fue acelerando de tal manera que desde *Carúpano Arriba* hasta el puerto, nació, en cuestión de semanas, la nombrada por los marineros de aguas saladas, la calle de “*Las Doncellas*”. El nombre originó conflicto entre los pobladores pues no todas las mujeres que circulaban por el lugar eran prostitutas. Por ello en reunión celebrada en la Santa Iglesia de “*María Magdalena*”, las matronas del sector decidieron cambiarle el nombre por calle “*Las Flores*”. Pero la controversia no terminó ahí y más tarde se extendió hasta la zona de *El Mangle* y *El Bajo*, continuó hasta el puente de Boca de Río y, finalmente, en medio de tanta impudicia se acordó como frontera libidinosa el llamado pasaje del Camino Real, el cual una vez rebasado daba a la Calleja de “*El Alacrán*”, nombre inventado por los marineros de agua dulce (en este caso) en vista del burdel de feas que en él proliferaban. La vida loca, en ese sector, por más protestas cristianas que se llevaron a cabo, terminó prolongándose hasta la laguna de El Vigía, en donde todos los pecadores terminaban lavando las culpas de la carne y la gonorrea que “*jugaba garrote*”.

Una vez consolidadas, calles, callejuelas, barriadas y rancheríos,

el pueblo de Carúpano quedó establecido como parroquia eclesiástica en el año de 1742, bajo la advocación de Santa Rosa de Lima como patrona. De un plumazo, las matronas mandaban a María Magdalena a los burdeles del infierno. Nacía así el “nuevo” Carúpano, el de las futuras familias con apellidos tan pomposos como Prospero, Renoir, Vargas o López Itríago.

En Carúpano, Milena, la mayor de tres hermanas, apenas logró culminar el tercer año de bachillerato. Tenía 17 años para ese momento y las cosas en su hogar no estaban nada bien. El padre alcohólico, trovador y mujeriego vivía al son que le tocaran y la madre se encargaba de la manutención de las tres hembras que le había parido una tras otra, en la búsqueda de un varón que nunca llegó. Con la fiera de una mujer abnegada cuya labor se iniciaba un lunes y parecía no tener límites, pues los fines de semana el trabajo era más pesado, aquella matrona de rostro envejecido, se ganaba los cobres a fuerza de lavar las sábanas y fundas de almohadas de los burdeles cercanos. Aparte, tenía que zurcir los desgarres y quemaduras de cigarrillos que los hombres dejaban en ellas. Todo en su afán por aferrarse a cualquier cosa al instante de la eyaculación sin atentar contra la “norma”, la “ley sagrada” impuesta por ellas, solo violada por sus maridos o amantes. En la cópula no estaban permitidos los besos boca a boca, mucho menos con lengua. Tampoco se aceptaban agarraderas de culo, ni de tetas o caderas, ya que eran zonas erógenas no cubiertas por la paga, y aunque algunos adinerados lo intentaban, primero tenían que enfrentarse con la ética y moral de una “puta colmada de dignidad”.

Para desmanchar la lencería la madre de Milena disponía de una lavadora de rodillos marca Westinghouse y en cuanto a los

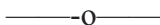
zurcidos se refería, ella en forma muy diligente y, pensando en agilizar el oficio, había adquirido una máquina de coser a pedal marca Singer, mucho más eficiente que la de manivela, heredada a la muerte de su suegra. Milena era la designada para recoger la mercancía de cuadra en cuadra y posteriormente repartirla una vez planchadas y dobladas con todo cuidado para que conservaran su olor a jazmín. Esa labor la inició a los catorce años y, entre burdel y burdel, ya los proxenetes notaban un cuerpo cuyo presagio estaba determinado a volver locos a los hombres, apenas la sangre chorreara por sus piernas. Y ciertamente la regla le llegó un poco tarde, cumplidas las quince primaveras. Su tez blanca combinada con aquellos cabellos ensortijado y escaldados por el sol inclemente de los mediodías, le originó el apelativo de “La bachaca”. Con este conquistaría a medio Carúpano una vez cumplidos los dieciocho años. Por ello nunca fue de extrañar para los lugareño y clientes asiduos a los burdeles que aquel joven funcionario, recién nombrado Fiscal y carcelero adscrito a su ciudad natal, como lo exigió una vez recibida la postulación, se apegara a ella desde el mismo instante en que la conoció. Si no la pidió en matrimonio a los pocos meses de sus visitas semanales al burdel, fue porque el apellido pesaba mucho en la región. Y ningún Prospero podía darse el lujo (*si es que así puede llamársele sin pecar de inocente*), de contraer matrimonio con una puta de burdeles baratos.

En realidad, el Fiscalito debió haber llevado el apellido López con el que la mayoría de las madres carupaneras bautizaron a sus hijos, sin embargo, Carmen, no titubeo cuando llegó al Registro

Civil y dejó asentada su firma en el acta de nacimiento en donde se leía con claridad, luego de la parafernalia que: “Oficina Principal de Registro Público... Doctora Rosa Ríos Hernández de Quevedo....Quien suscribe....Que bajo el N° 1391, folio 197... Etc, etc, etc, hago constar que hoy veinte de marzo, me ha sido presentado un niño por Carmen López Itríago, quien dice ser su madre soltera de 32 años...Etc, etc y que llevará por nombre Carmelo Adolfo Prosperi...

—¿Y cómo Prosperi?—preguntó la funcionaria, si usted dice ser soltera —a lo que la madre respondió con un fajo de billetes de baja denominación que colocó suavemente sobre el escritorio de la doctora.

—Usted coloque en ese papel, “Prosperi”, que lo demás lo arreglo yo — y de esa manera dos hermanos mellizos, nacidos en una noche tormentosa, terminaron con apellidos diferentes.



Para el día siguiente luego del atentado, los demonios se habían desatado y las sirenas de las patrullas policiales cruzaban la ciudad de un extremo al otro. Los arrestos y allanamientos de moradas pasaban de las zonas más humildes a las más pudientes. Las acusaciones de personeros del gobierno iban y venían, la oposición se quejaba, un pandemónium total. El miedo de lado y lado se había apoderado del país. Si eso había sucedido con aquel “pobre diablo” como yo lo había calificado aquella mañana de desayuno con Milena, qué podía esperarse entonces con los ciudadanos normales que deambulábamos de un lado al otro en esta espantosa metrópolis. Al parecer los grandes operativos solo funcionaban

cuando un alto personero del gobierno obtenía una pequeña dosis de lo que un ciudadano común recibía a diario. El despliegue policial no tenía comparación con nada que yo hubiese visto antes. Lo más grave, quizás, era la gran cantidad de funcionarios públicos que actuaban unos a su libre albedrío y otros bajo las órdenes de unos superiores que, a su vez, no les rendían cuentas a otros que estaban por sobre ellos. La cadena de jerarquía era tan endeble que las sanciones brillaban por su ausencia. Cada quien hacía lo que le venía en ganas y hasta los llamados colectivos, un grupo armado al margen de la ley, que actuaba por cuenta propia financiado por el gobierno, tomaba la justicia en sus manos. De esta manera todo funcionario con carnet o chapa policial se aprovechaba del caos reinante escenificado en el seno de las legítimas autoridades. Como yo no estaba sumergido en esos embrollos, me tenía sin cuidado aquella situación de alarma reinante en los cuerpos de seguridad, jueces, ministros, gobernadores, diputados, empresarios ligados al gobierno y aduladores de oficio. Ni siquiera me preocupaba lo de Milena ya que acostarse con una puta de oficio, aunque fuese mi mejor meretriz con la cual contaba, no parecía ser una emergencia de Estado. Con estas cavilaciones y sacando cuentas para distribuirnos las ganancias del año con las consecuentes que obtendríamos en diciembre, me sobresalté ante el timbre del teléfono que repicó varias veces sin que yo saliese a responder con la premura que parecía tener quien marcaba mi número.

—Hola —era la voz de Milena de nuevo. Me pedía deshacerme del celular— bótalo pronto en la calle, tíralo por el balcón, pero no uses más ese número porque está en mi agenda y creo que yo y todos los demás corremos peligro —se expresó con la voz en-

trecortada.

No entendí nada. Quise preguntar, hacer algún comentario, decir algo, qué se yo, cualquier cosa que me llegara a la mente. Un espacio en blanco, un instante de tiempo suspendido y una serie de interrogantes en mi cabeza quedaban sin respuesta alguna. Balbucee unas palabras incoherentes, pero ella ya había colgado.

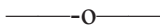
Pasaron minutos, un largo silencio colmado de incertidumbre para que, finalmente, de nuevo repicara el teléfono. Salté con el ímpetu de un león hambriento en pos de una gacela. Su voz de nuevo temblorosa surgió al otro lado de la línea.

—Estoy en un teléfono público. Tuve que salir huyendo del departamento. Me llamó Serrano, te acuerdas, el cliente pervertido que dice ser diputado. Me dijo que encontraron cosas mías en el departamento de Carmelo.

—Y ¿Quién es Carmelo? —pregunté.

—El que volaron anoche por los aires, ¡¡coño!! No te dije. —sí, me lo había mencionado, pero nunca pronunció su nombre. Ahora yo sabía que se llamaba Carmelo. No quise entrar en discusiones con ella al respecto. A mí, un Carmelo no me decía nada, pero un Serrano me decía mucho. De modo que previendo cualquier acontecimiento sorpresa, hice una pequeña maleta con lo necesario para sostenerme unos días por si las cosas se ponían más feas de lo que estaban. Dos pantalones, tres franelas, dos camisas clásicas, una chaqueta, dos pares de medias y un par de zapatos deportivos. Tomé el celular y me guardé la batería. Luego lo batí contra el piso y lo deshice con los tacones del zapato. No me preocupaba la

agenda contenida en su interior, pues siempre me había acostumbrado a la tradicional libretica de bolsillo y a una electrónica, regalo de un cliente satisfecho quien entusiasmado me trajo una versión bastante avanzada de los Estados Unidos. Los restos del aparato esparcidos en el piso los coloqué en una bolsa que más tarde dejé tirada en un contenedor de basura, a unas cuantas cuerdas del departamento, y embalé hacia el litoral central, un hotel menos suntuoso de los que normalmente tenía en mi nómina, pero muy seguro en nuestro trabajo. De modo que, a sabiendas que no causaría ninguna sorpresa ante el propietario, llegue sin interrupciones en la vía. Las alcabalas apenas iniciaban su instalación, lo que permitió al taxista señalar que al regreso probablemente las cosas se les iban a complicar. Esta apreciación me obligaba a proporcionarle un pago extra. En el hotelito me hospedaba en momentos en que necesitaba estar solitario, lejos de las chicas, con mi querida Milena. Desaparecidos de todo, en una necesidad de encontrarnos con nosotros mismos, beber unos tragos como cualquier desconocido, disfrutar de nuestra compañía en solitarios con una cena exquisita, ver los canales de televisión por cable que más nos gustaban, no responder llamadas telefónicas, y al final, aliviados de preocupaciones, preparar los planes a futuro de nuestro negocio, cada vez en ascenso.



Los Properi provenían de las islas francesas de Córcega. Al asentarse en la provincia se dedicaron a la siembra e industrialización del prodigioso y lucrativo cacao. Anidaron principalmente en Rio Caribe y Carúpano, lugares que contaban con puertos comerciales que les brindaron una amplia visión y

mejores posibilidades para establecerse. Ya que existía menos competencia de mercado en esa zona, lograron perfeccionar las técnicas del cultivo, lo que permitió el aumento de la producción de este rubro, generando la activación en su totalidad del Puerto de Carúpano. La generación siguiente a la que perteneció el padre de Carmencita Prosperi o, mejor dicho, Carmen López Itriago, como la nombraría más tarde su abuela postiza, emprendió negocios con los licores. Con el tiempo nació el famoso Ron Carúpano, el perfecto afrodisiaco de aquellos carnavales que se iniciaron desde principios del siglo XX. Era la fiesta de los más acaudalados, quienes, junto a sus familias, lucían sus mejores galas y disfraces al estilo Venecia. Todo un festejo hasta 1933, cuando el paso de un ciclón de fin de mundo, sumergió a la ciudad en una profunda crisis. Bajo esa tormenta nacería Carmencita Prosperi, devenida más tarde en Carmencita López Itriago.

Con los mellizos, sucedería algo parecido, y un sábado de un cielo iluminado como nunca antes en plena octavita de carnaval del año 1964, ningún astrólogo hubiera presagiado la tormenta que se desataría en horas de la noche, cuando del vientre de Carmencita López Itriago, surgirían dos seres alumbrados por los relámpagos y los truenos desatados por la ira de Dios. Los mellizos se criaron bajo el amparo de la madre, amparo que por años proveyó el viejo Prosperi hasta su muerte. Quizás sólo haya sido Matilda quien sospechó de aquella compensación familiar en algún momento, pues ¿de dónde sacaba el dinero Carmencita para sostener a ese par de críos?

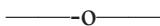
No era nada nueva esa aprensión y aunque a ella, ni el viejo Prosperi ni el hijo, se dignaron nunca a darle alguna ayuda

económica por sus cuidados. Con Carmencita, al parecer, sucedía lo contrario. Por ello antes de cumplir la mayoría de edad y bien dispuesta, la sobrina había huido de Río Caribe como “*arma que lleva er diablo*”. Y no dejó de tener razón la tía madre, Carmencita recibía del viejo Prospero una buena dote, suficiente para evaporarse de Río Caribe y mantenerse en la capital de la república. Cuando la dote se le agotaba, llegaba de nuevo otro fajo de billetes para que pagara habitación y estudios. Así se graduó en la escuela como maestra y luego trabajó un par de años en barrios de la capital con lo cual vivía holgadamente pues aunque el sueldo no era gran cosa, las mesadas provenientes de la administradora del Ron Carúpano, le permitían darse ciertos lujos en vestidos y zapatos a la moda. Todo le funcionaba como Dios lo había designado. Pero, siempre hay un “pero” en toda historia, llegó el año de 1958, un 23 de enero que acabó con una dictadura y a la vez, con las aspiraciones y la buena fortuna de Carmencita Prospero. Afortunadamente disponía de unos buenos ahorros y para no comérselos todos en la capital, alzó vuelo para Carúpano, y al llegar se enteraría del porqué en los últimos meses la remesa del Ron Carúpano le llegaba con irregularidad. El abuelo Don Camilo Prospero, se encontraba muy mal de salud, y eso le había impedido por un tiempo ocuparse de sus actividades administrativas. Cuando medio se recuperó y cobró algo de conciencia, ya los mellizos corrían por los alrededores del patio de una humilde vivienda alquilada por Carmencita quien nunca dilapidó los ahorros que enviaba mensualmente el viejo Prospero a la capital. A su muerte sólo se atrevió a cruzar la frontera de su infortunio días después, apersonándose ante la tumba y unas lágrimas sellaron para siempre cualquier manifestación de cariño, existente entre

dos seres que nunca se vieron frente a frente. Tampoco se vio nunca con el abuelo verdadero, pues lleno de vergüenza, una vez que su hija Isabel huyó con el guerrillero francés, se voló los sesos con un máuser antiguo de los utilizados en la batalla de La Victoria. Semanas después de la muerte del viejo Prospero, un abogado la visitaba con una encomienda del difunto. Aquello fue como si hubiese resucitado:

–Vengo a entregarle esta libreta con unos ahorros bajo el más estricto secreto dejada por su señor abuelo.

Todas esas historias se las fue contando Carmelo a Milena en sus muchos momentos de intimidad luego de aquel primer encuentro en Carúpano, lo habían recién asignado a esta provincia como Fiscal de prisiones en materia carcelaria, “algo así”, le había dicho, y encargado de defensa ambiental. En cuanto a ella, mejor plaza no pudo tener, una vez posicionada como la más cotizada en el “*Encanto de las Sirenas*”. Cuatro años le habían bastado a Milena desde que tomó su decisión de servidora sexual, para hastiarse de los cuchitriles de mala vida, y poner a la orden su currículum en un local de mayor prestigio. Se vieron, acordaron el precio, se fugaron de allí a otro hotel pues a él no le gustaban los cuartuchos de aquellos locales, amanecieron, él canceló la cuenta agregando una jugosa propina, se despidieron y de allí en adelante se encontrarían todos los viernes hasta que ambos se vinieron a la capital. A él lo reasignaron en varios casos de jurisprudencia penal y ella se reasignó así misma en uno de los más exquisitos burdeles de la Ciudad: “*El Saba*”, donde, como *Balkis*, reinó hasta mi llegada, luego de una breve pasantía por el *Morritsont*.



Ese jueves, luego de su llamada cuando terminaba de preparar la maleta, ya había decidido irme al hotel. Se encontraba a unos diez minutos del aeropuerto internacional, en el litoral central. Allí me fugaba con Milena cuando disponíamos de algo de tiempo. Vivíamos y disfrutábamos ese romance extraño en el cual se nos olvidaba nuestra relación de negocios. Durante esos fines de semana, yo no era su proxeneta y ella no era mi puta preferida. Nos registramos siempre como pareja, como marido y mujer y así nos veían los empleados. Era el refugio perfecto porque en la mayoría de los hoteles de la ciudad ella era muy conocida y la mayoría de sus gerentes estaban en su lista de clientes.

Al mozo le extraño mi llegada ese jueves en la mañana y no un viernes en la tarde como lo hacíamos desde que nos conocimos al menos una vez al mes. Preguntó por la señora y le respondí que llegaría al siguiente día: “como siempre”. Mentí, sin embargo, esperaba que esa afirmación fuese cierta. Apenas me instalé desplegué las páginas de la agenda y llamé a Cristal (otra de nuestras chicas) varias veces a su celular e imaginé que no respondía al desconocer el número. Finalmente debe haberse hastiado, y lo hizo de mala gana, casi a gritos. Sólo se calmó cuando hube de repetirle varias veces que era yo y...

—¿Y por qué me llamas de un teléfono extraño? —dijo, reclamándome, como si supiese que existía alguna relación entre lo sucedido y mi persona. Una falsa percepción de mi parte. Mi yo interior comenzaba a sospechar de todos los que me rodeaban, prácticamente, sin razón alguna.

–Disculpa cariño, sucede que me robaron el celular y me he quedado varado lejos de la oficina. Por eso necesito que me hagas un favor. –Entonces le pedí que me comprara un nuevo aparato, sin importar que lo hiciese a su nombre que más tarde yo me encargaría de hacer el respectivo traspaso.

–Ok. Uno de esos que te gustan ¿no?

–Eso no importa mucho, escoge el que desees y si ves a Milena házmelo llegar. A propósito ¿Ya confirmaste tu cita de mañana? Mira que la ciudad está convulsionada luego de lo sucedido la pasada noche.

–Si... ya veré como me las arreglo –y me aclaró que al principio se sorprendió, pues no imaginaba que el cliente de ese fin de semana fuese alguien del sexo femenino.

–Pensé que tú reservabas esos encuentros para “*la bachaca*”

–Ciertamente, pero en esta oportunidad apostamos por ti. Yo la consulté y a ella le pareció una excelente idea, pues en ocasiones no se daba abasto para atenderlas como se merecían y esto estaba ocasionando fallas en el servicio.

–Seguro no los defraudo –y colgó agradecida, no sin antes asegurarme que apenas contactara a Milena, me enviaría el aparato telefónico.

En las circunstancias en las cuales me encontraba no tenía otra opción que esperar a una Milena cuya inteligencia estaba más que comprobada. Me había pedido que botara el celular, que no llamara porque ella había hecho lo mismo con el suyo, que dejara

el apartamento por unos días y que ya me contactaría. En vista de estar casi finalizando el mes de noviembre sin nuestros acostumbrados encuentros, no era de extrañar que al decirme que ya me contactaría, se refería a vernos aquí, en este hotel del litoral donde ninguna de nuestras muchachas sospechaba la relación íntima existente entre nosotros.

Por haber llegado un jueves de poco tránsito, me tocó una de las mejores habitaciones, la denominaban familiar y constaba de una salita de estar, balcón con vista a la playa, un barcito bien equipado y lo usual: televisor por cable, teléfono directo, sauna y un kit completo para disfrutar de la piscina si así el cliente lo deseaba. Una vez dictada las instrucciones a Cristal, escudriñé en la agenda el teléfono de Oscar Franchesqui, un empresario testaferro de varios líderes corruptos del gobierno con el que contaba muchas veces, y a quien yo le había facilitado varios negocios por intermedio de mis chicas. Confiaba en él tanto como él confiaba en mí, en su caso porque conocía muchas de mis actividades ilegales y con los contactos que tenía, con sólo mover un dedo, yo podía, con algo de suerte, terminar en una de las tantas cárceles del país, y sin ella...no me lo quería ni imaginar. En mi caso su confianza estaba depositada en la duda de si, así como le había facilitado toda una documentación en videos de la relación de sus amigos políticos con mis chicas para cuidarse sus espaldas en un dado caso, yo hubiese hecho lo mismo con él, y por supuesto, yo tenía todos esos archivos a buen resguardo, muy seguro de no usarlos nunca, pero son cosas que jamás se saben. Tenía copias distribuidas por todos lados, una especie de salvoconducto que Milena ayudó a elaborar sazónándolos de tal manera que yo nunca hubiese imaginado. Por eso la apreciaba tanto, por estar siempre a un paso, pequeño, pero

un paso, delante de mí. Siempre, bromeando en cada una de nuestras salidas etílicas, Oscar soltaba una que otra frase sobre si yo había hecho con él, lo mismo que hice para él con los otros.

—Jamás mi querido Oscar, no soy hombre de esa clase y mucho menos jugarles una perrada de esas a mis amigos. Los cuido, eso sí, para que también ellos me cuiden.

Y hasta ahí llegaba la duda, luego continuábamos hablando de negocios, de viajes, de papeleos, etc. Siempre me dije que debía aprenderme su número de memoria, pero hay unos que son sencillos y los grabas de inmediato, mientras que otros, por más que te esfuerces, se hacen imposibles, aunque los uses a diario. El de él, así como el de Milena, jamás los guardé en la memoria del teléfono, igual con otros clientes de mucha confianza. Prefería anotarlos a la antigua, papel, lápiz, y mantener la agenda a buen cuidado. Y por supuesto que lo hacía con nombres supuestos, y en algunos casos, solamente usaba el de pila, sin el apellido. Esos resultaban ser los menos importantes. Con mis chicas era lo mismo, así, Milena era “la bachaca”, a Lucilde Vera la nombramos Cristal por su cursilería novelesca, a Mirian la llamamos Rosalinda y sin ponerle mucho seso, a cada una de ellas les dábamos una especie de alias que les servían de escudo ante los nuevos y los viejos clientes.

Mi segunda llamada fue a Oscar, y al igual que sucedió con Cristal, se desentendió de ella, pero insistí al extremo hasta que una mujer respondió y dijo ser su secretaria.

—Dígale que por favor se comuniqué urgente conmigo. Me llamo Javier. Él sabe quién soy, somos grandes amigos y manifieste mis

disculpas por usar este número telefónico desconocido para él, pero es de extrema urgencia –luego le suministré, no sin cierta preocupación, las coordenadas del hotel para que me ubicara fácilmente.

No pasaron diez minutos sin que el teléfono del cuarto repicara y escuchara su voz impaciente.

–¿Javier?

–Sí, dime cómo andas.

–Por aquí todo bien hombre, pero cuéntame qué sucede que mi secretaria entró al despacho apresurada y nerviosa para decirme que te llamara con urgencia.

–¿Sabe tu secretaria quién soy?

–No, chico, pero dijo que se trataba de una emergencia.

–Ahh ok, si, es algo importante y necesito que nos reunamos apenas tengas tiempo libre

–Vamos Javi, para ti, siempre hay tiempo libre. Dime ¿te busco a ese hotel desde donde llamaste?

–No, no, no te molestes. Nos vemos en el bar de siempre, en el Puerto Azul, frente al aeropuerto. Estoy a diez minutos,

–Perfecto, entonces en quince, en el Puerto Azul.

—o—

–¿Quién es ese Franchesqui? –Le pregunté una noche a Serrano

para recibir del diputado oficialista, toda una épica del personaje. Había surgido de la nada de manos del segundo a bordo en el Palacio Blanco:

–El Vice –enfaticó– se está haciendo millonario con una mafia de empresarios y banqueros sin escrúpulos. El bicho es una lacra. Y el presidente lo sabe, pero le interesa tenerlo colocado ahí. Él siempre encuentra a un Franchesqui para tapan sus tracalerías.

El “Vice” era un viejo zorro de la política y venía desde muy atrás saltando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda como si de tomar un vagón del Metro se tratara. Serrano por ser joven apenas lo conocía y de su pasado estaba al tanto por las continuas intrigas que dentro del partido se desarrollaban.

–Porque te cuento, Javier, esa vaina es un nido de víboras.

Serrano era travesti y yo le agradaba puesto que según él yo no tenía prejuicios contra nadie. ¿Acaso mis putas alguna vez le habían restregado en su cara su extraña condición?

–¿Alguna vez, tú, Javier, me rechazaste por mi vestimenta en esos locales donde nadie me conocía gracias al maquillaje de Milena, y donde bailábamos y bebíamos sin que yo sintiese en algún momento que me apartabas?

Y continuó describiendo mi cordialidad, mi tolerancia para con él y sus amigos, esa sinceridad que –según su apreciación– se notaba a kilómetros de distancia en mi rostro, en mi presencia y ánimo.

–Un rostro distinto al del Vice, inescrutable, cadavérico, inex-

presivo, aunque dicen por ahí que es por tantas cirugías. Pero te digo, con o sin ellas, ese hombre no es humano, es un aparato, un objeto, una máquina colmada de resentimientos.

Luego vino con toda una historia sobre la niñez del Vice quien probablemente fue violado en la escuela primaria, sodomizado en la secundaria y despreciado a nivel universitario. A todas estas yo buscaba interrumpir para que me procurara más datos sobre Franchesqui, que era lo que me interesaba, y al final, lo logré.

Franchesqui había sido uno de los pocos atrevidos que, con una empresa fantasma, denominadas “*de maletín*”, se había convertido de pronto en uno de los principales contratistas de la petrolera estatal. Vio la oportunidad, y no la desaprovechó cuando se inició la huelga petrolera del 2002. Ahí estaba el presidente en cadena televisiva despidiendo a toda la plana gerencial de aquella industria suplantándola por militares de medio rango, quienes en dos años ascendieron milagrosamente a Generales. En medio de una bandada de esquirols, Oscar fue de los civiles que supo mantenerse a flote sin necesidad de charreteras en sus hombros.

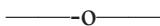
—Y pensar que comenzó con dos camiones alquilados que utilizó para suministrar combustible a las estaciones de servicio. Al año tenía toda una flota completa que cruzaban las carreteras de norte a sur y de este a oeste del país —aclaró Serrano, para luego agregar que incluso había pasado miles de litros de gasolina por la frontera para Colombia.

—Allá pagaban en dólares el litro... Te podrás imaginar que hizo una fortuna. Pero la suerte le duró poco, una vez que le sacó las patas del barro al gobierno, llegaron los militares y se apoderaron

de toda la industria. Franchesqui, entonces, cayó en desgracia – siguió contando Serrano animado por el whisky 12 años, Etiqueta Negra, que era su preferido porque “no se podía pinchar”– Y apenas, a unos cuantos metros, al final de la bajada, o a la salida del túnel, lo estaban esperando las manos “prodigiosas” del Vice.

–Alguna bazofia le habrá ofrecido –dijo con cierta dosis de asco en sus palabras– eso o la cárcel, pues en el gobierno siempre había que sacrificar a algún ingenuo para darle al mundo la idea de que la justicia castigaba a los corruptos.

Para mediados del 2003, ya Franchesqui era un empleado del Vice, y cuando contactó a Milena por primera vez, gracias a los buenos oficios de Serrano, pretendió pasar como accionista de uno de los bancos que en algún tiempo pertenecieron a la transnacional española Santander. Serrano se hizo amigo de él en aquellos momentos de desgracia. El hombre estaba destrozado. Todo lo alcanzado lo había gastado en rumbas, viajes, drogas, caña y mujeres. Porque pensó que ese tiempo de las vacas gordas duraría para siempre. La revolución no daría marcha atrás y el poder de ahora en adelante no se entregaba. “Primero muertos” rezaba la frase que todos lanzaban al unísono. “Ni un paso atrás”. Eran gritos histéricos, ovaciones, bajadas de pantaletas de mujeres cautivadas por el líder, llantos de matronas como si Cristo crucificado acababa de descender de los cielos. Puños de jóvenes levantados en trastornada visión del universo político. Una locura total, según Serrano, parecida a una película que recién había visto “Los últimos días de Hitler”. Así se expresaba Serrano ante mi total ignorancia política mientras yo esperaba que me dijera quién carajo era Oscar Franchesqui.



Cuando llegué al bar del Puerto Azul, ya Oscar me esperaba con un Bloody Mary en plena barra. Su bebida preferida antes del almuerzo. Una mañana fresca removía las aguas de la costa con cada rugido de los aviones que cruzaban el aire, o bien aterrizando, o bien partiendo a nuevos destinos. Desde sus ventanales podía contemplarse un aeropuerto atiborrado hasta más no poder de pasajeros que no partían, sino que traspasaban sus cupos de viajeros (otorgados por el gobierno bajo un mecanismo engorroso de corruptela), a otros que aprovechaban una ida y vuelta a Cuba para hacer un negocio próspero a fuerza de los dólares destinados para estos menesteres. Me divisó apenas entré y alzo su brazo como si el bar estuviese repleto y yo buscara con desesperación alguna señal de su existencia. Lo vi a él y al dependiente. Del resto, ni un alma.

Vernos ocasionalmente no era algo que pudiese causar extrañeza, pero la palabra “urgente” lo había puesto sobre alerta. Nos saludamos con el mismo afecto de siempre y sin preguntarme exigió otro Bloody Mary para mí. Conocía de mi adicción por las barras y eso le hizo desistir de la suya por las mesas.

—¿Oíste lo de la muerte del Fiscal? —lancé la pregunta en frío y se sorprendió pues para él esos acontecimientos puestos en mi boca no eran nada habituales, mejor dicho, eran inexistentes.

—Sí, claro, pero ¿y ese interés de tu parte? ...—de pronto se me quedó mirando—...No me digas que...—lo ataje a tiempo, pues imagine el contenido de su pregunta y lo que venía detrás de ese corto silencio.

–No, nada que ver con lo que estás pensando, el fulano no forma parte de nuestra agenda. Sin embargo... –dudé entonces, si debía continuar y notó mi titubeo.

–Sin embargo ¿qué? Javier. ¿Ocurre algo? ¿Estas metido en líos? ¿Qué tiene que ver ese hecho con tu llamada?... Dime, –se desesperó.

–Milena...–dije y callé de nuevo para darle chance a que su imaginación agregara el resto.

–No me digas que Milena...–asentí con la cabeza...Pero, Milena, no entiendo ¿Que tiene ella que ver con eso? O es que –y se quedó con la pregunta en sus labios, interrogante que yo tampoco podía responder.

–No sé nada, Oscar, excepto que me llamó muy temprano, desayunamos, me contó una historia loca y luego al día siguiente me volvió a llamar nerviosa, luego de una advertencia de Serrano y me pidió deshacerme del celular y salir del apartamento, sin darme más detalles.

–Pero...Pero...Aun no entiendo...

–Ni yo. No sé nada, pero tomé precauciones. Hice lo que me dijo y ahora estoy a la espera de que aparezca. A lo mejor no es nada. Un cliente más fuera de nuestra sociedad que no estaba en mi agenda. También estoy tan sorprendido como tú.

–Y que sugieres –preguntó con cierto tono de intranquilidad–veo que ni siquiera te has preocupado por seguir las noticias.

—Nadie mejor que tú sabe que nada de eso me importa. Vivo de mi negocio y esos asuntos políticos me resbalan.

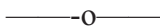
—Pues deberías al menos leer los periódicos, en todos, hoy se habla de una mujer misteriosa que es solicitada por las autoridades —sentí un puñetazo en la boca del estómago. A esa sensación, cuando era joven, la llamaba un susto.

—No creerás que se trate de...—me atajó la pregunta.

—No. Esperemos que no. No lo creo. Pero eso no significa que no haya que estar pendientes hasta que te encuentres con ella.

—Y... ¿dónde quedaron en verse? —la pregunta me inquietó, ¿Por qué querría saberlo? Oscar no conocía de nuestro secreto íntimo. Para él, Milena era una de mis tantas chicas, quizás la más consentida, pero sólo eso, una empleada como las otras. Y ahora de pronto me preguntaba que dónde habíamos quedados en vernos. O bien la paranoia me estaba ganando terreno o mi instinto de sobrevivencia se estaba desvaneciendo porque no supe que contestar. Sin embargo, me mantuve equilibrado y respondí que no tenía ni idea. Y era cierto. Esperaría a que, con alguna de las otras muchachas, o directamente me llegaran noticias de ella. Además, a lo mejor me estaba ahogando en un vaso de agua y esas precauciones de Milena eran simples, muy comunes...una puta siempre paga los platos rotos cuando asesinan a alguien. Más si ha sido la última en estar con la víctima antes de su muerte. Era lógico que, si había dejado alguna prenda o algo que la ligara al fallecido aquella noche, la policía estuviese indagando. Y también, como cualquier otra *anfitriona*, era normal que desapareciera de la escena lo más rápido posible. Probablemente yo estaba exagerando con todo

aquello y en mi caso lo más que podía pasar es que me acusaran de proxeneta, pero si ligaban mi oficio con la agenda de clientes, Oscar, Serrano y otros que conformaban una lista bastante jugosa, sí se las verían bien peludas. Claro estaba que el auge del negocio se debía a una discreción rígida y celosa que manteníamos con nuestros asociados: empresarios, políticos, ministros, sacerdotes, diputados, banqueros, militares y la liga de esposas, amantes, hijas que en medio de esa promiscuidad se repartían secretos en cenáculos pequeños que a pesar de interrelacionarse podían generar sospechas, pero jamás certezas. Todo esto era lo que sustentaba el negocio y de allí, mi inquietud con respecto a lo sucedido a la espera de que Milena sólo me confirmara que aquella relación no era más que algo casual, fuera de nómina. Un enamorado más de su juventud. Una relación nostálgica sin lazos emocionales profundos que comprometiera todo lo logrado hasta ahora. Rezaba por eso. El “ojalá” siempre estaba presente en las imágenes que circulaban por mi mente.



La crisis despertó la locura mediática y, por supuesto, el objetivo más cercano de los periodistas fue la familia del difunto. Durante las exequias, los diarios aprovecharon la oportunidad para caerle encima como moscas a la madre de la víctima y en su mayoría todos titularían casi con la misma frase: *“Los asesinos de mi hijo, están en el gobierno”*. Los amigos más cercanos la rodeaban ante el avasallamiento de las cámaras, cuyos flashes rebotaban en los oscuros cristales que ocultaban los ojos de aquella

mujer. Una madre solitaria y triste. Al parecer nadie tenía idea de la existencia de un hermano mellizo. Habría causado una estampida de haber asistido al funeral, y hasta un conflicto de parentesco que nadie hubiera entendido. Uno era Prospero y otro López, cómo explicar aquello. Dos seres que vieron el mundo con escasos minutos de diferencia. Uno reconocido y el otro una especie de expósito, cuya vida se le fue convirtiendo en un infierno a medida que crecía. De modo que con su presencia ya era suficiente para evitarle más tribulaciones a una familia desmembrada por una perversidad del destino, seguida años después por una venganza maternal. La respuesta ante aquella afirmación no se hizo esperar por parte del vicepresidente. Aquel hombre enjuto, de rostro inalterable que desde su nacimiento jamás mostró una sonrisa: *“Habría que entender a la madre...pero por este lado la llama no fumea”*. Eso dijo en respuesta a los periodistas para agregar que todos los involucrados ya habían sido puestos a la orden de la justicia, palabras más, palabras menos.

El caso picaba y se extendía y el Vice soltaba la perla de que, si bien los autores materiales se encontraban a *“buen resguardo”*, los planificadores o autores intelectuales ya estaban siendo precisados. Se habían pinchado decenas de teléfonos, allanadas varias mansiones, giradas cientos de órdenes de captura en donde aparecían banqueros y connotados empresarios. La mano peluda del Vice no escatimaba en separar a sus aliados y crear suspicacias, intrigas con sus detractores. Una vez detenidos dos grandes banqueros y tres grandes importadores, el terror de terminar en una mazmorra para presos comunes impactó a cuanto empresario tenía negocios turbios con el gobierno. La alfombra había sido tendida para deshacerse de los incómodos y sustituirlos por vasa-

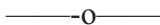
llos mejor dispuestos a complacer sus caprichos económicos. Llegaba la hora de comprar los grandes medios de comunicación a precios de baratija. En menos de tres meses no quedaba un solo periódico, una radio, o una televisora que no estuviese manejada por un testaferro colocado por el Vice, quien hasta se inventó su propio espacio televisivo de opinión. Con la banca sucedió algo parecido y a cuenta gotas se fueron sustituyendo todos los inversionistas y socios de las instituciones más prestigiosas del país. El capital transnacional, convertido en moneda nacional, incentivó la creación de una red bancaria con cientos de sucursales que se fueron otorgando a miembros fieles al partido.

Pero la inquina no termino ahí y desde el alto gobierno se inició la cacería de brujas contra la agroindustria hasta ese momento capaz de generar alimentos para todo el país, y exportar un alto porcentaje a las naciones de América Latina. Allanadas y expropiadas las grandes haciendas productivas, fueron puestas a la disposición de ministerios cuyos despachos improvisaban planes de una llamada “soberanía alimentaria”. Así, a cada decisión lanzada desde el Ejecutivo, el fanatismo gritaba eufórico “el pueblo unido jamás será vencido”. Sin perder tiempo, el crimen servía como excusa para desaparecer de un plumazo todo trámite jurídico.

Franchesqui sabía que yo estaba al tanto de su relación con el Vice, pues en Serrano no se podía confiar para que resguardara un secreto. Lo importante para él es que (según su particular aspecto sobre mi persona), eso no era algo que me incumbiera y no estaba tan errado, hasta ahora. Para mí, todos en la lista de clientes representaban una entrada de dinero sin importarme de dónde este

proviniese. El negocio era mi actividad rutinaria y nada más. La amistad con él llegó algo más tarde, cuando me pidió ayudarlo con algunos contratos en donde para lograr la firma era imprescindible la presencia de Milena, o de alguna otra de las chicas que escogíamos de acuerdo a la perversión de los interesados. Quiso en algún momento ofrecermé un porcentaje de las transacciones, pero me negué. Eso nos hubiese comprometido y en todo caso me bastaba con que cancelara las horas de trabajo de las chicas, incluida Milena que era la más costosa de todas, aunque el precio se elevaba dependiendo de los favores que requiriera el mayorista.

Dos Bloody Mary fueron suficientes para darle paso al Etiqueta Negra. Servidos uno con soda y el otro con Evián, Franchesqui cerró lo concerniente al caso, prometiéndome que al llegar a la oficina haría algunas llamadas para averiguar a quien se referían los medios cuando señalaban a una “mujer misteriosa”, al parecer involucrada en el atentado del Fiscal. Eso me tranquilizó por momentos y entonces pasamos a lo de siempre: la aparición de nuevos “amigos” que deseaban conocer a mis chicas con la férrea discreción que nos había hecho notorios en el ambiente.



Para 1970 los mellizos habían cumplido seis años y Carmencita comenzó a llamarlos por sus apellidos: “Prosperi véngase a la mesa y deje a su hermano tranquilo”. “López, ¿qué le dije yo?, hasta cuando sigue golpeando a su hermano”. Y así transcurrían los días en aquella casa cercana a la Plaza Colón de Carúpano. A pesar de ser idénticos hasta en ademanes y movimientos, ella lograba reconocerlos cuando intentaban jugarle una mala pasada.

–¿Qué se creen, que una madre no sabe quién es su hijo? –los increpaba cuando fingían cambiar de identidad.

Recordaba que luego del parto el médico le había explicado que ambos eran gemelos monocigóticos. Aquella expresión ¡Ay Dios!! en la alborada luego del nacimiento de los mellizos, se debió al mal entendido de Carmencita que más tarde el médico hubo de disipar al contemplar la depresión que la embargaba “Ahora cómo haré yo con dos hijos mongólicos”, era el pensamiento que la perturbaba. La enfermera al colocar los bebés sobre sus senos notó el rechazo de la madre y al dejar la habitación lo primero que hizo fue dirigirse al médico bajo el temor de que Carmencita pudiese causarles algún daño. En minutos ya el ginecólogo y la enfermera hacían su aparición ante la desdichada madre. Ella lloraba bastante desconsolada.

–Dígame qué le sucede –preguntó el galeno compungido.

–¡Ay! Doctor ahora cómo podré yo criar a dos niños retrasados.

El médico no daba crédito a su asombro al escuchar aquella afirmación tan dolida de la paciente.

–Y ¿Quién le dijo eso? –preguntó lleno de curiosidad...Qué maldad tan espantosa aquella, cómo alguien podría hacer tal cosa con una madre primeriza y con gemelos.

–Ella –señaló Carmencita con su índice la enfermera.

–¡¡Yo!! –respondió espantada la enfermera ante la mirada irritante del galeno.

–¿Cómo se atreve usted? –le gritó el médico a la enfermera que no superaba la angustia ante aquella afirmación.

–Yo sólo dije que ambos eran gemelos monocigóticos

–¡Ve usted que si me lo dijo! –intervino Carmencita airada. Y el silencio de segundos dio paso a una breve aclaratoria del galeno, luego de rogarle a la enfermera, casi asomando una sonrisa, que lo disculpara por el maltrato. Entonces se acercó a la madre y la tomó de una mano como lo haría un padre con una hija antes de darle una respuesta, algo complicada en este caso, sin causar algún tipo de susceptibilidad en ella con la explicación que venía de seguido.

–No se trata de retraso, Carmen, los gemelos monocigóticos son aquellos niños que se originan a partir de un único óvulo y un único espermatozoide ¿sabes?, y por tanto comparten la misma carga genética. –El médico notó que aquellas palabras no le decían nada a la paciente y optó por agregar algo más de información intentando un discurso menos científico, nada sencillo aquello, pero lo intentaría. Ser maestra de escuela primaria, no significaba estar libre de ignorancia en la materia.

–Lo que ocurre en estos casos es que el embrión se escinde en dos, y dependiendo del momento en el que esto sucede se pueden esperar distintas configuraciones en el desarrollo de la placenta. Cuando el embrión se escinde dentro de los cuatro primeros días tras la fecundación resulta en un embarazo bicorial-biamniótico, es decir, dos sacos y dos coriones independientes serán visibles. Algo exactamente igual que en el caso de gemelos dicigóticos procedentes de dos embriones distintos. En el caso de escisión

entre el 4° y el 8° día de desarrollo se producirá un embarazo monocorial-biamniótico, es decir, dos sacos contenidos en el mismo corion.

—¿Y qué es un corión —interrumpió Carmencita

—La misma placenta, pero, así se le llama al principio del embarazo.

La perorata continuó mientras Carmencita afirmaba con la cabeza sin entender en absoluto la duda que el galeno intentaba disipar en ella. Al final, lo único que le importó fue la afirmación de que sus hijos eran totalmente normales.

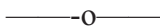
—Pasado el 8° día, la división del embrión generará un embarazo monocorial-monoamniótico —continuó el galeno demostrando sus amplios conocimientos al respecto, algo excepcional para la época. Se notaba que había hecho postgrado fuera del país, y esto generó, aún más, un aumento de confianza en la paciente.

—Un caso extremadamente inusual es la escisión del embrión más allá del 12° día, y tendría como resultado el desarrollo de gemelos siameses...—Agregó luego... Nada que temer Carmencita, sus hijos son totalmente normales. Tienen un peso ideal: son grandes y rozagantes. Ya los disfrutará en la medida en que vayan creciendo.

Convencida con aquella explicación, Carmencita no tuvo ninguna duda de que sus hijos recibirían algún día la herencia Properi, cuando la ciencia avanzara. Los años pasarían y ni el padre podría negarla como hija, y muchos menos denigrar de los nietos. Por eso, a ella no le importó colocarles dos apellidos

distintos a sus hijos. El Ron Carúpano estaría al final de la ruta a la disposición para embriagar a toda la familia. En esa diferencia social los fue criando, tanto que adolescentes, el mellizo apellidado Prosperi, le echaba en cara al López, que gracias a su apellido se daba la vida de patiquín borracho y pervertido que era. Así mientras uno estudiaba obligado por la madre, el otro, despreciaba todo lo que la madre intentaba hacer por ellos. La odiaba desde que entendió el cambio de apellidos, la odiaba por todo y también al hermano con quien hubo compartido hasta las chicas jóvenes que no se pudo follar por su eyaculación precoz, uno de los pocos rasgos que los distinguía. Aun así, bajo esta contradicción familiar, ambos se protegían a menudo. Uno en la vida diaria del malandraje, la fácil, el otro en el estudio y el temor al bullying que siempre el hermano superaba a golpes fingiendo la doble identidad. Para cuando cumplieron los doce años ya Carmencita había regresado a la capital arrastrando con ellos en cada una de sus manos. No quiso seguir viviendo alquilada en ninguna parte y con el dinero dejado por el viejo Prosperi, compró una sencilla vivienda en una pequeña barriada al oeste de la ciudad. Siempre sobró algo de dinero y ella lo supo administrar con mucho tino, así los chicos terminaron la primaria y saltaron al bachillerato. Concluida la secundaria, sólo uno de ellos continuó los estudios universitarios y así, Carmelo Prosperi se graduaría como abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad Central. Sus primeros años de ejercicio profesional los realizó en privado. Más tarde pasó a ser consultor jurídico del Ministerio del Ambiente y de allí entraba por la puerta grande a desempeñarse como funcionario en la Fiscalía General de la República, antiguo nombre que luego cambiaría a Ministerio Público.

En pleno funeral, frente al ataúd cerrado herméticamente de su hijo, Carmencita López, quien no pudo llevar el apellido Proserpi por cosas del destino, recordaba todo aquel proceso de estoicos años. Algo llamó su atención de pronto a sus espaldas cuando el sacerdote pronunciaba un salmo, biblia en mano: *“polvo somos y en polvo nos convertiremos”*. Giró el rostro y el terror se apoderó de ella. Una silueta la observaba a lo lejos entre lapidas que reflejaban como un espejo la luz mortecina del sol en medio de la arboleda.



De regreso al hotel el único pensamiento que me embargaba era el de tener la certeza de haber entendido bien el mensaje de Milena. Me había quedado picado con los Etiquetas en el Puerto Azul y entonces decidí pasar las últimas horas de la tarde encerrado en el bar y pedí una botella que estaba seguro consumiríamos durante el fin de semana, si realmente Milena se aparecía al siguiente día en mi habitación. De modo que me aferré a la barra luego de saludar al barman con quien mantenía una buena relación desde que mi “esposa” y yo habíamos escogido el lugar para una vez al mes, disfrutar de un buen fin de semana. Eran casi ya dos años de encuentros en el mismo lugar y por esa razón, hasta el cocinero sabía todo lo concerniente a nuestros platos preferidos, delicias del mar que nunca aparecían ni estaban sugeridas en el menú.

—¿Y la señora? —preguntó David, el barman, mientras colocaba un mantelillo sobre la barra y me extendía por condicionamiento pavloniano la carta de bebidas a sabiendas que no la revisaría.

–Yo me adelanté y ella llega mañana –y agregué– dame de beber lo de siempre.

–Etiqueta Negra, hielo picado y Evián. Usted no cambia –en realidad siempre fui bebedor de cervezas, pero una vez que conocí a Franchesqui me fui acostumbrando al whisky, sobre todo porque él siempre pagaba las cuentas. Al final la bebida me fue atrapando de la misma manera en que mis entradas en dinero iban aumentando.

–La cocina por ahora está cerrada hasta las siete, pero le puedo conseguir algo para picar si usted quiere –el “usted” me sonó raro. La paranoia iba en aumento.

–Los viernes y sábados, el cocinero está con nosotros todo el día, pero entre semanas trabaja por horas y apenas se acerca si hay clientes al mediodía... para las noches envía un ayudante no muy ducho en la cocina. Le aclaro por si desea cenar algo antes del cierre, porque estando sin su señora esposa imagino que lo hará más temprano. –Claro, él sabía que nuestras comilonas eran a partir de la diez de la noche, con botella de vino y hasta una de champaña cuando nos provocaba. Durante el día retozábamos en la playa y al final de la tarde nos relegábamos a la piscina y allí permanecíamos hablando tanto que se nos hacía tarde tomando coctelitos que poco a poco nos iban volando la conciencia.

Milena poseía ese don especial de caerle bien a todo el mundo. Aprendió a vestir con elegancia, pero cuando mostraba sencillez en su ajuar lucía más encantadora: belleza natural sin retoques ni accesorios. Nunca le hizo falta mucho maquillaje y siempre me sorprendía cuando soltaba una frase oriental que suprimía en

sociedad. Nadie podría imaginar que toda su niñez y adolescencia la vivió en Carúpano. La “r” de “muchacho er diablo”, o mejor dicho la frase completa desaparecía de su vocabulario cuando interactuaba con la clientela y se convertía en una coqueta singular: “eres un diablillo”, era su frase favorita mientras con el dedo índice los toqueteaba en la nariz y se daba media vuelta, caminando con pasos sinuosos, mientras el cliente se relamía observando cómo se alejaba. Era algo sublime, fascinante. En ocasiones si compartían mesas, usaba un truco erótico que a ellos les encantaba: elevaba uno de sus pies descalzos oculto por el mantel, hasta alcanzar el punto crítico de la ingle viéndolos con picardía, y desde la distancia acariciaba al invitado con leves movimientos de sus dedos, siempre con mucha discreción, para no causarles ningún tipo de incomodidad en público.

–La Perrier no salió más nunca –David interrumpió mis cavilaciones. Hacía apenas unos meses había cambiado de agua para el whisky. Franchesqui pasó a usar soda y yo la Evián. En algunos casos, Oscar combinaba mi agua con su soda y me decía:

–Así sabe a Perrier.

–¿Qué le ha parecido lo del atentado? –preguntó David, apenas colocó el vaso sobre la barra e inicio el ritual del servicio.

–¿Cuál atentado? –fingí no saber a qué se refería.

–¿Y dónde vive usted? –se río– ayer asesinaron a un Fiscal... Lo volvieron chicharrón con una bomba... Dicen que era un corrupto y que andaba chantajeando a unos millonarios con meterlos presos.

–Hay todo un escándalo armado –prosiguió– yo trabajo aquí en las tardes, pero en las mañanas estoy en el mercado de Catia La mar y ni le cuento lo que allí la gente dice del difunto.

–¿Y qué es lo que dicen? –me atreví a preguntar haciéndome el idiota.

–Pues fíjese –dijo acercándose como si hubiese más clientes en aquella sala totalmente despejada de miradas y oídos curiosos, sugiriéndome que estaba en posesión de un secreto, que gracias a mis propinas se dignaba a compartir– el tal Fiscal tenía un rabo de paja inmenso, se metió con el vicepresidente y al parecer la jugada le salió mal.

Me tomé el primer trago con una rapidez que recordó mis viejos tiempos de cerveza. Casi me ahogo.

–¡¡Guao!! –dijo el chico, asombrado, ante mi forma de beber– ya le sirvo el otro y le termino de contar el chisme.

Se movió unos metros hacia el *freezer* y regresó con la hielera full como diciendo que iba a estar un buen rato frente a mí, compartiendo una información exclusiva y de seguro esto derivaría en una buena plática en ese local tan solitario.

–Las televisoras están como locas con el caso, pero lo mejor es oír lo que la gente dice en el mercado, sobre todo porque la mayoría de los compradores en el local de mi tío, quién vende el pescado más barato de la zona, son investigadores de la Policía Judicial, la PTJ, pues –la costumbre no se había perdido a pesar de las nuevas siglas que les había asignado el nuevo gobierno revolucionario, algo difícil de pronunciar con facilidad: CICPC,

significado que nadie lograba descifrar con precisión.

—¿Y qué dicen esos policías del crimen?

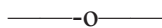
—Ufff, Javier —finalmente me llamaba por mi nombre sin el usted, luego de una expresión que me indicaba que lo que venía era grande. Eso alivió mi paranoia desatada desde la llamada de Milena.

—De todo. Resulta que el Vice tiene un expediente largo... Pero bien guardado. Ya antes de tener tanto poder, había hecho de las suyas. Se le cuentan varios asesinatos, muertos en circunstancias extrañas que llegaron a la PTJ y señalaban hacia él, pero como siempre fue diputado y muy bien ligado a cuanto gobierno llegaba al poder, se salía con las suyas. Fue candidato presidencial en varias ocasiones y, a mí no me preguntes, porque soy muy joven, —aclaró— pero el tío dice que traicionó a todos los partidos que lo apoyaron en sus intenciones. Y desde que lo conoce, siempre ha estado en todos los gobiernos ocupando algún cargo, jamás en su vida ha trabajado —sentenció.

Yo lo escuchaba atónito, el chico tenía razón ¿en dónde había estado yo metido todo este tiempo? Jamás se me ocurrió leer otra cosa en los periódicos que no fuesen los anuncios de las chicas proclamando sus cualidades libidinosas, las ventas al mayor de películas pornográficas y la búsqueda de burdeles baratos. Con respecto a la televisión gozaba del cable porque odiaba los noticieros nacionales. Lo mío eran puras películas y programas de cocina. Incluso como estudiante universitario fui apático a todo lo que me oliera a política y a causas perdidas. ¿En qué mundo andaba volando? Me volví a preguntar.

Estaba anonadado ante la sapiencia del chico y en medio de esta cavilación, escuche, lo que no deseaba escuchar. La voz del muchacho llegó desde lejos entre la bruma del alcohol, luego se fue acercando y haciéndose más clara, más nítida, dejó de ser un rumor y de pronto explotó en mis oídos.

—Se habla de una mujer misteriosa que andan buscando por todo el país.



La sombra entre los árboles, se esfumó tal cual como había aparecido. Carmen dudó si de verdad había visto lo que ella pensaba que había visto, y sentido lo que estaba segura había sentido, pero no podía ser. Fue como un sueño. Con tantas tribulaciones su imaginación probablemente le estaba jugando una mala pasada. Recordaba haber vivido una experiencia similar años atrás. Sentada en la plaza Colón de Carúpano, un recuerdo lejano la alcanzó, una evocación inexistente en su memoria, pero tan real que la hizo especular acerca de la reencarnación, algo que su inteligencia no estaba dispuesta a aceptar. “Allá los testigos de Jehová y los cristianos ingenuos”. Al compartir aquella experiencia con su comadre Josefina, en sus tardes de visita mientras tomaban sus tazas de café, ésta le había comentado que, a esa sensación, los brujos la llamaban “*deja ví*”, una palabra francesa que significaba “*lo ya visto*” y no estaba ligada con brujería ni algo parecido. Contó que, según su veterinario, la explicación científica al respecto tenía que ver con las células epilépticas que al parecer se alborotaban en algunos momentos, así como la menopausia, y de pronto uno asumía que había vivido antes una

situación determinada. Esa explicación la tranquilizó, pues “entonces no era el espíritu de mi hijo”, y ella no había vivido, lo que vivió cuando el sacerdote proclamaba lo del “*polvo al polvo*”. Sin embargo, recordó mientras continuaba su conversa con Josefina, que, siendo la ocasión propicia, al terminar de bajar el ataúd con su hijo inerte, colocadas las flores y coronas, se dirigió al sitio para asegurarse de que no se estaba volviendo loca de atar. Al llegar sintió una extraña sensación. Un algo la envolvió y un frío le recorrió la espalda. Giró y acto seguido, apresuró el paso hacia la camioneta negra con placas oficiales que la esperaba para acercarla hasta su hogar, al oeste de la ciudad.

—Cambie de ruta por favor, esta noche me quedo en casa de mi hijo.

El conductor del Ministerio le aconsejó que mejor desechara esa idea porque los cuerpos policiales podrían aparecerse en cualquier momento en aquel lugar con una orden de registro y ella podía pasar una situación muy desagradable, apenas acabando de salir del funeral. Pero el chofer no contó con que la mujer le respondiera con la misma fuerza y frialdad, con la que, ella misma, descargó la placa de bronce sobre la tumba del hijo asesinado.

—Y ¿cuál sería la razón por la que los cuerpos policiales tienen que allanar la vivienda de mi hijo?

El hombre se quedó en cero, intento buscar alguna explicación luego de haber afirmado aquello y no la consiguió, entonces ella volvió a insistir.

—Dígame, ¿por qué dice usted que la policía puede ir a registrar

el apartamento?

—Caramba, disculpe señora, en verdad sólo se me ocurrió ¿sabe? yo trabajé mucho con su hijo, era su conductor en todos sus operativos por eso pedí ser yo quien la llevara al funeral y a la vez, me pongo a la orden para lo que usted desee —y entonces ella volvió a agregar sin ningún tipo de consideración.

—Pero algo sabrá usted que me hace esa sugerencia de no llevarme al apartamento de Carmelo.

—Sí, tiene razón, es por lo que usted le dijo a la prensa y esa gente se toma las cosas muy en serio y usted puede estar en problemas si insiste en mantener esa suposición, que se lo digo yo, que llevo ya más diez años en la institución y de milagro me dejaron continuar luego del cambio de gobierno, todo gracias a su hijo. Si no hubiese sido por él me habrían despedido como hicieron con todo el personal de transporte.

—Y usted qué piensa de lo que dije —atacó ella dirigiéndole una mirada malintencionada. Se había sentado en la parte delantera de la camioneta. Igual lo había hecho con la ida a pesar de que estaba prohibido y el conductor luego de aclararle lo inadecuado de esa decisión, al final no le quedó más remedio que violar la normativa, pues la señora amenazaba entonces con tomar un taxi para dirigirse al cementerio. Una situación engorrosa para él pues ya el cortejo fúnebre arrancaba con decenas de personalidades públicas y ella casi se quedaba a la deriva.

—Hable pues —volvió a insistir.

—Ay señora, por favor, se lo pido, no me haga recordar malas

experiencias, no en esta ocasión. Quizás después, en algún momento nos veremos y ya le contaré –le suplicó.

–Ah no –se enojó Carmen– a mí se me habla claro, nada de “sacarme el culo” cuando esta inseguridad me está matando, más que a mi hijo.

–Disculpe señora...pero en realidad, acerca del asesinato, no tengo ni idea, me refería a la relación que mantuve con Carmelito, con mis sesenta años a cuesta, sabe, yo le tenía un gran aprecio. Su muerte me duele probablemente no tanto como a usted que es su madre, pero desde el momento en que me enteré de lo sucedido, no he dejado de pensar en todas las cosas que me decía mientras yo lo llevaba a los sitios en donde debía hacer su trabajo, a las reuniones extrañas a donde lo mandaban y también a sus restaurantes preferidos, sabe, nunca me dejaba esperando en la camioneta y tampoco sentado a la barra, sino que me invitaba a la mesa así estuviese con una de sus conquistas, porque no sé si usted sabrá que el chico era todo un galán...que tristeza tan grande tengo.

–Si lo sabré yo –dijo entre lágrimas– hasta su hermano lo envidiaba.

–ah, ¿pero es que Carmelo tenía un hermano?

En medio de la congoja, Carmen comprendió lo inconveniente de aquella confesión. Había puesto la torta. “me pasa por boca floja...Y tanto que me lo martilló Carmelo”, pensó. Entonces buscó una fórmula atropellada para salir del aprieto en el cual se había metido.

–Bueno, no precisamente, se trata de un primo, el hijo de mi hermana, ambos se criaron juntos y eran de la misma edad, apenas por dos meses de diferencia. Y él no era muy agraciado como mi Carmelo... Por eso lo digo... Bueno, secretos de familia, espero que usted, que fue como un padre para él, lo entienda.

–Si entiendo, nunca me habló de eso a pesar de que siempre me pedía consejos en cosas de mujeres usando como excusa mis cuatro divorcios.

–¿Cómo es eso, se ha divorciado usted cuatro veces? –fue el intento mejor logrado de Carmencita para hacer al hombre cambiar de tema. De ahí en adelante, toda la conversación giro sobre aquel ser al volante que hablaba sin parar, mientras Carmencita recordaba las palabras de su hijo en momentos en que ella le reclamaba lo indiferente que se portaba con el hermano.

–Mira mamá –le dijo aquella noche en el restaurante donde acostumbraban a pasar los domingos– no lo estoy negando como tú siempre dices, no es eso, ya sabes cómo es Camilo. Yo tengo un cargo importante y no me interesa que me liguen con mi hermano y “usted” –remarcó la palabra porque sabía que afectaba a su madre, pues siempre la trataba de tú– sabe muy bien a qué me refiero.

Ella guardó silencio por un momento y para Carmelo, ese mutismo se hizo infinito por lo que decidió llamar al mesero chocando las palmas de sus manos, algo que desagradaba a todos los trabajadores del local, pero que el hacía a su antojo.

–Dos tragos más y la cuenta –dijo cuándo el mesero atendió su

llamado.

–Llegamos –dijo el chofer sacándola de sus recuerdos y creyendo que ella lo había escuchado durante todo el trayecto. Estaban frente a su casa y bien atrás había quedado el apartamento del hijo.

–Gracias de veras por todo, disculpe mi pesadez y en verdad usted tiene razón, nada hago, excepto morirme de la pena, en el departamento de Carmelo. Dios lo cuide –y extendió su mano para estrechar la del viejo conductor, momento que este aprovechó para expresar una curiosidad que le causaba cierta pulsión.

–Gracias a usted por concederme el único secreto familiar que no conocía de su hijo. –Ella lo observó con suspicacia y acto seguido cerró la puerta con un ademán que nadie entendió.

—-o—

El viernes desperté con una resaca terrible, pero se vería extraño si permanecía en la habitación y no realizaba mi rutina cuando me encontraba en este hotel. De modo que me levante y me quedé un rato bajo la ducha alternando el agua caliente con la fría, tratando de que mi cuerpo respondiera para entonces llevar a cabo mi caminata mañanera a lo largo de la playa. El tratamiento dio el resultado esperado y media hora después me estaba alistando para bajar al desayuno e iniciar la acostumbrada práctica. Ángelo, el chef de contrato por horas, había preparado su bufet de costumbre, pero sabía que, a mi llegada, algo debía ser diferente en su menú. Varios meses me tardé enfrentando su maltrato por hacerlo trabajar minutos extras. Al final, Milena, no yo, triunfó. Como siempre lo

hacía, le bastó una caricia, un susurro, un no sé qué, un aliento o un sortilegio para que Ángelo la invitara a su cocina y permitiera que ella lo observara en medio de su reinado... Y de reinados Milena era toda una sofista. Un inmenso imperio de hombres que muchas mujeres habrían deseado. Desde ese instante, entrar al hotel el fin de semana era una fiesta para Ángelo, quien siempre “*detestaba*” las prodigiosas propinas que Milena intentaba dejarle, y que salían de mis bolsillos, lo que una noche de langostas con champaña me llevó a decirle,

—Eres muy generosa con las propinas cuando el que las paga soy yo —soltó la carcajada, y dijo,

—No te quejes, ya te abrí las puertas como siempre, de aquí en adelante verás como el hombre se desvive por consentirte en tus gustos.

Con mi ajuar deportivo escogí de mala gana una mesa con vista a la playa que no era la de mi exclusividad. Una familia algo numerosa había llegado antes que yo y le improvisaron un lugar para seis personas, tres adultos y tres niños. En fin, lo tomé con calma, pero Ángelo no. Llegó desconcertado y diciendo barbaridades del maître. Lo calmé y le dije que no importaba.

—¿Seguro Monsieur Javier? —era italiano y además de maricón le encantaba hablar en francés.

—Sí, Ángelo... A ver ¿qué me tienes para hoy? —pero antes de lanzarse con su acostumbrada perorata sobre los ingredientes, la sazón, historia, descubrimientos, etc, que cautivaban siempre a Milena, preguntó.

–¿Y qué sucedió con la chica? –David ya le había advertido de mi presencia sin Milena.

–¿Un jueves? –le había respondido al barman con extrañeza– No es posible, –se dijo para sí mismo–

–¿Por qué no me avisaste? –ofrécele picadas, jamón serrano, hay Jabugo en la despensa, queso manchego y aceitunas, un plato que le encanta y colócale una cesta con pan gallego en rodajas de verdad, no el que venden en esa panadería asquerosa de la esquina. Esta noche voy a enviar al auxiliar porque estoy ocupado en una boda y ni de vaina se te ocurra proponerle algo del menú de ese desgraciado, que sin mí no vale un centavo.

–No se angustie chef que el hombre tiene una borrachera espantosa. Pidió una botella de Etiqueta y muy raro porque toma despacio y esta se la acabó en un santiamén.

–¿Será porque tiene problemas con la mujer?

–Ni idea, él ya venía entonado, pero lo que usted supone lo descubriremos mañana, cuando la doña llegue –respondió David– por ahora se conformó con una ración de tequeños.

–Pedazo de ratón va a tener el pobre por la mañana, ya le inventaré un buen desayuno.

Y así se despidieron al teléfono mientras yo permanecía en el limbo recostado a esa barra que me traía tantos recuerdos. La primera vez que nos citamos fue algo que no olvidaríamos jamás. ¿Cómo un hombre logra desvincular el trabajo de una puta con una mujer, digamos honesta?, una incógnita difícil de entender a

pesar de su simplicidad en un mundo donde nada es simple. Así comenzó aquella conversación lejos del “*Saba*”, donde Milena era Balkis y yo un tipo con ideas, con ganas de triunfar, pero con una mala leche que gracias a ella se transformó en el suero, o en la transfusión de sangre necesaria para devolverle la vida a un moribundo. Eso nunca lo supo, por supuesto, ante ella jamás mencioné mi vida de perdedor. Tenía que ganarla bajo otra personalidad. Un hombre de negocios, un tipazo, un triunfador que nunca fui, repleto de humor y chistes malos.

–Para desayunar le tengo una sopa fosforera recién hecha, Doctor, eso levanta a un muerto –nunca supe por qué Ángelo me llamaba Doctor, pero me gustaba la idea de que siguiera haciéndolo. Cuando Milena escuchó aquella expresión por primera vez, me preguntó.

–De verdad eres médico –no parecía lógico que un galeno visitara burdeles. Para ese momento yo aún no le había hecho la propuesta de negocios que tenía en mente. Ella era una servidora sexual del *Saba*. Había pasado por el *Morritsont* y venía de Carúpano con una fama entre el gremio que era como un currículum de postgrado en la Sorbona. Mi propuesta del negocio vino después, cuando aceptó, sin cobrar honorarios, pasar un fin de semana conmigo en el Caribe Mar.

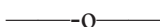
Yo había estado en el “Caribe Mar”, días después de conocerla y comencé a usar el hotel como centro de recreación cada cierto tiempo. Normalmente iba sólo para despejar mi mente y pensar cómo podía resolver mi vida. La vista al horizonte y caminar sobre la arena siempre me ayudaba a buscar soluciones. Soñaba con

manejar un grupo mafioso, con atracos a bancos y carteles de droga en donde yo como Marlon Brandon, era el Padrino. Luego conocí al chef y a David. Este último me informó que Ángelo había sospechado que yo era un delincuente o mafioso con dinero, testaferro de algún ministro del gobierno, por lo tanto, cada vez que pidiera un plato costoso, le comentara para escupírmelo o mearse en la sopa antes de enviarlo a la mesa. Eso se lo conté meses después a Milena quien soltó una carcajada de esas imparables y contagiosas, pues nos habíamos fumado un tabaco de mariguana en esa ocasión, y a cada instante que decíamos el nombre del chef en los alrededores de la piscina, se iniciaba un ataque de hilaridad continuo, que nos hacía doler los abdominales. Por fortuna, gracias a Dios aquel viernes en la noche, la piscina no estaba plagada de visitantes.

–¡¡Guao!! Ángelo, gracias. Cómo me conoces –le dije al instante de su propuesta.

–Luego le tengo unas empanaditas de cazón con un coctel de jugo de naranja, zanahoria y remolacha. Para finalizar...un “negrito” bien cargado. (*El cazón es el tiburón pequeño que se pesca frecuentemente en las costas venezolanas, a la mezcla de jugos la llamamos un “tres en uno” y el “negrito” suele ser un café expreso, como lo llamarían los italianos, capaz de despertar a un oso en su tiempo de invernante*). Desayuné con premura, angustiado pensando si Milena llegaría en horas del mediodía como era nuestra costumbre y salí para sentir ese aire del mar, único en el Caribe. Correr sobre esa arena caliente y sentir el agua acariciando tu piel, en ese ciclo de ida y retorno que la naturaleza le ha concedido, ese vaivén de sus olas, ese sellar la arena para

que el agua deshaga las marcas del pasado, como si el mar fuese cómplice de tus perdiciones. Eso me llamaba la atención, observar cómo mis pies recorrían cada palmo de esa playa y al instante un oleaje prodigioso borraba mis huellas. En eso andaba a mi tercer kilómetro cuando comprendí que ya era hora de retornar. Un Bloody Mary debía esperarme en el bodegón de la piscina y media hora después, como siempre, debía llegar Milena.



Carmencita entró a su hogar con el corazón destrozado. El conductor le había aconsejado en buena lid. De eso se enteró al día siguiente, pero esa tarde, casi anocheciendo, cuando descendió de la camioneta con esa incertidumbre que el chofer le había dejado en el alma, le fue imposible conciliar el sueño. Los recuerdos la invadieron durante toda la noche. El nacimiento de los mellizos, la forma en que se peleaban como cachorros por una de las tetas que cargaba más leche que la otra, los encontronazos por dormir sobre el regazo de la madre, los conflictos por los juguetes, por la ropa de vestir, por las preferencias, por la comida, por los puestos en el bus, por el maletín de la escuela... Y en la adolescencia: por los discos de acetato, por los gustos musicales, por las fiestas en el liceo, por las novias, por las salidas con los amigos, por las tortas de cumpleaños... Por aquellos dos apellidos mal puestos... En fin, nunca había un momento de descanso durante el día para Carmencita.

—López, hasta cuando le voy a decir que deje a su hermano tranquilo —era la frase más usada en aquel hogar de tres seres que llevó a Carmencita a vociferar un día “Dios esto es un infierno”.

“López”, “López”, “López”, era el grito, la rabia contenida, la reprimenda ante el desacato, la vergüenza, la culpa ante el recordatorio constante de aquel hijo rebelde que la trasladaba al pasado colocándola frente a un espejo que reflejaba aquel terrible resentimiento contra los Prosperis. López con cada acción, con cada una de sus palabras, con cada gesto, a cada llamada de su madre no respondida, le echaba en cara aquel error que, por una venganza sin sentido, dividió a dos hermanos cuando sin mediar palabra y con un fajo de billetes en la mano, su madre estampó su firma en una partida de nacimiento si mirar atrás, y peor aún, sin reparar en el futuro. Así, bajo un ambiente siempre tenso, Carmelo Adolfo Prosperi y Camilo Alfredo López, fueron creciendo entre acuerdos y desacuerdos. Prosperi, siempre propenso a ser chantajeado por los malandrines algo mayores expertos en bullying, pagaba para evitar ser vejado, golpeado o sodomizado, hasta que López se enteraba y terminaba con boletas de expulsión al acabar con toda la mafia de chantajistas de la manera más cruel y ventajosa.

Carmencita recordó en su somnolencia la carta dirigida desde la dirección de la escuela en donde se le citaba porque Camilo Alfredo le había arrancado la oreja de un mordisco a otro niño en plena riña sin cuartel, en donde los golpes iban y venían de uno y otro lado, aupados por los mirones en los alrededores del centro educativo. Nadie intervenía como si se tratara de una pelea de perros callejeros.

—Ese niño es mala conducta y lamentablemente el consejo de maestros ha decidido expulsarlo del plantel —ambos hermanos cursaban el cuarto grado y de ahí en adelante concluyeron la primaria en escuelas distintas. Uno se atrasó un año, por culpa del

otro.

—No ha querido decirnos por qué mordió a ese muchacho con tanta saña —agregó el director— quizás usted pueda hablar con él y preguntarle. El caso es que ya se tomó una decisión y no volverá por estos lados. Aquí no lo queremos. Y dé gracias que la familia no acudió a la policía ante ese hecho de sangre.

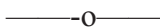
Al parecer no era la primera vez que Camilo actuaba de esa manera. Carmelo estaba al tanto y desde que descubrió aquel tesoro más valioso que las coimas que debía cancelar a diario, lo usó hasta el punto de convertirse en un provocador, para luego ocultarse tras los pantalones del hermano, quien arremetía contra todo aquel que le mirara con aversión.

—Ese me quitó el helado a la salida —lo señalo con el índice y eso basto para que Camilo se le encimara al chico con la rabia de un bulldog y lo “lamiera” a palos. Pero esa acción como otras pasaron sin más durante los primeros años, puesto que sus actos no trascendían de unos cuantos puñetazos, pero cuando la confrontación alcanzaba extremos porque los contrincantes eran más grandes o mayores que él, Camilo siempre se las ingeniaba con un trozo de cabilla envuelta en papel periódico o una manopla artesanal, elaborada por el mismo con las que doblegaba a quienes osaban someter por la fuerza a su hermano. En estos ajetreos, nunca sus manos se mancharon de sangre, hasta ese día, cuando aquel chico, mucho más fuerte y mayor lo magulló a golpes a tal extremo, que en un momento Camilo pensó que sus pies no responderían para mantenerse ante la arremetida de aquella bestia, y su único recurso en ese instante, fue lanzarse sobre los hombros

de su contrincante en una especie de rendición, ya sin aliento... Y la oreja le quedó a pedir de boca.

En la secundaria, volvieron a estudiar juntos por consejo de la madre. Así emparejaron el nivel. Carmelo se resignó a perder un año a su espera y pensó que era una manera de agradecer al hermano por aquella expulsión debido a una oreja bien ubicada cuando sus energías lo habían abandonado. Por esta acción, la relación entre ambos se hizo más intensa. Corrían los tiempos de los movimientos estudiantiles. Las juventudes rebeldes de mediados de los setenta, (que era una especie de retro del jipismo de finales de los sesenta, en donde el símbolo de la paz, los dedos índice y medio, levantados en señal de victoria y el Festival de Woodstock, mantenían a los estudiantes en plena desobediencia contra el sistema capitalista), los llenaba de orgullo revolucionario. El mundo parecía un círculo vicioso porque hasta la moda regresaba con sus pantalones acampanados, los afros para los negros y las melenas largas para los blancos, las mini faldas para las chicas y las franelas hindúes para los varones, así como los zapatos US Keds y los collares de pucas. Ahora todo se debatía. Todo se cuestionaba y surgían por doquier los congresillos estudiantiles, propuestas y demás mecanismos cuyos objetivos eran desalojar del poder a los explotadores de la clase obrera. Ante este panorama, los partidos políticos cosechaban, o mejor dicho, pescaban en río revuelto a los más incautos para sus causas proselitistas. Carmelo fue la víctima propicia para los partidos de izquierda. Camilo se interesó más por aquellos que afirmaban ser de ultra derecha. Sin embargo, los conflictos entre las izquierdas siempre terminaban en muertes y amenazas, y de nuevo a Camilo le tocaba jugar al defensor a ultranza del hermano. Así, ante

cualquier ataque, tomado a modo personal, iniciaba una razzia contra todo líder comunista que vejara, humillara, cuestionara a su hermano cómo líder estudiantil, bien amenazándolo físicamente, o bien creándole intrigas ideológicas. Así se sucedieron esos períodos beligerantes, pero todo tenía un final, y luego de un par de años protegiéndolo hasta en los pasillos de la universidad, Camilo se fue alejando poco a poco, tanto del hermano como de la madre, hasta desaparecer definitivamente del panorama. Todos los esfuerzos de Carmencita por saber del paradero de su hijo resultaron infructuosos. Aquella noche, una vez depositada en su casa por el viejo conductor asignado para su traslado hasta el cementerio del Este, resultó para ella toda una pesadilla interminable a ojos abiertos, bajo una lluvia incesante de recuerdos.



Once de la mañana y ya yo, bañado en sudor, retornaba al hotel. Me dirigí directo a la piscina y la ducha refrescó mi piel que ardía como una quemada con aceite de cocina, luego de varias horas de recorrido bajo el sol. Tomé un par de toallas y me dirigí a la pequeña barra alejándome un poco del olor a cloro que me recordaba tiempos de pobreza. Saludé a David con el mismo cariño de la víspera. El muchacho los fines de semana combinaba las horas de trabajo con otro barman y viéndome a la distancia, apenas tomando asiento, me presentó mi bebida preferida por las mañanas, cuando la noche anterior ha sido de tragos y farra.

—Pensé en elaborarte un “Piloto” pero con la sopa fosforera preparada en la mañana por Ángelo, opté entonces por el Bloody

Mary.

–Hiciste bien –respondí con agrado, más que todo porque había regresado a tutearme como era su costumbre.

Al segundo trago, se juntaban las agujas del reloj y mi angustia crecía con los segundos y minutos que iban transcurriendo. A la una y media, ya en el cuarto trago, pensé que, si Milena no llegaba, tendría que inventar alguna excusa pues no era costumbre que un fin de semana yo permaneciera solitario a estas alturas del día, cosa que no sería bien vista por mis anfitriones. El quinto trago venía en camino cuando divisé a Clarisa –la chica más consentida por Milena en el negocio– entrando por un costado de la piscina y el susto me llegó a los testículos. Preguntó por mí en la recepción y la mandaron directo al bodegón. Por ser el único en la barra y también el único en aquel patio, pues aún no llegaba la clientela que a menudo reservaba para esas fechas, no tuvo ninguna complicación en divisarme de inmediato y desde aquellos metros que nos separaban, me hizo una señal, como pidiendo permiso para acercarse. Me bastó un ademán con la mano para que no perdiera tiempo. Una vez a mi lado, me saludó como si fuese mi invitada aparentando cierta distancia. Si algo la caracterizaba era su discreción exagerada.

–Mi estimado amigo, cómo está usted. Tanto tiempo sin vernos –pronunció aquellas palabras con la mayor prudencia de la cual era capaz para que David escuchara sin impedimentos. El usted formaba parte de la puesta en escena y para buen entendedor, le sobraban las palabras. Al llegar frente a mí, me abrazó a medias, como lo haría un viejo conocido y en ese instante me susurró al

oído: “Debemos hablar a solas”.

–Todo bien mi estimada Clarisa... Pensé que usted nunca iba a llegar. Ya Milena me había hablado de la invitación a almorzar... Por cierto, y su marido no la acompaña.

–No en esta ocasión, está en viajes de negocios...pero ya habrá otra oportunidad para reunirnos todos juntos –agregó y sabía llevar muy bien la línea de la conversación. Ese era su don más privilegiado.

–Que le sirvo a la señora –interrumpió David con mucha prudencia.

–¿Qué me aconseja usted? –Clarisa se dirigió a mí, con la sutileza de una invitada especial. Entró en el juego y yo pensaba que se aprovechaba de la ocasión para mantenerme en vilo antes de soltar lo que venía a decirme.

–Aquí el genio es David –respondí dirigiendo mi mirada al barman que sonreía como adivinando mi respuesta.

–A esta hora y con este calor una Heineken bien fría. Luego usted decide –agregó esperando la confirmación de Clarisa que no tardó más que un segundo.

–Bueno pues...que así sea. Una “Gei...” de esas bien fría y luego Javier decide... –de nuevo me lanzaba una indirecta. Entendí de inmediato y busqué alguna fórmula para salir airoso por la falta de Milena. Si había enviado a Clarisa, algo había sucedido, pero debíamos guardar las apariencias. En ese momento Clarisa preguntó, adivinando mi pensamiento.

—¿Y la señora Milena está en la habitación? —la pregunta fue la alfombra roja para mi salvación.

—Por desgracia no puede venir, se le complicó la existencia y por lo visto yo tendré que regresar a Caracas. Pero me ha dicho que la esperara pues ya el almuerzo había sido confirmado y ella no quiso posponerlo a última hora. ¿Ya usted sabe cómo es ella? —El usted seguía predominando en nuestra conversación dirigida específicamente a los oídos de nuestro anfitrión detrás de la barra. Algo alejado, pero siempre con la curiosidad a flor de piel.

David colocó dos Heineken obligándome a abandonar el Bloody Mary. Por experiencia conocía que yo nunca pasaba de dos tragos sin que la bebida me empalagara y casi estuve a punto del quinto. Le celebré la decisión y ese primer trago nos cayó como agua bendita desde el mismo cielo. Ambos, Clarisa y yo, estábamos conscientes que no podíamos salir de improviso de aquella barra y a pesar de la angustia que nos acosaba, debíamos tomarnos aquello literalmente, al igual que la cerveza, con la debida calma. En la conversa dejó entrever que me había traído un celular y un recado.

—¿Recuerdas el celular de Antonio Meza? —Preguntó ella con un interés fingido—. Cuando puedas me lo facilitas para anotarlo y aunque sé que nunca responde, debo dejarle un mensaje de sumo interés de parte de mi marido.

—Claro, claro, seguro, apenas revise la agenda te lo facilito con mucho gusto.

—Me dijo, si te vas a reunir con Javier no dejes de pedirle el

teléfono de Antonio que yo me encuentro en un aprieto con cierto negocio y necesito de su asesoría para finiquitarlo, tal cual, esas fueron sus palabras.

Seguimos fingiendo por una media hora más, lo que nos llevó a un par de cervezas, luego vino la excusa del almuerzo y apenas mencionamos la palabra, David intervino apuntando que Ángelo había preparado algo especial para la señora Milena.

–Lástima que no pueda venir. Eso le va a causar un gran disgusto.

–Y será mayor cuando le digas que nosotros tampoco almorzaremos aquí. Voy a llevar a la señora a un nuevo local que recién abrió un amigo a unos kilómetros de aquí y nos hizo una invitación especial –mentí, pero necesitaba alejarme a un lugar donde no me conocieran para que no se notara mi tribulación si lo que venía con Clarisa, eran malas noticias.

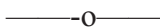
–¡Ay! qué broma me echa usted. –eliminaba de golpe el tuteo viéndome acompañado por alguien desconocido para él–. Ese señor va a garrar una rabieta del quinto mundo. –Y soltó una risotada que sonó a una venganza laboral y a una especie de satisfacción cuando se enfrentara al chef con aquella noticia.

No había que perder tiempo, el reloj marcaba las tres y media de la tarde y ya comenzaban a llegar los turistas con niños y familiares directo a la piscina. “Bastante trabajo tendrá hoy David”, pensé. Salimos con prisa, apenas saludé al recepcionista muy ocupado en ese instante con las reservas y en menos de lo que imaginé, un vehículo me esperaba a las puertas del hotel. David se había encargado de llamar al parquero. Este no sospechó

nada cuando me vio salir con otra mujer. Le había abierto la puerta del taxi ejecutivo a su llegada y ella lo había recompensado con una estupenda propina. Enfilamos por la carretera sin saber a dónde ir. Por instinto le sugerí al conductor que tomara la ruta hacia Maiquetía directo por la avenida principal. En el trayecto decidiría donde bajarnos. Así continuamos por toda la costa, balneario tras balneario hasta que ella vio un restaurante que le llamó la atención y dijo con cierta gracia.

—Paremos aquí, Javier, estás loco, a dónde pretendes llegar. Anda vamos a ese restaurante de la esquina y allí hablamos —Clarisa por costumbre preguntó por el precio de la carrera y el chofer le respondió que ya el hotel se encargaría de cancelar.

—Me olvidé decirte que el taxi forma parte del paquete semanal en el hotel.



Clarisa era una niña cuando la conocí, aunque debido a su porte y a una manera personal de maquillarse, podía aparentar una mayor edad. Si bien apenas llegaba a los 22 años, en el bar de la piscina, David, fácilmente le habría calculado unos 28. Ayudó un poco su vestimenta para convertirla en señora de un empresario “quizás mucho mayor que ella”, habrá pensado el chico tras la barra. Su falda floreada unos veinte centímetros por debajo de sus rodillas de una tela fresca para la ocasión. Su cota blanca de lino, sin mangas con un disimulado escote al frente y a sus espaldas, dejando ver una piel tersa y brillante. Ese glamour al caminar, su melena risada y negra como la tinta de los calamares le daba un aire exquisito con el que fue triunfando entre nuestra clientela.

–Quiero ser como ella cuando tenga su edad –me dijo en un momento al quedarnos a solas, al ver que “Mile” salía en procura de unos nuevos clientes que se acercaban a saludar a nuestra mesa. Almorzar era algo que acostumbrábamos hacer con las chicas siempre en forma individual. Llevarlas a un lugar y compartir ideas era, según Milena, la mejor manera de tenerlas controladas. Una vez nos sorprendieron unos viejos clientes durante una de esas faenas. Para ese momento, Clarisa apenas se iniciaba en el negocio. Los clientes al vernos se acercaron a nuestra mesa, y a la par con Milena, Clarisa muy dispuesta se levantó para ser presentada. Estiró su manita de adolescente y le estampó un beso en la mejilla a cada uno de ellos, con la ternura que siempre salvaguardaba su rostro.

Recuerdo que, a su llegada, hubo risas entre las chicas y miradas cómplices de burla. Aquella niña delgaducha de piel morena bastante desteñida, tanto que un médico habría pensado que padecía de hepatitis, con una melena minada de “horquillas” en las puntas bailando al ritmo del chachachá, y unas piernitas a punto de quebrarse, no podía pertenecer a nuestra logia, parecía un chiste de mal gusto. Sólo Milena distinguió en ella lo que yo también había visto. Le bastó un par de años para lograr convertir a la “Cenicienta” en una reina de belleza. Milena la tomó para sí, como una madre que desea lo mejor para su hija.

La miré por primera vez a finales de un diciembre, estando yo sentado a una barra, absorto en futuras ideas de negocios. Se me acercó con un niño al cual presentó como su hermano menor, y me pidió una ayuda para comer. Aquello me pareció abominable en un momento en que el país se desbordaba en riquezas. Siendo

yo un neófito en economía, notaba que el dinero fluía como el agua de cualquier tubería callejera disponible en el camino. “Esta niña pidiendo dinero para comer”. No podía creerlo. Visitaba varios restaurantes y tascas a diario, unas más distinguidas que otras, esparcidas por el centro de la ciudad, en las cuales, rutinariamente, me tomaba unos cuantos tragos a partir de las seis de la tarde. A la chica la seguí viendo en varias ocasiones hasta que un día llegó sin el hermano y con un discurso distinto. Vestía muy humilde y vendía películas “quemadas”. Su simpatía causaba admiración en los clientes habituales de la parroquia. Así como la perdía de vista, así aparecía en algún lugar en donde yo me encontraba. Hasta que un buen día me atreví, en contra de las miradas y los gestos reprobatorios de los clientes y meseros del lugar, a invitarle un trago sin más.

—No le puedo servir dijo el hombre encargado de la barra —y me miró con cierta complicidad desagradable para mí.

—¿Y por qué? —pregunté con mi habitual tolerancia ante estas discriminaciones que veía a menudo.

—Porque no se le puede servir a menores de edad.

—Y quién le dijo que ella va a tomarse un licor —respondí con calma fingida, y antes de que el mesero respondiera la chica intervino con su identificación en la mano.

—Soy mayor de edad y a mí me sirve una cerveza bien fría... —y señalándome con su índice agrego— y se la cobra a éste.

—¿Y tú hermanito? —pregunté por curiosidad.

–Murió de hambre –respondió.

El restaurante se llamaba el “Frontal de Caraballeda”. Por ser viernes, el local estaba a más no poder, sin embargo, no existe obstáculo que una buena propina no pueda superar para encontrar la mejor mesa frente a la bahía. Ese chantaje era una de las muchas triquiñuelas que aprendí de Franchesqui.

–Espéreme unos minutos en la barra, doctor –dijo el encargado de la sala mientras se guardaba a hurtadillas el fajo de billetes en el bolsillo trasero del pantalón para no compartirlo con sus colegas.

–“*Espere un minuto doctor*” –lo remedó Clarisa cuando el hombre nos dio la espalda con su coquetería siempre a flor de piel.

–¿Y en qué hospital trabaja usted, doctor? –continuó con su sarcasmo de niña malcriada sin sospechar que yo no estaba para bromas. Tampoco podía dejar entrever mis tribulaciones ante ella y menos aún, sin estar al tanto de qué carajo era lo que estaba sucediendo. De modo que opté por mi respuesta de siempre.

–Los aduladores abundan en este negocio, Clarisa, sólo tienes que seguirles la corriente. En fin, ¿Cuál es la intriga y a qué carajo estás jugando con eso que me dijiste al oído hace unas horas? –la puse en su lugar, como lo hacía a menudo “que no se olvidara que aquí el jefe era yo”. Me tienes en ascuas, entonces, habla, que es lo que vienes a decirme con tanto secreteo. Espero no se trate del chismecito que rueda entre ustedes que Milena y yo terminamos nuestra sociedad, que te quede claro.

Hice todo un teatro desentendiéndome de cuanta tontería había

pensado cuando conversábamos frente a David. En el trayecto no pronuncié palabra porque estaba pensando que mientras Clarisa me hablaba de cosas que distaban de ver con lo sucedido a Milena, yo en mi paranoia relacionaba hechos que no tenían nada que ver uno con el otro. Por eso me puse serio ante ella, era la hora de que disparara y luego yo vería que hacer ante las balas penetrando mi pecho.

–Viejo... pero no te pongas así, estoy bromeando contigo como lo hago siempre –dijo excusándose– No sé nada acerca de esos rumores de negocios de los que me hablas, sólo vine a traerte un celular por encargo de la Cristal esa que me cae de un pesado que ni te cuento. –Uff, respiré despacio y profundo para que ella no notara el alivio que me daba con esa respuesta. Ciertamente, no tenía conocimiento de nada, al igual que yo, de lo acontecido con Milena.

–Mira que es bien fastidiosa ella y te digo algo, Javi, no la aguantó. ¿Qué se cree? Que yo soy un servicio. Te lo juro, estoy segura que se muere de la envidia. La próxima le arrebato la peluca esa y le saco de cuajo los de verdad... Que no me busque, porque me encuentra.

–Ya, ya, está bien, hablaré con ella, cálmate, pero cuéntame cuál es el recado, aparte del teléfono nuevo que me trajiste –y agregué para dejar todo claro– me lo robaron como a un pendejo, ni cuenta me di. Este país cada vez está más jodido

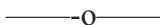
–Qué se yo, habló como si yo fuera estúpida... “Dile a Javier que a Milena la atrapó un virus de los mil demonios y que en esta ocasión tendrá que faltar a la reunión con la gente del litoral

pautada para mañana sábado”.

–Recuerda mantener el decoro y la discreción respectiva cuando lo visites en este hotel –dijo remedándola, porque en lo que a imitación se refería, definitivamente Clarisa era una comedianta—. Y a continuación me entregaba un papel con la dirección del hotel– “Mira que tú eres muy salía. “Vete vestida para la ocasión” –la interrumpí antes de que continuara puesto que aún no había transmitido el mensaje completo y ya yo no podía con tanta angustia.

–Como si yo fuera una chancletúa como ella –fue su última expresión antes de que yo la centrara en la información que imaginaba toda codificada de parte de Milena, para evitarme más apuros de los que ya ella me había metido.

–Habla, habla pues –dije ya impacientándome.



De la desaparición de Camilo, la madre se enteró al transitar de los meses pues por norma siempre pasaba por su casa al menos una vez al mes. Luego se fue separando y la visitaba cada trimestre. Incontinenti, una vez al año en épocas decembrinas. Una estaba obligada en que los tres, en una especie de “Somos Uno”, compartían la historia de su nacimiento narrada por su madre. Siempre con un nuevo argumento que sostenía haber olvidado en la anterior cena de navidad. El último recuerdo clavado en su memoria le llegó por vía de *Fidelina*, la gata de la casa cuando estuvo a punto de pegarle sin intención, una cucharilla impregnada de aceite hirviendo en la boca, porque el animal no cesaba de mau-

llar pidiendo su alimento.

La confesión había impactado a Camilo quien no recordaba la escena, ni siquiera el tiempo de convalecencia. Carmelo si immortalizó la escena y por ello soltó la carcajada.

–Se parecía al Guasón –dijo recordando al célebre personaje de Batman, la primera serie transmitida por televisión que incluía animaciones.

Camilo había sufrido aquella erosión en su boca cuando apenas contaba con seis años de edad, pero gracias a los cuidados de Carmen, cuya culpabilidad a costas la llevó durante noches interminables a frotar con gasas enrolladas en sus dedos índice y medio, las llagas purulentas de su hijo, con azul de metileno, jamás le surgió una sola marca en sus labios con el pasar del tiempo. Quizás este sufrimiento haya sido el motivo que lo llevó a desecharse de su memoria, aquella espantosa pesadilla de su infancia. Y aunque durante días su rostro permaneció teñido como sombra de luna llena, meses más tarde pudo lucir un semblante pulcro, sin ningún rastro de quemadura. Pero ese recuerdo para nada pudo haber sido el motivo de su desaparición. Más bien sería el trato dispendioso que su madre otorgaba a Carmelo en su menoscabo.

La entrada a la universidad convirtió a Carmelo en un “tira piedras” profesional, experto en montar barricadas y fabricar bombas molotov. Ahora una capucha tapaba su rostro y su voz se alzaba en la Facultad como máximo representante de la ultraizquierda cuya visión a corto plazo era finiquitar el régimen oprobioso de los regímenes capitalistas, meta que al parecer se intentó con un rotundo fracaso de Golpe de Estado. Esta nueva versión de Carmelo sorprendió a su hermano y pudo haber sido el detonante

para que desapareciera y el “Somos UNO” de tres, se convirtiese en el “Soy uno solo”. Ya no hacía falta sacar a Carmelo de agravios. Ahora se podía defender sin su apoyo, aunque jamás lo haría en solitario como él, pues “los cobardes” siempre necesitan de otros que lo acompañen a la guerra y enfrenten al enemigo, mientras el azuzador los espera en la retaguardia. Y no era retórica. Lo había observado agitando en una oportunidad, montando barricadas y quemando cauchos hasta la llegada de los cuerpos policiales, cuando desaparecía y dejaba enguerrillado al resto del batallón. Le había hecho el comentario una vez, ocultos, como siempre, juntos pero separados, en un local de licores cercano a la casa de la madre, compartiendo unas cervezas. En esa ocasión, un amigo, al verlos tan cercanos, se había acercado y les hizo una fotografía con una “Kodac” robada y agregó: “*para la posteridad*”.

–Te vi ¿sabes?, pendiente de que no te agarraran preso, pero también observé como le sacaste el cuerpo a tus compañeros –el comentario no le cayó bien al hermano quien ripostó con cierta irritación.

–Tú no sabes que los líderes no pueden dejarse capturar, porque valemos mucho.

–Menudo ejemplo –atacó Camilo.

–Bueno, qué vas a entender tú de lo que hablo, si terminaste siendo un bueno para nada.

–Qué mala memoria tienes –fue su último alegato antes de pedir la cuenta, extraer unos cuantos billetes de la cartera, decirle al hermano que se guardara el menudo y desaparecer sin despedirse.

Con “el bueno para nada”, Carmelo se refería a la manera en que su hermano dejó de estudiar una vez finalizado el bachillerato. Cambió los estudios por un cargo de poca monta en una empresa constructora. Se encargaba del transporte de los obreros que trabajaban en los rieles del subterráneo. Su adhesión al sindicato lo llevó al círculo de la corrupción y durante varios años vendía cupos a quienes estaban interesados en un empleo en dicha empresa estatal. Finalmente, en su beneficio personal, amañaba los contratos colectivos y dejaba a los trabajadores en la estacada. Su condición de bravucón agresivo nunca la perdió y a diferencia del hermano, nunca buscaba quien lo apoyara cuando debía arremeter violentamente contra los grupos opositores que le adversaban. Pronto todo cambiaría y el intento de Golpe de Estado daría sus frutos siete años más tarde. Su reinado en el subterráneo se hundía en lo profundo de sus túneles.

Sin organización, sin amigos, sin protectores políticos y sin poder entrar en la nueva cúpula corruptora, quedó a su libre albedrío. Fue el momento de la desaparición definitiva. Ese último año, cuando visitaba a la madre para las cenas de navidad y año nuevo, por primera vez se inició una discusión entre los hermanos que la madre no pudo contener. Casi se van a las manos de no haber sido por el llanto temeroso de Carmelo cuando Camilo se abalanzó sobre él sin darle chance para huir a tiempos. La madre saltó de su silla y Camilo gritó

–Usted no se meta que este es un peo viejo entre los dos y lo vamos a arreglar ahorita –pero Camilo no fue más allá. El hermano acurrucado en posición fetal lloraba como un huérfano. No le había acertado con el puñetazo, pero al echarse hacia atrás para evitar el golpe cayó de bruces.

Camilo lo observó ahí tirado en el piso, pero en su rostro no había una exigua muestra de compasión. “Cagón”. Siempre fue un cagón, se dijo para sus adentros. Entonces se guardó las ganas de patearlo y se dio media vuelta en dirección a la salida. Cerrando la puerta observó a la madre arrodillada al lado de su hijo acariciándolo con la cabeza colocada sobre su regazo. Una imagen que nunca olvidaría. Eran las 11.30 de la noche de un 31 de diciembre. Jamás regresaría a casa.

–Dime pues, cual es la novedad de Cristal –había colocado sobre la mesa una bolsa en donde se notaba lo cuadrado de la caja que contenía el aparato con todos sus complementos.

–La batería está totalmente cargada –señaló Clarisa con su índice puesto en la caja y agregó:

– Cristal pensó que era lo mejor por si acaso lo ibas a necesitar de urgencia– “pensó bien”, me dije.

Estaba desesperado por utilizarlo, pero contuve la emoción. No tenía sentido, a quien podía llamar: ¿A Franchesqui? Probablemente no me respondería pues ese número sería desconocido para él y no estaba en su agenda de contactos. Yo habría hecho exactamente lo mismo. Tampoco podía llamar a Milena, a menos que fuese ella la que se comunicara conmigo y entonces podría guardar su número y estar en contacto para finalmente enterarme sobre lo que estaba ocurriendo. También guardaba cierto recelo con Clarisa y no quería que notara mi apremio por hacer algunas llamadas. Incluso aún si fuesen por negocios luciría extraño, ya

que nunca delante de las chicas mostraba esta faceta comercial.

–Abre el paquete –dijo con su simpatía habitual– anda que quiero verlo. Seguro que es uno de último modelo –Al notar mi titubeo tomó la caja.

–Dame yo la abro –y procedió sin darme tiempo a negarme–... ¡Dios!, es un BlackBerry –exclamó como poseída–...Uyyy ¡qué bello! La loca de Cristal tiene buen gusto para las compras. Ahora me tienes que dar tu “*pin*”.

Empezó a sacar todos los componentes y a explicarme para qué servía cada uno de ellos, era notoria mi aversión hacia esos aparatos. De hecho, sólo lo utilizaba para hacer y recibir llamadas, y jamás recurría al resto de las aplicaciones instaladas en su software. En medio del ajetreo, al instante llegaba el maître con la carta y las sugerencias de la casa. El hombre mostraba una simpatía en nuestra mesa poco vista con el resto de la clientela y hasta un chiste nos concedió que le encantó a Clarisa. Yo me reí por cumplir con una formalidad, fingiendo una actitud que se contradecía con mi zozobra.

–A ustedes les gusta el sancocho de gallina –preguntó amablemente mientras iba ordenando los cubiertos–

–Sí, claro, como no, saltó Clarisa.

Se trataba de un viejo cuento de unas gallinas que corrían a 140 kilómetros por hora por lo que atraparlas para hacer un hervido con ellas era un trabajo de nunca acabar. Clarisa soltó la carcajada y yo pues la acompañe menos hilarante, no lograba poner a un lado la ansiedad que me acosaba, entonces el maitre, jugando con su simpatía, nos propuso varios platos que iban desde mariscos

hasta una cazuela de Mero, “nada de gallina con tan buena pesca”. Nos dejó las sugerencias sobre la mesa y nos indicó que apenas le hiciéramos una seña, estaría presto a tomar la “comanda”.

El teléfono me ardía entre las manos una vez que Clarisa me lo configuró para todas las aplicaciones que ella pensaba que yo utilizaría como buen empresario. De igual manera las manos se me enfriaron cuando comprendí que aún con ganas de utilizarlo, la libreta la había dejado en el hotel, y los pocos agendados que conocía de memoria habrían sido infructuosos ante este nuevo número mío del cual nadie, ninguno de mis cliente o amigos estaba al tanto. Esa perplejidad la captó Clarisa de inmediato.

–Dejaste tu agenda ¿verdad? –Me miró comprensiva– si quieres vamos por ella y regresamos –agregó condescendiente.

–No cariño, no te preocupes, no vale la pena, este fin de semana no tengo a quien llamar.

–Uyyy que bien, entonces estas reservado para mi solita –y soltó aquella risa contagiosa que iluminaba de alegría todas las sombras que me agobiaban.

–¿Qué? –preguntó– ¿te peleaste con Milena?

Como ninguna de ellas conocía de nuestra relación íntima, supuse que se refería a problemas con nuestra sociedad. Era normal que cuando hacíamos una “asamblea de socias” siempre se armara una sacudida entre ambos por su defensa a ultranza de las chicas y mis alegatos a ultranza en protección de los clientes. Entre tantas mujeres, se imponía la solidaridad automática, y en lo que comenzó a llamarse violencia de género a través del voto, yo terminé siendo la primera víctima. Pero Clarisa siempre votaba

a mi favor, independientemente si me asistía la razón o no.

–Tienes a esa niña perdida –había dicho Milena con su cordialidad habitual una noche de besos interminables en el hotel– cree que eres su padre y como siempre sucede las hembras aman más al padre que a la madre. Y entonces me hizo el amor de una manera que yo sabía que no lo hacía con los demás. Una cosa era el sexo y otra un problema de feromonas en donde las endorfinas y las oxitocinas, así como toda esa paja química acerca del amor de la cual permanentemente hablan los sexólogos, dejan de existir ante corazones latiendo, donde el amor, ese que no existe para los científicos, se convierte en una muralla de sueños para los neófitos.

Así, aun sin admitirlo –cosa que al parecer no haríamos jamás– Milena y yo nos amábamos. Una locura total para los anticuados y conservadores. Eso éramos al final de la línea roja, incapaces de aceptar un amor que nos llenaba el alma. Un amor que había entendido que el negocio del sexo, nada tenía que ver con una pareja que se amara realmente si ninguno de los dos ponía reparos al respecto. El amor es capaz de saltar los obstáculos más imponentes en su trayectoria. Una perra en celos jamás podrá ser enjaulada, pero tampoco se apareará con un perro que no sea de su agrado. Los animales también aman.

–Épale... Épale –escuché a lo lejos. Era Clarisa pidiéndome aterrizar. Mientras revisaba las sugerencias, se percató que yo andaba perdido en otro mundo.

– Qué te gustaría para cenar, porque ya el almuerzo se nos fue de largo y yo que me cuido tanto, no volveré a comer hasta el desayuno.

–Escoge tú –dije algo desanimado– elige que tienes bastante

tiempo que no lo haces.

–Síiii, ni me digas. Finalmente me sentiré como una Diosa.

Era real aquel alborozo pues en nuestras invitaciones individuales casi siempre Milena y yo escogíamos el menú. Igual lo hacíamos con las bebidas, era una manera, según Milena, de enseñarles a comer con cubiertos sin humillarlas. Una vez que seleccionábamos los platos hacíamos los comentarios respectivos para que la chica escogida los grabara sin que pareciera una lección de gastronomía. Así, Milena con una disimulada inocencia me preguntaba.

–Javi ¿qué vino pido para este pescado? –y yo respondía... Uno blanco, Mile, los tintos van mejor con las carnes.

Pero igual lo hacía ella visitando centros comerciales, comprando para las chicas perfumes que les encantaban a los hombres, prendas de vestir para que ellas lucieran con gracia y plenitud, pues en nuestra empresa no había rameras, sino ejecutivas de negocio, anfitrionas especializadas en el arte de la persuasión, del amor y de la esperanza, eso que todo hombre espera de una mujer que le cuente en la cama. Porque las mujeres –según Milena– “somos el centro del mundo, el centro de los hombres, las dueñas de sus destinos”.

–Hacer que triunfen es nuestro deber, así triunfamos nosotras porque, aunque no lo admitan y nos sean infieles, sin nosotras, pierden el norte.

Recordé esa última expresión al momento en que vi a Clarisa levantar la mano en un gesto sofisticado para llamar la atención del maitre. Milena siempre tuvo razón, no había transcurrido un

año cuando esta chica frente a mí, les silbaba a los meseros de un extremo al otro de la sala, o hacía sonar las palmas de sus manos como si se tratara de un baile flamenco para llamar su atención.

Los meseros para mí representaban una casta de sabiduría... Yo mismo anduve en esa profesión por varios años, quizás esta actividad fue la que me abrió las puertas al negocio que ahora manejo con Milena. Trabajé como mesero antes y después de graduarme. Mi periplo se inició en un conocido hotel de la ciudad el “Holiday Inn” siendo bastante joven. Alternaba el trabajo con los estudios y siempre estaba disponible para las guardias de los 24 y los 31 de diciembre. Unas fechas en que me quedaba sin supervisor y por supuesto aprovechaba aquella oportunidad para alojar en las habitaciones disponibles a mis camaradas del barrio. Así se les cumplía un sueño que difícilmente podían volverlo realidad con sus precarios recursos económicos. Cuando terminé la universidad, me dediqué a las relaciones públicas en el área gastronómica. Fue una experiencia gratificante aquella, pero difícil puesto que los pagos eran ocasionales y con altibajos. Lo mejor de todo eran los banquetes y las botellas de vino que nunca cancelaba, siempre como una especie de “invitación” de los propietarios de los locales que luego de semanas asumían aquello como el pago por mis servicios.

Con suma delicadeza, Clarisa alzó su mano al visualizar al capitán de la sala

—¿Cómo es que tú lo llamas, Javi?

—El maitre —respondí.

—Escríbemelo aquí —y me alargó el pequeño manual del aparato telefónico que venía en la caja. Escribí *Maitre* en su portadilla,

donde destacaba las siglas BB. Y entonces lo pronunció tal cual estaba escrito a la llegada del anfitrión.

–Señor *Maitre*, ya estamos listos para ordenar la cena –y por supuesto, solté la risa al igual que aquel hombre que mostraba una simpatía sin precedentes, lo que me hizo olvidar por momentos mis penas. Antes de retirarse con el pedido, nos recomendó una botella de un buen vino de La Rioja.

–Un tempranillo –acotó– Como usted sabrá, porque de lejos se le nota su buen gusto –lo hizo haciendo un guiño hacia Clarisa– esa es la principal cepa tinta de la denominación. Posee una piel espesa, de un negro brillante. Utilizada sola, no envejecería tan bien ni tanto tiempo y el Rioja no habría alcanzado jamás su fama actual. Desea usted –y se dirigió a Clarisa de nuevo– que se lo “*temporice*” un poco

–No, no se preocupe –respondió Clarisa con el cariño y la gracia que la adornaba.

Una vez que el hombre se alejó y a punto de regresar a lo nuestro, Clarisa agregó

–¿Tú has visto?, vino caliente en plena playa. –Sólo la mire mientras realicé una especie de movimiento con la cabeza. Ese gesto de aprobación negativa que solemos hacer con una sonrisa dibujada en nuestros rostros.

–Qué –se río– puse la torta.

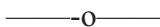
–No querida, los dos se entendieron perfectamente porque ese maitre sabe tanto de vinos como tú. Sobre todo, porque en vez de ponerlo a refrescar, los *temporiza*... –Y de inmediato pasamos a lo nuestro. O a lo que ella pensaba que era lo nuestro.

–Te cuento que Estela (otra de nuestras chicas bastante agraciada) quiere que la suban de categoría. Dice que ya está cansada de tanto rico pervertido. Exigen de todo y al final resultan más pichirres que los políticos –y bajando la voz como a punto de contarme un gran secreto con lo cual me hizo pensar que por fin vendría un mensaje de Milena a través de Cristal, dijo– quieren que se los chupes, luego quieren sexo anal, no les gusta usar preservativos, se restriegan sobre nuestros senos, se masturban en nuestras caras. Cuando nos lo meten por el culo, lo hacen sin ninguna consideración...no vale, no, Estela tiene razón, hay que ponerles límites a esos malnacidos.

–Bueno, ya veremos qué se puede hacer –le hice una medio promesa que no iba a cumplir– por el contrario, me estaba enterando que la paga no cubría todos esos servicios y se habían estado aprovechando de la condición de mis chicas, siempre indefensas ante la lujuria del poder. Ahora con el dato de Clarisa, las cuotas las iba a incrementar.

–Bien Clarisa, ahora cuéntame, aparte del teléfono, Cristal me envió algún mensaje importante de Milena.

–Sí –dijo. Y entonces, siempre con la gracia dibujando su rostro, expresó – algo muy importante...te vas a caer de espaldas...



Franchesqui cumplió su promesa y apenas dejamos el bar del hotel se dedicó a investigar lo sucedido con Milena. En realidad, no pensaba que ella fuese la tal “mujer misteriosa” de la que hablaba la prensa escrita. Me lo había sugerido para jugarme una mala pasada y lo había conseguido. Luego se había disculpado, pero agregó que, de todas maneras, iba a hacer unas preguntas por

ahí, a ver que sacaba del tal caso. Al fin y al cabo, la víctima era un cliente indirecto, *off the record*, como decía él, fuera del negocio. Una iniciativa privada de Milena, por lo tanto, no había nada que temer, con esas palabras, me había confortado. Debido a su investidura (sólo bastaba ser íntimo del Vice para ser atendido por los jefes supremos de los cuerpos policiales o encargados del caso en el Ministerio Público) tenía toda la facultad para enterarse del más mínimo detalle si fuese necesario, pero no cedió al encanto de comunicarse directamente con el Fiscal General, tampoco con su benefactor que lo utilizaba para cuanto acto de corrupción se pudiese mover a través de sus empresas. Eso podría levantar una polvareda. ¿Qué interés podría tener él en eso? Se habría preguntado cualquiera de estos personajes. Lo primero era contactar a los cargos medios y hasta a los más bajos con los cuales tenía relación, gracias a la coima que pagaba mensualmente para superar obstáculos en la aduana y agilizar los trámites de la mercancía que atiborraba sus galpones.

En tres días, el escándalo había alcanzado dimensiones inexplicables a mi entender. Si de crímenes se trataba, aquí los había de todas las clases. No hacía falta leer la prensa matutina, ni los noticieros televisivos para enterarse de que la morgue se encontraba al tope de su capacidad diariamente. En las barriadas el crimen campeaba y en las cárceles ni se diga. El negocio entre los *Pranes* y los custodios, era uno de los más lucrativos. Las mafias carcelarias nada tenían que envidiarle al Cartel de Medellín. Allí se negociaban desde alijos de drogas que partían al exterior, hasta crímenes por encargo y venta de armas de todos los calibres, desde una “simple” Glock, hasta granadas de mano. Todo un arsenal que se administraba con la complicidad de los organismos encargados

de velar por esos centros de reclusión. Ni hablar de las aduanas, los peajes, las alcabalas y los puestos fronterizos. Los cargamentos de gasolina que cruzaban la frontera de un lado al otro, así como las drogas, el oro del Callao y hasta enormes *containers* de alimentos importados que debían ser distribuidos en el país, pero que por arte de magia se fugaban hacia los países vecinos, era parte de lo normal en una nación caótica del *sálvese quien pueda*, en donde las leyes se acomodaban de acuerdo a las circunstancias. Si de crímenes políticos se trataba, bastaba recordar al célebre asesino de la Plaza Francia, en el 2002, un *fanático revolucionario* quien sin chistar se cargó a cinco jóvenes a tiro de pistola frente a cientos de testigos, y al poco tiempo, luego de aquel acto tan vil, lo habían asignado a una embajada europea. Y por si todo esto no fuese suficiente, para un gobierno inmisericorde, el 11 de abril de aquel mismo año hubo una masacre sin precedentes en la historia del país. Un día sombrío en el que se asesinó a mansalva a una veintena de manifestantes en pleno centro de la capital, y a pesar de que todos los tiradores fueron grabados por decenas de cámaras de video de las televisoras nacionales y extranjeras, ninguno de ellos acabó en prisión, ni siquiera en un tribunal para ser juzgados. Lo peor: terminaron con sendos contratos y prebendas en la estructura gubernamental. Por lo tanto, atónito y sin argumentos para defender lo indefendible, tal cual como hacían los políticos y militantes del partido de gobierno, yo me quedaba en un laberinto informativo ante tanto escándalo por el hecho de que a alguien se le hubiese ocurrido volver chicharrón a un empleado público, en este caso a un Fiscal. ¡¡No me jodan!! Ese fue el término que utilicé contra Serrano una semana después cuando intentó venderme, con argumentos traídos por los cabellos, que lo

sucedido había sido un crimen monstruoso. Alegaba bajo conocimientos ingenuos, puesto que para su edad no era posible que manejara ese momento de la historia, que el crimen de Carmelo era sólo comparable a un magnicidio.

–¡¡Qué bolas tienes tú, Serrano!! –fue mi última expresión antes de pararme de la mesa para salir airado a encontrarme con Franchesquí a las puertas del local que recién hacía acto de presencia.

Pero aterrizando, sin mirar al futuro, como diría Clarisa, antes, días antes del episodio con Serrano, Franchesquí buscó y encontró lo que no andaba buscando, entonces las cosas se nos fueron complicando. Pasaría toda esa semana haciendo sus indagaciones, pagando botella de whisky aquí y allá, invitaciones a los restaurantes más lujosos de la ciudad y deslizando sobres cargados de billetes que sin ningún disimulo ni recato, eran abiertos frente a testigos y contados con dedos de prestidigitador. Luego venían los agradecimientos

–Usted si es verdad que sabe hacer las cosas, doctor –la frase la soltó el director de la Policía Política al recibir la recompensa. Una hora antes, luego de unos tragos, y una picada de jamón serrano “Pata Negra” con queso manchego, lo había puesto al tanto.

–Lo asesinaron por ambicioso –dijo– andaba metido en vainas, y no precisamente con los que debía.

Le contó a Franchesquí que detrás de aquella muerte había toda una historia de chantajes y extorsión, pero que él, como director del cuerpo policial, no se iba a meter en ese torbellino de co-rruptela.

–Ese hoyo es muy profundo para mí –había sentenciado.

Así anduvo narrando los acontecimientos, citando expedientes, pronosticando lo que iba a suceder en unos días, las órdenes de cateo, los allanamientos, los nombres de los supuestos involucrados, etc. Entre ellos citó a varios empresarios, amigos antiguos de Franchesqui a quienes “no los iba a salvar nadie de caer en Tocatorón”, una de las prisiones más tenebrosas del país.

–Y será posible, mi General, que le podamos echar una ayudadita –preguntó Franchesqui con cierta cautela, para no despertar suspicacias en el oficial.

–Déjate de vainas, Oscar, que esta es la liga mayor y yo juego en las menores.

–Por eso mismo te pregunté si había alguna posibilidad de un chivatazo.

–Tú bien sabes que siempre la hay. Todo depende del precio, pero tenemos que ser muy cuidadosos, porque si descubren que el soplido salió de este lado, en menudo rollo nos vamos a meter. Y te digo, por lo que yo sé, estos no se andan por las ramas, como en los gobiernos pasados.

–Claro que si mi General, no se preocupe por eso que yo mismo me encargo –Y por supuesto que Franchesqui sabía cómo hacer llegar el soplido, para eso estaba yo que debía deslizar la información a mis chicas, y mis chicas para ganar indulgencia (traducida ésta en moneda de curso legal) con escapulario ajeno, harían lo correspondiente.

–Antes de irme, te voy a dar una primicia –se había levantado de la mesa y Franchesqui hizo lo mismo para despedirlo. Entonces se acercó a su oído mientras estrechaban manos y se daban un

abrazo.

—El lunes el jefe presenta ante los medios de comunicación a un testigo clave. De modo que avísales con tiempo porque apenas el hombre declare, los mencionados caerán como corderitos.

Franchesqui pensó que debía darse prisa, no me veía desde nuestro encuentro en el litoral. Por ser viernes el local comenzaba a llenarse de clientes. Tenía que llamarme urgente, apenas se disponía de dos días para alertar a sus amigos empresarios.

—o—

El maitre llegó a la mesa con un “Campillo Reserva” que me costó un ojo de la cara, sobre todo porque algo como eso era un desperdicio tomarlo con Clarisa, pero al ver la botella ella gritaba alborozada.

—Esas mujeres se van a morir de la envidia.

—No, no, no, ni se te ocurra hacerles algún comentario de esto. La cena corre por mi cuenta y debe quedar entre nosotros... ¿O es que quieres verme en la ruina? —el capitán, con su botella, había interrumpido el instante de la confidencia que Clarisa estaba a punto de hacerme. Por ello no devolví la botella y así evitaba decepcionarla en esta tarde que se sentía como una “diosa”.

—¿Quién cata? —preguntó. Y yo entonces señalé con el índice a la “diosa”. Ella no logró entender el pequeño sorbo que el hombre colocaba en su copa.

—Bueno ¿y entonces? —reclamó en tono amable como exigiendo el llenado ante la tacañería evidente. Me sonreí de nuevo y le dije.

—Prueba a ver si te gusta —pero ella en vez de llevarse el trago a

la boca, primero preguntó como si fuese a pagarlo

–¿Cuánto cuesta?

–Caro, pero vale la pena –respondió el hombre con su sonrisa a flor de labios. Entonces Clarisa sorbió el pequeño trago y dijo.

–Exquisito.

El maitre vertió el rubí en ambas copas y luego hizo alarde de sus conocimientos vinícolas una última vez.

–Este proviene de las Bodegas Faustino Martínez quienes son los mismos propietarios de las bodegas Campillo. Aquí los distribuye Tamayo & CA. Lástima que el Faustino V y el I se agotaron. Le hubiera encantado a la señorita.

El hombre se retiró y a los minutos lo observé conversando con el otro jefe de sala. Escuché sin oír lo que decían, me bastaban sus ademanes y sus miradas hacia la mesa para que mi imaginación elaborara el resto de la película. Seguramente el que nos atendía con suma diligencia le contaba a su colega que probablemente éramos una pareja de “*marginales venidos a más*” así se les comenzó a denominar a todos los que hacían dinero al estilo Franchesqui y lo gastaban a manos llenas. Ese no era mi caso, pero por lo visto, no distaba mucho de ellos. Probablemente el experto en vinos de enciclopedia le contaba al otro acerca de cómo se había burlado de nosotros con la botella de vino y el cuento de las Bodegas, la añada y las cepas de Tempranillo. Para el, quedaba claro que yo era el enfermizo que buscaba tirarme a una putica de barrio. “Porque la chica será muy bonita y estará bien vestida, pero a lo lejos se le nota el mogote”. Un dicho de esos espantosos, despectivos con lo que se dividía nuestra sociedad clasista desde

la colonia y en estos años había sido exacerbado con los nuevos revolucionarios en el poder, quienes veían en el *lumpen* un recurso humano de alta gerencia y cuyo deber sería desaparecer de un brochazo a las oligarquías enquistadas en las empresas petroleras del Estado. Para ello, no hacía falta estudios en universidades nacionales, ni postgrados en universidades extranjeras. Bastaba con el amor a la revolución y un carnet del partido. A esto había que sumarle la fidelidad de un perro callejero a la voluntad del líder supremo y jamás de los jamases, cuestionar, sugerir, aconsejar y aparecer sin ser invitado en los actos y decisiones de sus superiores jerárquicos. Mejor ejemplo que el de Franchesqui para mí, no había otro, se fue a pique luego de creerse la crema y nata del nuevo orden empresarial de la revolución, y terminó en las manos del Vice como un corderito. Aquel bochorno le hizo recordar una anécdota del caudillo que gobernó el país a inicios del siglo XX. La fábula reseñaba que a punto de regresar a Washington el embajador le comentaba:

–Mi estimado General, con el debido respeto –se expresó con la adulancia precediendo al verbo– quiero comentarle que el secretario que me envió hace unos meses para que me supliera en algunos actos ejecutivos, tiene el pequeño defecto de no sabe leer ni escribir.

–No puede ser –respondió el General airado– a lo que llevó al embajador, sintiéndose apoyado ante la expresión, a declarar...

–Lo peor es que ni siquiera sabe una palabra en inglés –miró entonces al General quien permaneció por espacio de minutos en estado reflexivo. Luego levantó la cabeza en gesto de firmeza y preguntó:

–Dígame embajador, ¿usted sabe leer, escribir y hablar gringo?

–Por supuesto mi General.

–Pues bien, de ahora en adelante usted queda como secretario y al soldado que le envíe me lo deja como embajador.

Brindamos y entonces regresé al tema...

–Bueno y entonces, no me terminaste de decir que fue lo que te dijo Cristal.

–Ahh sí, bueno, Cristal dice que recibió una llamada de Milena igual que la tuya desde un teléfono que no conocía y que respondió por puro milagro, porque ya tú sabes, Javi, que a nosotras nos llaman unos depravados, que si no está en nuestra agenda no respondemos porque sueltan cada una...–ya se me iba otra vez por la tangente, cuando la detuve antes de que perdiera el hilo de lo que estaba por contarme.

–Ajá... ¿entonces? Vamos al grano que el tiempo apremia.

–Ahh ok, te decía que Milena la había llamado para decirle que era urgente que se pusiera en contacto contigo. Cristal le respondió que ya tú la habías llamado pidiéndole un teléfono nuevo...este que te traje... Claro...–el vino comenzaba a hacer efecto pues la liga de Heineken con Tempranillo parecía no ser un buen aliciente para la memoria inmediata.

–Sí, sí. Y entonces.

–Entonces...Entonces... ¿Qué era lo que te estaba diciendo que me perdí?

–Que Milena la había llamado ¡coño!

–Está bien, pero no te pongas así...Sabes Javi, estas muy

agresivo conmigo...Lo he notado desde el hotel y eso a ti no te cuadra –de nuevo cruzaba el umbral del despiste.

–Disculpa, Clari, es que yo también ando con algunas preocupaciones y...–me atajó.

–Mi amor...por favor que es eso, si tú eres el hombre más lindo y comprensivo que existe. Pero no te preocupes por nada, porque tu Clarisa siempre está a la disposición para lo que quieras. ¿Sabes? siempre puedes contar conmigo para lo que sea...–y repetía el “para lo que sea” a cada momento. Y de nuevo llegaba nuestro “coito interruptus” vestido de protocolo para malograrme el momento cumbre.

–Listo para servir –dijo al instante en que una pequeña mesa a nuestro costado, aceptaba en su púlpito una paella de mariscos que lucía como un manjar para los Dioses.

–Le habría venido mejor un Campillo blanco Reserva...pero como la señorita lo pidió tinto, no me atreví a contradecirla –dijo el mequetrefe mientras le colocaba una porción de arroz a Clarisa con un bogavante coronando el plato.

–Uyy ¿qué animal es este? –preguntó Clarisa al ver un camarón tan grande.

–*Cet’s une bogante* –dijo el maricón en un muy mal francés. Lo que me dio oportunidad para responderle.

–*Cet bien monsiuer, ¿vous parla français?* –Hasta ahí llegó toda su echonería.

Ahh es que no les había contado, claro que hablo francés, el inglés lo aprendí en cursos en la Academia Americana, era una obligación para continuar con mi ascenso en el hotel, de mesonero

a botones y de botones a recepcionista. El francés lo cultivé en ese último cargo. Gané estatus, pero perdí las propinas.

“Deberías aprender francés”, me sugirió el gerente un día, y al ver mi disposición, me pagó un intensivo en la Alianza Francesa. Más temprano que tarde, yo aterrizaba en el Charles De Gaulle de mi imaginación y me paseaba por todas las calles, plazas y callejones de París. El mapa enciclopédico sobre el mostrador en mis momentos de ocio, me permitía todo un viaje que en la mayoría de los casos culminaba con la llegada de un cliente al cual debía rellenarle la reserva. Si el hombre hablaba francés, mucho mejor para demostrar mis conocimientos del idioma. Pero en realidad lo practiqué poco, ya que en el hotel se hospedaban más norteamericanos que *franchutes*.

El gerente era homosexual y sentía una debilidad por mi casi enfermiza. De mi parte, su condición no era para rechazarlo y aunque me enteré tarde de esa situación, siempre lo aprecié como buen jefe. Casado y con dos hijos un día tarde en su oficina soltó las plumas. Se había bebido unos tragos demás y en medio de su delirio, pues su pareja (no su esposa) lo había abandonado, se desgarró en lágrimas y observándome ahí estático, se confesó como si estuviese frente a un sacerdote. Contó toda su tragedia, al final me pidió disculpas, no quería que yo entendiera algo distinto, ciertamente yo le gustaba, pero él jamás se hubiera atrevido a insinuármeme a sabiendas de mi condición heterosexual. Eso se lo agradecí, pues de haberlo intentado, probablemente no me hubiese negado por riesgo a perder el empleo, siempre y cuando él hubiese sido el pasivo. Nos hicimos amigos desde entonces y más de una vez le serví de alcahueta con su esposa ante uno que otro desliz con algún chaval encontrado en la vía que se llevaba al hotel.

–Ummm, ummm esto está de la puta madre –esa expresión no era de ella, pero la había captado muy bien de un diplomático español que la visitaba cuando disponía de tiempo. Milena se encargaba de hacerle la cita: “Madame Milena, será posible contactar a la señorita Clarisa para mañana”, y entonces Milena hacía una pausa con la excusa de revisar las citas en la agenda y luego respondía: “Claro señor embajador (el hombre no ostentaba ese cargo, pero le encantaba que Milena lo distinguiera con tan alta jerarquía) para usted siempre hay disponibilidad. Usted sabe que ella lo adora”

–No dejes de comer, pero tampoco dejes de decirme que fue lo que te dijo Cristal –yo aún no probaba bocado a pesar de tener el plato frente a mi vista. Esperaba las palabras de Clarisa, ese mensaje que no acababa de soltar.

–La verdad es que nunca había visto un camarón tan grande –dijo mientras intentaba con el cuchillo despejar la costra que lo cubría.

–Hazlo con los dedos –le sugerí.

–¿Se puede? –preguntó como con pena.

–Claro chica, nadie te está viendo, arráncale la cabeza y pruébalo de una vez –luego agregué– Y también de una vez termina de echarme el cuento de Cristal que me tienes en ascuas.

–Ahh sí, perdón sabes que soy muy distraída –se excusó mientras pelaba el bicho para extraer su carne y llevarla a su boca. Aún no había aprendido, y eso era culpa de Milena, que era “*mala costumbre*” hablar con la boca llena...Entonces fíjate, Cristal me dijo que te dijera que Milena se va a tomar unas vacaciones...Unos

días de descanso pues y que te encargues de todo... Ah y se me olvidaba que cuando puedas le llames a este teléfono.

El corazón latió con fuerza y mi desespero se acrecentaba mientras Clarisa buscaba en el bolso una tarjeta.

—Donde la habré puesto... A ver a ver... —y comenzó a sacar cuanto periquito que tenía en la cartera revolviendo cada uno de sus bolsillos, revisando cada comprobante de las tarjetas de crédito con una paciencia tan infinita, como finita era mi desesperación.

—¿Dónde lo habré puesto? ¡Dios!

Salté por encima de la mesa y le arrebaté el bolso, le di vueltas sacudiéndolo sin miramientos sobre la mesa. Al instante saltaban sus documentos de identificación, tarjetas de crédito, papeles con anotaciones de todo tipo, su teléfono celular que terminó al lado de los calamares que decoraban mi plato y toda una fábrica de cosméticos que se regaron hasta caer en el piso.

—Uy ¿qué te pasa? —dijo con la tranquilidad que le había procurado el vino y mientras reía se agachaba a recoger sus pertenencias. Yo mientras tanto revisaba cada nota en busca de un número... hasta que finalmente di con él.

—Por qué no me dijiste esto desde el principio —le pregunté airado esgrimiendo el papel en su cara.

—¡Ay! Javi, ni que fuera tan importante.

—Claro, claro, tienes razón —contuve la irritación, ella no tenía por qué saber de mi apremio por ese número.

—Ya regreso, déjame llamar a Milena —le dije mientras me levantaba de la mesa en busca de un lugar para hablar a solas.

–¿A dónde vas? Hazlo desde aquí, Javi y come –me ordenó con su voz infantil.

–Disculpa cariño, aquí hay muy poca señal –y salí oyendo su queja

–Viven siempre en un secreteo extraño ustedes dos.

Luego de hablar con Milena, lo segundo que hice fue comunicarme al hotel para dejar dicho en la recepción que si me llamaba el señor Oscar Franchesqui le facilitarían por favor mi nuevo número telefónico. El recepcionista, luego de saludar, me respondió que en el casillero había un mensaje para mí y entonces le pedí que me lo leyera. Lo hice a sabiendas que el mismo no podía ser de Milena, pues acababa de conversar con ella. Efectivamente era una llamada de Franchesqui con una nota aparte en donde señalaba que se había tomado la tarde, mientras yo festejaba, para hacer las llamadas respectivas. Ya me pondría al tanto. Milena apenas me dio un respiro sin aclararme nada en específico, pero escuchar su voz al otro lado del aparato me confortó.

–No te vayas a tirar a esa niña –fue lo primero que me dijo casi como una reprimenda.

Estaba al tanto de que yo me encontraba con Clarisa. Le había exigido a Cristal que me enviara el teléfono con ella porque esa decisión no iba a generar suspicacias. Las chicas conocían el cuento de “La Cenicienta” y del afecto que Milena sentía por Clarisa. De tal modo que había escogido muy bien con quien ponerme en contacto. No agregé mucho a nuestra conversación a pesar de mi insistencia en aclarar todas las dudas que me abrumaban.

–Tranquilo Javier, ya te contaré –fueron sus últimas palabras ante de colgar y pronunciar un “te amo” prohibido entre nosotros.

Regresé a la mesa con menos tribulación, dispuesto a disfrutar la cena y el Campillo Reserva. Su voz apaciguada me levantó la confianza. Ella, tal como lo había afirmado Franchesqui, no podía ser esa “mujer misteriosa”.

–En unos días nos encontramos en el hotel, yo te aviso –me prometió. Tenía tantas ganas de verla luego de aquel desayuno que me crispó los celos que no dudé en decírselo, asumiendo que también esos deseos estaban proscritos en nuestra relación, tanto en la íntima como en la de negocios.

–¡Guao! si no llegas me lo bebo todo –dijo Clarisa apenas tomé asiento con la botella medio vacía en su diestra y la copa medio llena en su siniestra.

–Tranquila cariño, vamos a pedir otra.

–¡Bravo! esa llamada te dejó recargado... Bebamos pues –y con la mano con la que sostenía la botella de Campillo, moviéndola con mesura de un lado al otro, llamó la atención del pingüino que no tardó en acercarse a la mesa. “Otros miles que se me va de las manos” pensé.

La cena en realidad, luego de hablar con Milena, aun sin despejar todo el panorama, resultó excelente. Luego del arroz a la marinera, degustamos unos profiteroles de chocolate que nos endulzaron el alma. A pesar de conocernos y de compartir algunos almuerzos además de una relación de trabajo fructífera, Clarisa y yo habíamos pasado pocos ratos de intimidad, siempre bajo la mirada atenta de Milena. No se trataba de un problema de celos, ni mucho

menos, sino que entre nosotros había varias prohibiciones, entre las tantas, una, quizás la que más aprensión generaba, era el *no “comerse nunca”* la mercancía, a riesgo de quedarnos arruinados. Milena sostenía que al igual que los narcotraficantes y vendedores de drogas, no la consumen, nosotros teníamos que aprender esa fórmula de ellos.

–No hace falta probarla –me dijo un día– para saber que la mercancía es buena.

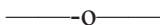
–En este negocio, Javier, si intimas y le das confianza puedes terminar en el infierno.

Una metáfora bien utilizada. Era conocido que las chicas corrían riesgos desproporcionados con la clientela a cuenta de los pagos (bastante generosos en algunos casos), desde enfermedades venéreas, hasta locos psicóticos y perversos que alucinaban con ellas. Y no había nada más peligroso en nuestro asunto que un “loco obsesivo con poder y celoso”. Para ese momento tuve mis dudas, Milena tenía la virtud de exagerar las cosas, pero con lo acontecido hacía dos días, esas palabras regresaron a mi memoria junto a su rostro desenchajado aquella mañana de desayuno luego del asesinato.

–Satélite llamando a Control...No responde –la voz lejana de Clarisa me volvió de pronto a la realidad. El adulador de oficio llegaba a la mesa con una nueva propuesta, pues nos habíamos bebido la última botella de Campillo en existencia.

–Dale a ella un vino por copa que yo prefiero un Etiqueta Negra –le demande con amabilidad inusitada. Me había puesto de buen humor. Y a Clarisa la alegría le brotaba por los poros.

—No, no señor —interrumpió Clarisa— olvídense de la “*Campiña*” y sírvame a mí también lo mismo que va a tomar mi jefe. Con esa frase, sin saberlo, Clarisa le aclaró al ambiguo nuestra relación. “*El jefe había invitado a la secretaria a cenar*”. Bajaba entonces el calificativo endilgado anteriormente a “*pobre*” empresario, o a “*lastima* de empleado público. Va a quedar en la ruina, por echón”. La propina no iba a ser buena.



La sombra la siguió perturbando toda la noche ¿habrá sido un deja vú? —se preguntó—. Algo la había obligado a girar el rostro hacia esa arboleda y de pronto, allí estaba lo que dejó de estar apenas espabiló. Toda la noche en penumbras y una sola obsesión: *Camilo*. Luego de aquel diciembre trágico el hijo humillado desapareció. Carmen no volvió a saber de él. Todavía, cuando andaba en el sindicato del subterráneo (al menos), recibía alguna información por los amigos y compañeros de huelga. Camilo jamás salía en los medios, no le agradaba mucho ser un personaje público, una condición quizás generada por la influencia perniciosa que sobre él ejercía la madre. Aunque en realidad lo que no deseaba era que lo confundieran con el hermano o descubrieran su relación sanguínea, más ahora que era el hombre más odiado por la oposición debido al papel que venía ejerciendo como verdugo, de lo que se veía venir como una dictadura a corto plazo. Bastó que la revolución se profundizara para que Carmen no supiese más de su hijo mayor, primogénito por quince minutos que debió marcar la diferencia ideológica entre dos hermanos idénticos. ¿Estará vivo o los perdió a los dos? Era la duda que no le permitía conciliar el sueño. Su hermano acababa de ser asesinado hacía apenas 24 horas y ella iba a asistir a un funeral

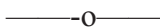
con bombos y platillos en el Congreso Nacional. Sola, rodeada de desconocidos. Se preguntaba: ¿dónde estará Camilo? Y su mirada recorría aquel hemicycleo vestido de rojo en vez de negro, sin que en ningún momento apareciera el rostro compungido de su hijo. Si llegara. Si apenas asomara por aquellas puertas, si corriera a sus brazos, si la mirara en su vestido de luto, si viera sus lágrimas, su llanto, su dolor, un sí, sí, sí, constante que la perturbaba en aquellos momentos de sufrimiento. A ella se acercaban sombras, unas tras otras, diputados, ministros, diplomáticos, jueces, políticos de uno y otro bando, pero ningún compañero de trabajo. ¿Dónde estaban todos? Y Los amigos, aquellos de la universidad. ¿Qué ha sido de los funcionarios policiales y custodios de las cárceles de Carúpano? quienes lo edulcoraban por su eficiencia en la defensa del ambiente y de la seguridad. Alabanzas merecidas puesto que, gracias a él, el puerto dejó de ser un centro de distribución y tráfico de drogas.

De pronto, una mujer llegó hasta ella, no la conocía, pero le dio un abrazo tan íntimo que su olfato creyó percibir la colonia habitual de su hijo muerto. Un ¡zape! le pasó por la mente. Y ese apretón de segundos le dolió como si una espina se le clavara en el corazón. La mujer por su parte, así como había aparecido se diluyó como una nube negra ante la marea de rojo bermellón que copaba el Salón Elíptico.

Los primeros rayos del sol entraron por su ventana y aunque no quería dejar la cama, la bendita gata con sus maullidos la obligó a levantarse. Al salir de su habitación, Fidelina le acarició los tobillos y ella hizo lo concerniente dentro de su frialdad de madre. Se dirigió al refrigerador y extrajo la carne molida en pequeñas bolitas que dejaba para cada día de la semana como gourmet preferido de

la mascota. Se lo depositó en su plato y encendió la tetera con la cual apenas el agua hirviera procedería al colado. Odiaba las cafeteras Mokas y todos esos utensilios modernos para hacer el café. Lo de ella era su sempiterna bolsa que desplegaba ese aroma que inundaba todos los espacios de la casa, acompañando el canto de los gallos y el cacareo de las gallinas, antes elaboradas con alambre y tela fina, ahora hechas de plástico y telas de dudosa calidad, pero, aun así, cumplían con su función de no permitir que la borra contaminara el guarapo. Cuando llevó a sus labios la taza, otro recuerdo la alcanzó. Carmelo le decía a su hermano que lo odiaba. La frase la sintió en el alma. “*Te odio maldito*”. A menudo discutían en su cuarto porque para ellos hacerse maldades era un hábito, pero esta vez, aquellas palabras mostraban una sinceridad que a la madre le causó pánico. Ya estaban finalizando la secundaria y Camilo resolvía los conflictos de Carmelo a trompadas limpias. Lo hacía desde la primaria, eso que comenzó a hacerse famoso a partir del nuevo siglo con el nombre de “bullying”. En el momento en que descubrió la debilidad del hermano quien usaba las pocas monedas que le entregaba la madre para pagar protección en vez de dedicarlas al desayuno escolar, se llenó de ira, e inició una razzia que terminaría un día cualquiera observándolo encapuchado, sin dar la cara (*como sí lo hacía él en los sindicatos*), montando una barricada y desapareciendo al rato, dejando en el abandono a sus compañeros de protesta. Él sería una mierda como sindicalista, amañaría contratos colectivos, vendería cupos de trabajo, haría las cien mil triquiñuelas, pero jamás se pondría una capucha. Era su dignidad, criticada, vilipendiada, odiada, pero ningún trabajador podía negar que su rostro estaba al frente con esa inmodestia que le había deparado el destino. Todo ese

panorama era del conocimiento de Carmen. Un hermano había hecho del otro lo que él siempre quiso ser. Amado por su madre, alabado por sus acciones, recompensado en su cumpleaños y reconocido como otro Proserpi más. No era mucho lo demandado por ese hijo que ella creyó ver entre sombras esa tarde del funeral como un deja vú.



Luego del postre era importante un digestivo, seguido de un café bien cargado. Le expliqué a Clarisa de qué se trataba...

—Un licorcito para bajar este festín —entonces, de nuevo levantó su manita con dedos de uñas cortas bien cuidadas para introducirlos en los traseros de algunos clientes depravados, quienes para eyacular necesitaban de ese incentivo. El pingüino la vio desde su esquina y apareció al acto.

—Qué desea la niña —dijo con su aire de afeminado, buscando venganza porque no había podido responderme en francés la última vez que nos perturbó la charla. Clarisa se dirigió a él y demandó en su inocencia.

—Un digestivo y después un *push* café. —No hice ningún gesto.

—Tenemos Frangélico, Fernet, grappa, limoncello, anís...—al escuchar la última sugerencia Clarisa no lo pensó dos veces.

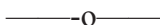
—Años sin tomarme un *aniceto*, Javi... Imagínese usted —se dirigió al pingüino— en el barrio nos lo tomábamos ligado con yogur de fresa.

Bebimos con cierta discreción, sin embargo, yo lucía en estado de ebriedad por lo que el pingüino tomó la decisión de ubicarnos a un taxista de su confianza.

—Si lo desea puede dejar su vehículo en el estacionamiento y regresar por él mañana.

—No, no se preocupe, no tengo nada con cuatro ruedas. — Respondí animado como agradeciéndole no sólo la sugerencia, sino la cortesía que se había tomado para pedirme un taxi.

Nunca me gustó manejar y menos cuando bebía más de la cuenta. Para eso estaban los taxistas de confianza. En el trayecto el hombre preguntó a donde nos llevaba y Clarisa con firmeza respondió sin darme tiempo a reaccionar: “Al hotel más cercano y bello que usted conozca que no sea el Caribe Mar”.



Transcurrida apenas una semana desde aquella cena con Clarisa, yo recibía una llamada de Franchesqui. Me convocaba con urgencia a una reunión, y me advirtió que a la misma también asistiría Serrano. Un sábado inusual de poco tráfico porque el país se estaba acostumbrando a trabajar de martes a viernes, y el corrillo sobre atentados e intentonas de Golpe de Estado, magnicidios, etc, mantenía a la población a buen resguardo, mientras solo algunos comercios permanecían abiertos. Quedamos en reunirnos en un restaurante vasco, en donde los meseros no le escupían la sopa a Serrano, como hacían con otros militantes del partido que llegaban haciendo alarde de sus negocios millonarios. Esa acción no se debía a las suculentas propinas que Serrano dejaba en los bolsillos de los chicos, cosa que también hacían los otros, sino a su relación íntima con varios de ellos. En realidad, todos los chicos y hasta el chef, eran gay. De pura casualidad se salvaba el gerente del local. Me lo contó en esa ocasión mientras esperábamos la aparición de Oscar. Al primer chico que llegó solícito a atendernos

lo conocí en un club donde, al parecer, se reúnen todos los mariposones de la ciudad, se saludaron, se cayeron bien, Serrano le invitó unos tragos y terminaron bailando boleros toda la noche. Luego en migajas les fue presentando a los demás a quienes Serrano recibía con abrazos y pagaba las abultadas cuentas. Pero ahí no paraba todo y siempre con su buen gusto y dinero mal habido, los vestía con ropas de marcas, les traía regalos del exterior cuando viajaba con el Cuerpo Diplomático o en alguna misión del gobierno y les ayudaba con los gastos familiares. Todo un benefactor difícil de encontrar por esos tiempos en que el gobierno afianzaba su desprecio a la libertad de género. Imposible que se mearan en la sopa o le escupieran el café. Cuando la voz de estas acciones aisladas se corrió por las incipientes redes sociales (Mark Zuckerber estaba a punto de lanzarse con su aplicación de FB) y los chismes se hicieron públicos, muchos funcionarios que frecuentaban estos locales y antes exhibían sus carnets con orgullo y desparpajo colgados del pecho, comenzaron a guardarlos en sus bolsillos para no ser identificados como empleados públicos. Los diputados intentaban alejarse de los medios de comunicación para evitar que su rostro se difundiera mientras los aduladores de oficio que los invitaban a comilonas para ver que sacaban de ellos en beneficio propio, se alejaron por temor a que les confundieran y sufrieran las mismas consecuencias. Por otro lado, los que ocupaban altos cargos, se llevaban a sus propios cocineros, cerraban un local con toda su corte y aunque le pagaban una millonada al propietario, a quien no le dejaban opción so riesgo a que las represalias llegaran días después mediante carteles de cierre por el más mínimo requisito, se desentendía de la situación y hasta despachaba a todo el personal. Después de narrarme toda

esta historia bucólica y al momento en que pedía la segunda ronda de tragos, entró en materia sobre la muerte del Fiscal. Al comienzo no emití ninguna opinión y a su entender era normal que estas cosas no fueran de mi interés. Lo estuve escuchando un largo rato, había estado en el funeral y en el velatorio a Capilla Ardiente en el hemiciclo. “Mucho dolor” “mucho dolor”, decía y ponía cara de compungido. Él no había visto a una madre tan dolida por la muerte de un hijo y mucho menos en esas condiciones. Aquello había sido un acto inimaginable de barbarie, solo concebido por una mente enferma por el odio. Y se preguntaba que de dónde había surgido tanta ira en esa clase media y en ese empresariado obsoleto y escuálido, cuando todos los discursos del presidente estaban llenos de afecto, de amor... Ese hombre que había parido la tierra, el universo mismo, este militar sui géneris, compasivo y dispuesto siempre a dialogar hasta con los oponentes más acérrimos a su gobierno. Más tolerante que ese no existía ser en la tierra. Se atrevió a compararlo con Jesucristo afirmando que por eso la Iglesia lo odiaba, porque muy en sus interioridades el pueblo había descubierto la llegada del Mesías, por lo cual, el poder de la Curia se les venía abajo. Su libro de cabecera era la Biblia y según Serrano, manejaba versículos de memoria y lo aplicaba a su vida diaria. “La voz de Dios es la voz del pueblo”, era una de sus tantas frases clichés que se oían y leían en los distintos medios de comunicación cada vez más asediados por el Estado.

Los Castros ante esta nueva gloria eran el pasado histórico. “El futuro de América Latina y del mundo gracias a las enormes reservas de petróleo de las que disponemos, estaba en manos de este nuevo líder, carismático y bondadoso con su pueblo”. Atrás se quedó el Che Guevara para los hippies, el negro Mándela jamás

podría sustituir, en los anales de la memoria anti racistas, a este zambo, hijo de indios y mestizos, sangre perpetua como la de Cristo en la cruz. “No, no, no, chico, este militar es un fenómeno que ni Perón, ni Felipe González, ni Mitterrand, podrán superar nunca en la memoria de la política universal.

Finalizando su perorata vehemente, regresó en consecuencia al atentado terrorista, y si el presidente era todo lo que afirmaba con tanta ofuscación, el muerto, era casi la redención de un tal *Gorbachov*. Cuando comenzó a elogiar al héroe achicharrado me llegó la imagen de Milena en la pastelería desayunando y mi arranque de celos reprimidos. “Anda al carajo, Serrano” fue lo que pensé, pero mis labios soltaron otra frase distinta en el momento en que divisé a Franchesqui entrando con cierta prisa.

Alcancé a Oscar antes de que ganara la mesa y rápidamente le dije:

–Y qué hace este imbécil en reunión con nosotros... Qué está pasando que no me has contado.

–Tranquilo Javi, no le hagas mucho caso a Serrano... Ya sabes cómo es él. Vente –y me tomó por el brazo para dirigirnos a la mesa desde donde Serrano nos hacía señas.

El abrazo fue efusivo, ambos tenían intereses en común y apenas Oscar tomaba asiento, Serrano levantaba una mano para que lo atendiera su chico preferido, quien sin preguntar ya venía con tres vasos de etiqueta con el agua preferida para cada uno.

–¿De dónde sacaste la Perrier? –pregunto Franchesqui sorprendido.

–Te la traje de mi viaje reciente, mi estimado empresario.

—Eres un amor, Serrano —intervine yo como disculpándome por lo último que le había dicho cuando me levanté de la mesa airado en el instante en que comparaba la muerte del Fiscal con la de un magnicidio. El entendió de inmediato el gesto. No eran necesarias más palabras.

Como ocurre cuando los amigos tienen tiempo sin verse (el caso de Serrano y Franchesqui) hablamos de acomodar el mundo y de acomodarnos nosotros, pero yo si notaba la aprensión de Oscar, quien también notaba mi angustia, pero ninguno de los dos abría la puerta para tocar el tema que nos había reunido, hasta que Serrano, ingenuamente, dijo: “bueno Oscar y a qué se debe este fabuloso encuentro”.

—Ayer cené con unos conocidos y me pasaron un dato sobre lo acaecido hace diez días. El lunes el Fiscal General va a presentar a un testigo clave. Un colombiano.

—Y qué tiene que ver eso con este encuentro —se interesó Serrano.

—Tiene que ver porque a partir de esa declaración de prensa, van a rodar las cabezas de algunos de nuestros amigos. Aquí tengo la lista —se introdujo la mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y extrajo un sobre que le extendió al diputado. Serrano lo tomó de inmediato como si yo fuese a adelantarme y extrajo el papel que leyó para sí, cuidando que la mesa ocultara su contenido para mí.

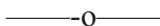
—Si esta gente cae presa más de medio mundo se viene abajo —dijo al levantar la vista y agregó— menos mal que a Javier no le interesa nada de esto.

—Pero en esta ocasión mi estimado Serrano, va a tener que

interesarle –le respondió Oscar a Serrano mientras se dirigía a mí, me colocaba una mano en el hombro y con unas suaves palmaditas sugirió.

–Voy a necesitar tu ayuda de inmediato y sabes que jamás te metería en ningún problema con el gobierno, Javi. Tampoco te comprometería en nada peligroso.

–Bueno...pero de qué se trata –miré directo al rostro de Oscar sin perder mi vieja costumbre de usar el rabllo del ojo que estaba fijo en el gesto que intentaba hacerle Serrano a nuestro mutuo amigo. Imaginé que, si mis pies no hubiesen estado en el justo medio de los dos, Serrano, seguramente le habría lanzado un puntapié por debajo de la mesa como advertencia, para que Franchesqui no descociera la prenda frente a mi persona. Pero ya era tarde para impedir una confesión que me haría cómplice de una fuga masiva por aire, tierra y mar.



El taxista nos dejó en el “Marina Mar”. Vi el aviso luminoso a lo lejos y pensé “por qué aquí todos los hoteles se llaman mar”. Comprendí que era bastante tarde para enviar a Clarisa sola de vuelta con las chicas. Ella había tomado una decisión acertada también al no regresar conmigo a mi hotel habitual. Los comentarios habrían sobrado entre los empleados y yo no estaba preparado para darles una buena excusa. De modo que sin ponerle mucho seso al asunto me dejé llevar por Clarisa, estaba seguro que dormiríamos en habitaciones separadas y en el peor de los casos, juntos, pero no revueltos. Todas las chicas estaban muy claras que el “Jefe” no era consumidor de su propia mercancía, la norma número uno de Milena Vargas. Pero no siempre los

acontecimientos a desarrollarse son como uno los espera y siempre el azar, el destino o “la mano peluda” cambian los escenarios en nuestras vidas. Cosas que nunca esperamos hacer, las terminamos realizando. Hechos que dudamos en cometer, los terminamos consumando. Palabras que debemos decir con firmezas, se quedan en el umbral de nuestro pensamiento. Y así en este juego eterno de la indecisión, una cosa es la reflexión y otra la reacción ante un estímulo a pesar de chocar contra nuestros principios más preclaros. “Nobleza obliga”, un dicho, un proverbio, una frase vacía, carente de dignidad que en la mayoría de los casos lanzamos al cesto de la basura.

Ella pidió la habitación y canceló con su tarjeta de crédito. Yo la esperé mientras realizaba los trámites en el pequeño Lobby que hacía antesala a un pequeño bar con un pianista solitario que acompañaba a una cantante solitaria quien interpretaba una canción solitaria de Nina Simone “This years’s kisses”. Aquella tonada, además del deseo de beberme otro Etiqueta Negra, así como la penumbra del local me atrajeron a su barra. Cuando Clarisa vino a recogerme: “ya estamos listo, la 025”, la chica de voz negroide se acercó a nosotros, quizás por ser los únicos clientes en aquel solar que aplaudimos su interpretación. Fue cuando me aclaró el nombre de la canción y el de la cantante. Ella amaba el jazz.

–Y yo amo el bolero –interrumpió Clarisa irónicamente.

–Me sé uno buenísimo –dijo la chica– y Rogelio... –señaló al pianista–... Se conoce la letra de memoria. –Por fortuna no había entendido la sátira de Clarisa que en mi caso era obvia. Más precisa, imposible.

Ante la impertinencia de Clarisa, con las ansias a flor de piel por subir a la habitación, y mis dudas acerca de acompañarla, pude tomarme tres whiskies e invitar a la cantante. El primer trago puesto a su orden ella misma se lo llevó al pianista, quien levantando la mano saludo desde su rincón, asomando una sonrisa sin rostro por lo oscuro del lugar. Pero los dientes eran de un blanco tan asombroso que, a esa corta distancia, lucieron como una lluvia de estrellas cayendo en el mar a medianoche. En realidad, la oferta de la cantante no se trató de un bolero. Esa canción si la había escuchado yo en un cd de Celia Cruz acompañada por la Sonora Matancera. El arreglo era distinto, a piano limpio, pero sonó estupendo a mis oídos: *“Dile a tu nuevo querer, que no hay nada que temer, porque hace ya mucho tiempo que te borré de mi mente...”*

–Bailemos entonces –Clarisa tomó mi mano y me arrastró a la pista pequeña a un costado del pianista. Ahora si pude ver bien su cara. Una negritud única. Unas arrugas únicas, una calvicie única. Unas manos privilegiadas con unos dedos tan delgados que parecían hilos de telaraña únicos. Nos sonrió con sus dientes de neón al ver que nos acercamos a la pista en momentos en que tomaba a Clarisa de la cintura y la aproximaba a mi cuerpo.

–¡¡Guao!! Que rico –dijo y acercó su rostro al mío, sentí su respiración apresurada, ahogada como si le faltara el aliento, nuestros corazones palpitando a dúo en comparsa con el piano como si formáramos parte de una orquesta sublime sólo existente en mi imaginación. Sentí cómo sus labios rosaban el lóbulo inferior de mi oreja sin llegar a besarlo, sólo un rose tenue y yo diría que hasta mal intencionado. En segundos, alejaba unos centímetros su rostro para mirarme con una picardía desconocida para mí y mostrarme

una sonrisa que terminó mandando al demonio todas las normas, reglas, leyes, contratos, jurisprudencias, ordenanzas, plebiscitos, pautas, cánones, patrones, pautas, esquemas, noblezas, fidelidades y demás frases vacías que se iban a pique ante esa sonrisa cautivante y atrevida, transgresora, desobediente, indisciplinada, subversiva e irresponsable.

–Que bellos se ven –la voz nos sacó del sopor. Era el pianista, la canción había terminado y por segundos permanecimos petrificados, nuestros cuerpos juntos, invariables, inalterables, fijos como si nos hubiesen clavado en la pista.

–¡Uff!! –fue su frase mientras nos separamos quedándonos tomados de las manos– me acaloré –y se abanicaba con la mano libre como si ese pequeño gesto aliviaría esa excitación que la atrapó de pronto, en medio de un aire acondicionado a todo su nivel, como para pingüinos, que probablemente tenía esa función en un local atestado de clientes, mas no con la existencia de seis sombras fantasmales en medio de la penumbra. Nosotros cuatro, un barman y un mesonero que desde hacía rato dormía a placer en un rincón arrullado por las teclas del piano. Aun no estábamos cercanos a la media noche, y la “Cenicienta” no tenía por qué perder su zapatilla de cristal.

–Guao, es tempranísimo –dijo Clarisa viendo su reloj de pulsera– yo pensé que era más tarde. Con razón no quieres salir de aquí, esta no es tu hora de irte a la cama. –Remarcó esa última frase con su sarcasmo característico, para obligarme a pronunciar una respuesta que no esgrimí.

Regresamos a la barra, pues finalmente a Clarisa con su acaloramiento repentino, le dio por aceptar una bebida que la re-

frescara. Pidió una cerveza y me preguntó.

–Cómo es que se llama esa que tomamos al mediodía... que tiene un nombre raro, la de la lata verde, vale.

–Ahh sí. ¿Tienes Heineken? –le pregunte al mozo quien con premura la colocó sobre el mostrador sirviéndola en una jarra que lucía como un iceberg diminuto.

–Ummm divina, –casi se la bebió toda de una sola empinada.

–Con calma –le aconsejé– esa no es como las nuestras. Posee más grados de alcohol –Fue el momento en que llegó la soprano y yo le pedía que aceptara una invitación más. No se negó, pero al ser servida, tomó el vaso y se dirigió al pianista como en la anterior oportunidad, al regreso, pedí el otro y nos acompañó mientras brindábamos.

–Hoy es un viernes muy extraño –dijo la cantante– normalmente los fines de semana estamos repletos y aquí no cabe ni una mosca. –Se presentó:

–Hola Teresa de la Barra –y Clarisa soltó la carcajada.

–Nada más apropiado para trabajar aquí. –el bar se llamaba “*Barra libre*”.

–Si, yo dije lo mismo cuando me contrataron. –Y entonces agregó.

–Será por la muerte del Fiscal Carmelo Prospero que todo está revuelto. Hoy creo que era el entierro... –Yo me desentendí por completo de su comentario, sin embargo, Clarisa no pudo evitar entrometerse.

–La verdad es que eso a mí no me interesa en lo más mínimo...

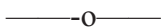
Pero dicen por ahí que era un chantajista de mierda y cuando el río suena es porque piedras trae.

–No me digas –saltó la soprano, y preguntó– ¿Tú eres periodista? Porque tienes toda la pinta –y sonrió con animosidad.

–Algo parecido, pero en relaciones públicas –respondió Clarisa, y yo estuve a punto de soltar la mayor carcajada de toda mi vida, pero me contuve ante su mirada socarrona acompañada de un codazo disimulado en mis costillas.

Cambiamos el tema de la conversa, una vez que entre las dos aclararon los titulares de los periódicos. Pedí mi tercer trago. La soprano se conformó con el que tenía en sus manos, pero nos invitó para el día siguiente a un desayuno tipo almuerzo (ya que dormía hasta tarde) en la piscina.

–Les va a encantar porque la tenemos para nosotros solitos –agregó, y se dirigió a donde la esperaba el pianista, presto para acariciar aquellas teclas con sus dedos de alfiler. Tomó el micrófono y nos dedicó la pieza que venía a continuación. En ese instante, Clarisa se me acercó y me besó en los labios. El mundo se me vino abajo, mientras sonaba “Squatty, Roo de Ella Fitzgerald. Ya Teresa de la Barra nos la había anunciado, “esta es para ti, Clarisa”, y le guiño un ojo. “Lesbiana”, pensé de inmediato.



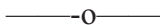
La noche había sido un martirio para la otrora Carmencita Prospero, devenida en López debido a una madre infiel que murió a la edad de Cristo. La imagen la continuaba molestando. ¿Había visto lo que había visto? O sólo se trató de un juego macabro de

su imaginación. “Los muertos existen”, una frase acuñada de su amiga Josefina Arismendi y “yo los veo a menudo”. Al recordar aquel cuento, la sangre se le había helado esa mañana. El agua hervía a borbotones y al instante ella colocaba el café molido en la bolsa. Dos cucharadas pequeñas eran suficiente para hacerlo aguarapado. Se sirvió en un viejo pocillo de peltre que por alguna razón conservó todos estos años. Por más frío que hiciera, ese pocillo mantenía el líquido caliente. “Los muertos permanecen al lado de uno sin saber hacia dónde van por 49 días. El mismo tiempo en que los bebés carecen de espíritu en el vientre de la madre”. No era una narración que la emocionara, pero Josefina en cada encuentro, siempre terminaba con el mismo tema. Le apasionaba la “vida, después de la muerte”. Meditaba mientras sorbía trago a trago el guayoyo recién colado. “Y si fuera verdad”. Y si lo expuesto por su comadre tuviese algo de lógica, entonces Carmelo aún seguía dando tumbos entre los vivos, sin percatarse de su achicharramiento. Dicen que el espíritu pesa unos cuantos gramos y que cuando la gente muere los pierde. Ya se habían hecho pruebas al respecto. Ella se había enterado mediante un documental en la televisión por cable. La contradicción entre lo científico y lo esotérico la perturbaba. “Estará rondando mi pobre hijo, siguiendo sus casos penales en su oficina, sin darse cuenta que nadie responde a sus peticiones”. “Se sentirá solitario, perdido, confuso”. “Aun mi hijo no sabe que está muerto”. ¿A quién estarían enterrando ese día?, pensaría el pobre cuando lo divisé a lo lejos tras los matorrales. “También aquella sombra pudo muy bien ser la de Camilo buscando no ser visto, pero presente en la despedida final de su hermano” “Dolido mi pobre Camilo, solitario en su sufrimiento”. Probablemente Carmelo también

rondó por el hemicycle durante su velatorio y no se fijó que era su cadáver el que se encontraba en aquel ataúd. Claro y aunque se hubiese acercado a ver su propia imagen, jamás se hubiese reconocido. Ese rostro tan hermoso ahora sin piel, despellejado, sin su adorable cabellera que acicalaba a diario desde chico convertida en una masa amorfa adherida a su cráneo, su cuerpo encogido al que el sarcófago le quedaba tan grande que era un desperdicio de espacio, mientras los otros fallecidos en el país, los más pobres, eran cremados para aliviar los costos de un entierro decente como a ella le habían enseñado. Un traje que no estaba hecho a su medida, como los que lucía a diario en esa obsesión por distinguirse del resto de sus colegas. Me habría hablado y yo no le habría contestado y probablemente pensó que andaba en otra de mis rabietas con él por no hacerme caso: “Hijo no se meta con esa gente”. “Hágase el pendejo que lo quieren utilizar y después va a terminar pagando los platos rotos”. Le había sugerido ella, pero el hijo, terco como siempre, no hizo caso a sus sabios consejos. Camilo, sin embargo, era todo lo contrario, aunque siempre anduviese con malas juntas. “Qué habrá sido de mi hijo”. Habían transcurrido ya varios años sin saber nada de él. Se esfumó de pronto luego de aquella pelea con su hermano. Era algo normal en sus relaciones, vivían enfrentados, pero eso nunca les dio motivos para alejarse uno del otro. Pero ¿Qué pudo haber sido tan maléfico e infernal para que ni siquiera se presentara en estas circunstancias? Ella entendía que probablemente Camilo no se iba a exhibir en público sin causar un sismo entre los invitados. Pero “ante mí que soy su madre” ¿cómo me dejaba abandonada en este infierno? No podía odiarla tanto por aquel simple capricho de cuarenta años atrás, cuando se le ocurrió presentar a un hijo con

un apellido y dejar al otro en el mundo de los miles de López de todas las especies, que proliferaban en Carúpano. Todo por culpa de aquel cura sacrílego y perverso.

Estando el cadáver irreconocible, la Fiscalía exigió el examen de ADN respectivo para comprobar que verdaderamente “el muerto, era el muerto”. La frase tal cual pertenecía al Fiscal General. No hubo dudas, ni las habría en los días subsiguientes. La muestra daba positivo. Había costado más de lo normal porque vuelto chicharrón, los galenos y científicos del Instituto de Estudios Patológicos de la República, e invitados de Suiza no hallaban algo que no fuese cenizas para realizar las pruebas pertinentes. La Fiscalía había decidido esta opción pensando que posiblemente el cadáver podía ser uno de los tantos choferes improvisados que no estaban en la nómina de la institución y que Carmelo utilizaba en sus tareas, compromisos y diligencias personales. Hubo una esperanza durante 48 horas, tiempo suficiente para descubrir a quién se estaba velando en el hemiciclo, bien por los resultados de los exámenes o porque el muerto apareciese al tercer día como Lázaro. Las pruebas fueron 100 por ciento convincentes. El fallecido era Carmelo Prospero, Fiscal en materia nacional en asuntos de drogas, estafas, delitos bancarios, y un largo número de etc que rellenaban el expediente policial.



Aquella pelea en plena cena de año nuevo puso en evidencia a Camilo. Un resentimiento que fue creciendo con los años y las decepciones. Atrás quedaba un pasado de defensa a ultranza contra todo ser que osara enfrentar, vilipendiar, humillar a su hermano menor por apenas quince minutos. Una tarea ardua aquella desde

que entraron a la escuela primaria, luego en el bachillerato y finalmente en la universidad cuando Carmelo empezaría a valerse por sí mismo ¿Por sí mismo? Fue la pregunta que lo persiguió sin una respuesta que le convenciera, luego de observarlo por meses haciendo de la suyas como líder político, izquierdoso y golillero. Siempre tuvo fe en su hermano porque él no le duraría para siempre y esa dependencia no lo iba a convertir en un hombre con buen criterio y comprobados testículos para enfrentar las adversidades. Por ello, luego de algunas intervenciones frenéticas en los pasillos de la Escuela de Derecho que incluso lo llevó a andar armado con un 38 para enfrentar a algunos rivales de su hermano (quienes lo tenían amenazado de muerte), Camilo había comenzado a dejarlo que se defendiera por sí mismo, a su manera, para eso ya estaba bien grandecito. Lo que nunca imaginó, quizás porque no lo creyó tan inteligente, fue que para alcanzar tal proeza iba a reclutar chicos inocentes, manejables, en algunos casos menores que él con la finalidad de que hicieran su trabajo y eso lo enardeció.

Sí, claro que le hizo seguimiento pues en la Facultad regresaron a sus bromas de mal gusto. Esas que ambos disfrutaban casi en forma enfermiza, obsesiva desde la primaria: hacerse pasar uno por el otro. “Ya verás que, aunque no estés matriculado en la universidad, puedes disfrutar de algunas materias colándote en las clases por mí”. Y así fue durante el primer año y parte del segundo, cuando comenzó a sustituir al hermano en las reuniones políticas. Debido a su veteranía sindical logró hacerse de un liderazgo que los otros reconocían por su capacidad y amplios conocimientos políticos (aunque sonaban a derecha) sobre todo en el área obrera. Esto no le agradó mucho a Carmelo quien, desde su criterio izquierdista, percibía en el hermano a un rival con mayor

experiencia que estaba conquistando a sus amigos, usurpando su personalidad. Entonces tomó al caballo por las riendas y aprovechándose del liderazgo del hermano y de la manera en que se ganaba a los chicos con sus discursos y sus acciones, lo apartó de su camino para terminar como candidato en las pautadas elecciones del Centro de Estudiantes de la Escuela y por supuesto, ganó sin que su rival más cercano pudiera alcanzar la cuarta parte de sus votos. Si bien Camilo no tenía ambiciones al respecto, pues era imposible por su condición de universitario advenedizo, si le nació en su ser más oculto una envidia que a pesar de intentarlo, no la pudo disimular ante su hermano. De allí en adelante la relación entre ambos comenzaría a teñirse de dudas, de recelos y enfrentamientos banales. Camilo dejó de asistir a las clases que le interesaban como Sociología del Derecho, o Derecho Laboral entre otras pocas que le ayudaban a complementar su formación como líder sindical. Durante ese lapso, ser llamado Prospero, en las aulas de clase, le recordaba su condición de sustituto, el original le quitaba el sueño, y él no era más que una falsificación, un plagio, una copia, un ser sin ser... Un López.

Si un recuerdo lo perturbó toda su vida, dejándole una marca imborrable fue el de aquella maestra cuando ambos hermanos se iniciaron en la escuela primaria. Animada luego de presentarse, comenzó a leer la lista de asistentes atendiendo al alfabeto. Los chicos se levantaban de su asiento con la mano en alto al escuchar su nombre: “presente señorita”. Repasadas las primeras once letras del alfabeto le llegó su turno a la “L” López Camilo. “Presente maestra”, y más tarde una vez superadas las “LL” de Llarandi, Llerandi, Llorens y Llerena. Agotadas las “m”, las “n”, las “ñ” y las “o” de Oliveros, Ortega, Olivo y Oropeza, el último por la “P”,

era Prospero Carmelo: “presente maestra”. La docente pensó que estaba alucinando, no sólo por su semejanza extrema con el López Camilo, sino por los gestos, esos movimientos corporales con los que se expresaban, ya que las prendas de vestir eran uniformadas en todos ellos. ¿Son ustedes hermanitos? preguntó y ambos chicos respondieron en coro de una esquina a la otra (ya que los puestos se asignaban acorde con el apellido): “Somos hermanitos mellizos monocigóticos”, respuesta que hizo soltar las risas del resto de los chiquillos en el salón, sobre todo por la última palabra que les sonó graciosa. La maestra entonces, con suma delicadeza procedió a explicarles el significado con la pedagogía de una santa. Afortunadamente ninguno de ellos le causó curiosidad la diferencia de apellidos y esto libró a la mujer de dar una explicación que tampoco ella entendía. Desde ese instante, Camilo tuvo que enfrentar el trauma de no saber por qué, siendo hermano, de su hermano, y para completar mellizos idénticos, contaban con dos apellidos diferentes. Al chico le picó la curiosidad, era como si jamás se hubiese percatado de esta distinción hasta ese momento. Por ello quiso saber lo que no pudo explicarle la maestra a pesar de sus conocimientos en la materia. La pedagoga se percató de inmediato que había puesto, sino la torta, una metida de pata única, una indiscreción imposible de subsanar. La cara de Camilo era todo un poema, una gran interrogante permaneciendo de pie al final del salón, mientras Carmelo ya había tomado asiento ausente de la preocupación que aquejaba a su hermano. De modo que apenas llegaron a casa, se posó frente a la madre y preguntó.

—Mamá ¿por qué a Carmelo lo llaman Prospero en la clase y a mi López?

Aquella duda del hijo jamás resuelta por la madre, la llevó

directo a la escuela para enfrentar a la maestra como si ésta fuese la culpable de haberle creado un trauma doméstico a sus hijos.

–Usted me los llama por su nombre y se olvida del apellido –agredió a la normalista con tono enérgico, agregando– yo también soy maestra y una cosa es enseñar a los chicos y otra meterse en su vida familiar.

Y dándole la espalda en plena clase, frente a todos los chicos que se quedaban atónitos ante aquella madre histérica que los asustó hasta hacerlos llorar a moco tendido, sentenció.

–No quiera Dios que mi muchacho me vuelva a llegar a casa con esa perturbación creada por su curiosidad malsana –y se retiró dando otro portazo mucho más fuerte que el de su entrada triunfal.

Desde ese momento eliminó de su jerga el nombre de los chicos hasta ya bien crecidos para llamarlos únicamente por sus apellidos, individualizándolos, creyendo que de esta manera les eliminaría de un brochazo, cualquier posible trastorno en su futuro crecimiento.

A la muerte de Carmelo, lo que siempre se consideró una condición objetiva, abierta, transparente, proclamada a todo pulmón, se había convertido con el transcurrir de los años en un imponente secreto. En la secundaria fueron los mejores ejemplos en la clase de biología y puericultura. Una chica quiso satisfacer su curiosidad y preguntó al profesor en qué forma se podían diferenciar los “gemelos”. Y el profe aclaró que mellizos y gemelos eran dos prototipos distintos de ser humano.

–Para responder a su pregunta, señorita, hay que aclarar, antes que nada, que existen dos tipos de gemelos. Por un lado, están los

“monocigóticos” o gemelos idénticos, aquí presentes –y señaló con su puntero a Camilo y a Carmelo de pie en primera fila. Estos –y volvió con el puntero, pero esta vez dándole un toquecito a cada uno en el hombro– proceden de un solo cigoto, que se divide en dos tras la concepción. Espero que sepan lo que es un cigoto –y su mirada recorrió el vasto salón a la espera de escoger a un candidato que reconociera el término. Visto que nadie levantó la mano, continuó– si no, pregunten en su clase de puericultura – aclaró para no inmiscuirse en una cátedra que no le pertenecía– Por tanto, los gemelos idénticos tienen el mismo ADN. Aunque estudio reciente ponen de relieve la frecuencia significativa con la que se producen mutaciones en el ADN o ácido deso...Desi... Deisoso...–La frase se le volvió un trabalenguas hasta que finalmente dio con el término–... Desoxirribonucleico.

Salvado su honor cacofónico, observó las caras estupefactas de los alumnos y comprendió la profundidad del tema, por lo que decidió entonces, limitarse única y exclusivamente a explicar el significado de esa palabra tan difícil de ser pronunciada.

–Hablamos de una proteína compleja que se encuentra en el núcleo de las células y viene a ser el principal elemento o componente del material genético de los seres humanos. Esta proteína contiene instrucciones genéticas usadas en el desarrollo y funcionamiento de todos los organismos vivos. En la clase de química podrán explicarles mejor ya que, según tengo entendido, este elemento de la vida, es un polímero de nucleótidos formado por un glúcido como la desoxirribosa, una base nitrogenada y un grupo de fosfato. Como les dije, el profesor de química para los curiosos como usted, señorita, podrá darle una mejor explicación al respecto.

Concluyó la clase con Camilo y Carmelo colocados de espaldas al pizarrón y dando el frente a sus compañeros del tercer año de bachillerato, diciendo que:

–Los gemelos monocigóticos durante su desarrollo embrionario, contrariamente a la creencia popular no son totalmente idénticos a nivel genético –y agregó para cerrar con broche de oro– hoy en día han surgido nuevas teorías las cuales sostienen que dicho código puede experimentar cambios, debido a ciertas mutaciones en las células.

Aclaraba el docente que de esta manera se abría para “*los idénticos*” una vía distinta a nivel biológico. Al parecer el fenómeno de la mutación celular, se explicaba con varios casos clínicos en los que uno de los gemelos desarrollaba cáncer, mientras que el otro se mantenía saludable.

–Esperemos que este no sea el caso de López y Prosperí –agregó el licenciado en biología para luego preguntar

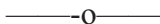
–Y, por cierto, disculpen mi curiosidad –y vino lo que ya ellos esperaban– por qué tienen ustedes dos apellidos diferentes.

A lo que Camilo respondió si darle chance a su hermano a abrir la boca.

–Un error de partidas de nacimiento, profe, que aún no hemos enmendado –el resto fue risas y alabanzas por parte de sus compañeros de clase.

Si bien aquella explicación sobre su condición de mellizos había satisfecho a los alumnos, para Camilo las cosas aún no estaban muy claras. Por ello, dedicaba gran parte de su tiempo a investigar cuáles podían ser las diferencias biológicas más notables entre él

y su hermano menor. Una enciclopedia recién salida y descubierta en sus visitas a la Biblioteca Nacional, le abrió las puertas para averiguar las variables genéticas encontradas en gemelos monocigóticos. En su lectura se planteaba que, a partir del número de diferencias entre las bases nitrogenadas de ADN de gemelos de su condición, unos *nobel* investigadores habían logrado calcular la frecuencia con que se producían las mutaciones somáticas más notables en estos casos. Los resultados fueron sorprendentes y mostraban que el cambio en las células se originaba una vez cada cierto tiempo, entre 10 y 10.000 millones de bases desoxirribonucleicas en los embriones. Estos cambios terminaron dando 359 diferencias genéticas en los monocigóticos. El estudio, sin embargo, tenía una limitación importante: se había realizado utilizando un sólo tipo de células: las de la sangre, las cuales se regeneraban con mayor frecuencia, a diferencia de las del cerebro, cuyo ADN se mantenía relativamente estable.



—Mira Javi —así iniciaba Franchesqui el secreto con el cual llegó al restaurante ante los gestos de advertencia asumidos por Serrano, por lo que Oscar giró su rostro hacia él y para tranquilizarlo agregó

— No te preocupes Serrano, todo está en orden... Tú sabes muy bien de dónde vengo y con quien ando, cambia esa cara y no me jodas. —Serrano palideció. Conocía de antemano el poder delegado del cual disponía este hombre. Se había arruinado luego de haber sido quizás el personaje más rico del país en los meses del paro petrolero. Siguió triunfando con los bancos adquiridos en negociaciones fraudulentas y de pronto, caído en desgracia, resurgió como el ave Fénix. No era un elemento para tenerlo de

enemigo. Y aunque conocía todas sus “*marramucias*”, en un careo frente a frente, Serrano, por maricón, tenía todas las de perder.

–Te decía, Javi, que necesito que me metas una mano en esto, y sé muy bien, me consta que puedes hacerlo sin embarrártelas. – Me sentí atrapado, sobornado, chantajeado, al parecer no tenía más opción ante lo que Franchesqui estaba a punto de proponerme. Y Milena, inteligente, genial, experta en estos enredos, no estaba a mi lado en este momento. Ella seguramente lo habría puesto en su lugar, le habría eliminado ese tono malverso de coerción, de orden que esgrimía Franchesqui, lo hubiera puesto en su lugar, y...por supuesto, al final, cuando lo hubiese reducido a corderito y desgarrada su piel de lobo con la que intentaba intimidarme, viéndolo lloriquear, algo que lograba con todos los hombres por más poderosos que parecieran, lo habría ayudado. Esa era Milena, mi Milena, la mujer sobre la cual Franchesqui, una vez que despidió a Serrano con su amabilidad característica, hablaría sin tapujos:

–El gobierno la busca –me indicó una vez que quedamos a solas, él y yo, frente a frente y aquella frase me arrugó el alma– al parecer tenía una relación muy íntima con el personaje y su testimonio es fundamental para aclarar el caso. Lo peor, Javi, saben que es una puta y no pueden arriesgar la honorabilidad del muerto. El tal Prospero ahora resulta ser el mártir de la revolución. Y como tú comprenderás, esto para el gobierno es lo que para la iglesia afirmar que Cristo se follaba a María Magdalena. –Con esta declaración no podía negarme a su pedimento, pero si bien para él, todo lo acontecido en estos dos días luego de ese encuentro fue un hecho trascendental, de vida o muerte, para mis chicas resultó ser algo insignificante, un ejercicio banal e insípido en sus relaciones de negocio. Sin quererlo, las muchachas sacaron un

enorme provecho con aquella acción heroica de salvar unas vidas y evitar que otras culminaran en las peores mazmorras del país. En cuanto a Milena, según Franchesqui, no había nada por hacer. Una puta no podía asomar en la existencia de aquel héroe víctima de la contrarrevolución.

—Olvídate de ella —me dijo sin saber que precisamente Milena, era el negocio y yo una simple mampara, una marioneta enamorado de una mujer prodigiosa en un mundo de chulos, machistas y proxenetas.

Las chicas sin pérdida de tiempo cumplieron con su labor. Ese domingo, desde la madrugada hasta altas horas de la noche, la huida por avionetas privadas, yates y vehículos “todo terreno”, permitió que salieran a tiempo del país más de doscientos empresarios a quienes el gobierno buscaba implicar en los supuestos casos de terrorismo. Tres o cuatro no les creyeron y terminaron encerrados. La fuga, unos meses más tarde, les costó un dineral por no atender el llamado de mis muchachas. Se pensaron invencibles por su relación con el Vice y aunque Franchesqui, provisto de una experiencia personal, les advirtió que éste los había echado al pajón, no se lo creyeron. En cuanto a los que se evaporaron a tiempo, hay que señalar que tampoco les fue muy bien que se diga. A todos les confiscaron sus fincas, sus inversiones, sus cuentas bancarias, sus domicilios, sus empresas, sus galpones, sus haciendas, sus automóviles y cuanta propiedad estuviera comprobada a sus nombres. Y fueron aún más allá, minaron sus relaciones internacionales con los países cómplices: Bolivia, Brasil, Ecuador, Argentina, Panamá, islas del Caribe, Perú, Uruguay, Costa Rica, Honduras, Guatemala, Méjico y Estado Unidos. En el continente europeo cercenaron empresas en España,

Portugal, Alemania, Francia, Italia...Y continuaron sin parar hasta llegar a China, Rusia y los países árabes, donde “encantados” acabaron con cualquier apellido que no *fuese* “Liu Liu” o “Yeung Yáng”; *Smirnov o Socolov, o bien Assad o Alzheimer*”. El artífice de toda esta operación se llamó Juan Antonio Ramírez Perdomo, presidente de la Estatal Petrolera, la mano derecha del presidente y brazo “ejecutor” del vicepresidente para el momento. Eso me lo confesó Franchesqui a la vez que me felicitaba por la manera en que, yo y mis chicas, habíamos resuelto en “*tiempo record*”, el “pequeño problema” de sus amigos, con el gobierno.

–Vez que el trabajo era sencillo y no te ibas a manchar las manos –me dijo en tono conciliador luego de nuestro último encuentro– Te debo una, Javi y no lo voy a olvidar, de modo que pídemelo que quieras en su momento...–y yo no dejé de lado esas palabras en los siete días que no sabía nada de Milena.

Todo pasó muy rápido, salimos del restaurante y Oscar se empeñó en dejarme en casa, sabía que yo nunca manejaba y vivía de taxi en taxi. Algunas veces Oscar andaba con su chofer y otras a solas con las precauciones respectivas. Los escoltas de antes, ya no existían. Por miedo los despidió a todos: “

–Ellos son los que aportan tus datos para que te secuestren –me dijo un día–. No confíes ni en el portero de tu edificio.

–Y...mira Javi, desde que tenemos esta amistad, nunca he tenido miedo de tus putas –ese término tan despectivo no me agradó para nada. Yo siempre las llame “mis chicas”, mis anfitrionas, mis servidoras sexuales...Pero esa expresión: “putas”, nunca era de mi agrado y eso fue, quizás, lo que más nos unió a mí y a Milena cuando nos encontramos por primera vez en el Saba. El respeto

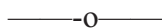
mutuo por una profesión gratificante, arriesgada, imprescindible para los hombres, segura para sus esposas. En nuestro caso, no era lo mismo ser puta que ser “consejera sexual” o “psicóloga matrimonial sin título universitario”. Quien entendiera la sinonimia, sabría de qué hablaban mis muchachas. En esta materia, Clarisa, en apenas dos años, había hecho todo un postgrado. Luego de la petición de Oscar, yo sólo dispuse del domingo para realizar la tarea encomendada. Clarisa y Cristal se habían encargado de poner al tanto a las chicas sobre mi nuevo número telefónico.

–Recuerden que Mile está disfrutando de unas bien merecidas vacaciones –habían aclarado en su momento.

Desde muy temprano, porque no quise interrumpirlas en su labor de sábado por la noche con agenda llena, comencé a comunicarme con cada una de ellas. Estela manejaba a Darío Escalona, el rey del aluminio, Consuelo se entendía con Patricio Escalante: el magnate del cemento, Mónica era la experta en felaciones y controlaba a la mayoría de los banqueros mayores de sesenta años, Alicia era nuestra experta en el cunnilingus, una necesidad gloriosa para las consortes en abandono, y Petra Juana era la Sor Juana Inés de la Cruz en la *irrumación*. Toda una carrera técnica aprendida bajo la dulce experiencia de Milena. El resto de las chicas, aún estaban bajo aprendizaje. Para ese instante ya Milena había captado a Gertrudis para nuestro negocio, quien, siendo hermafrodita, con porte de menor de edad debido a una deficiencia alimentaria en su adolescencia, lucía excelente para uno que otro sacerdote practicante de la pedofilia. Con la *irrumación* Petra Juana se hizo famosa y su agenda diaria siempre estaba cargada de clientes. No había nada más des-estresante que meter el pene en su boca puesto que, a diferencia de la felación, el miembro no

se chupaba, sino que se dejaba circular al antojo del cliente, de tal manera que podían disponer en libertad de todos los movimientos que se les antojara, entrando y saliendo en medio de unos labios carnosos que se lo permitían todo sin agotamiento. “Una delicia”, afirmaban los clientes, como si intercambiaran platillos en una feria gastronómica. Sus miembros solían perderse dentro de una cavidad profunda sin que la anfitriona sufriera arcadas, y sin que existiese frontera capaz de detenerlos, hasta la eyaculación final, cuando el alma se les desbordaba de placer, tomando en cuenta que se realizaba sin el uso de preservativos. Para tal fin, exigíamos a los clientes sus respectivos exámenes anti enfermedades venéreas y VIH con tres meses de antelación. La confianza luego hacía el resto y el peligro era bajo mientras la paga era alta. Cada una de ellas se vanagloriaba de su habilidad y profesionalismo. No existía competencia que las enfrentara porque cuando Milena las entrevistaba para ubicarlas en el negocio, lograba descubrir su vocación natural, sus prohibiciones ocultas, su falsa moral, sus mitos ancestrales. Según Milena sólo había que detectar aquellos deseos reprimidos que debían canalizarse para que, de esta manera, no se trabajara por dinero sino por placer. Nada más gratificante. El ejemplo más notorio terminó siendo el de “María Gracia de la perdición”, a quien las chicas le pusieron el remoquete de la “ano-réxica” no precisamente por su falta de apetito ya que su gula era envidiable, sino por su fascinación y regusto al ser penetrada por detrás. De allí la queja de Estela quien sabía que MG era la experta en este arte y no entendía por qué a ella, y a algunas de las otras chicas (algo de lo que me enteré tarde, gracias a la indiscreción de Clarisa) permitían esta variante que no formaba parte de los precios en el menú de la compañía.

Cuando pasé el dato proporcionado por Franchesqui esa mañana de domingo, cuidé que cada uno de los miembros de aquella lista lo recibiera de la chica de su mayor confianza para evitar dudas. La desbandada se produjo de inmediato y el agradecimiento para ellas no sólo fue con palabras de gratitud, sino con una cantidad en metálico tan sustanciosa que de no ser por la fidelidad que le rendían a Milena, el negocio habría quebrado. Por fortuna para mí, mientras la ambición existiera, el chance siempre estaba a la vuelta de la esquina, y cuando me ofrecieron parte de las ganancias, me negué a aceptarlas, tal cual hubiese hecho en ese caso mi *adorada prostituta*. Ellas habían hecho labor de patria y merecían más que una simple felicitación.



—Realizadas las respectivas pruebas de ADN en el cadáver, ya no nos queda ninguna duda de que el fallecido es nuestro querido Carmelo Prospero —así iniciaba la rueda de prensa ese lunes el Fiscal General de la República. —Y, apartando este preámbulo, procedía al tema para el cual estaban invitados los prestigiosos miembros de la prensa gubernamental, y uno que otro asomado de los diarios nacionales y extranjeros. La agencia de noticias oficial resumía las declaraciones de esta manera:

Lunes 11am. Rueda de Prensa del Fiscal General

Giovanni Martínez reiteró presunta participación de los Guevara en caso Prospero

Por: (ABN) | martes, 28/11/2004 Versión para imprimir

ABN.- El principal testigo de la Fiscalía General de la República en el caso de la autoría material del atentado que le produjo la

muerte al Fiscal con competencia plena de Ministerio Público, Carmelo Prospero, Giovanni José Martínez, corroboró la presunta participación de Otoniel, de Rolando y de Juan Bautista Guevara en ese hecho.

Giovanni José Martínez se presentó como testigo en el proceso que se les sigue a los Guevara en el tribunal 20 de Juicio del Circuito Judicial Penal, a cargo del juez Luis Ramón Cabrera.

En su comparecencia en la primera audiencia el testigo del Ministerio Público señaló que él le entregó el explosivo C4 a los Guevara en el terminal de pasajeros de la capital. Explicó que el poderoso explosivo fue adquirido en Cartagena, Colombia.

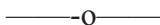
Recordó que se había planificado la Operación Cóndor, cuyo objetivo principal era asesinar al presidente de la República, al mismo Fiscal general de la República, y a un señor identificado con el apellido Mendoza, que sabrá Dios quien era, pero posteriormente se cambió de plan y se organizó el atentado contra Prospero. El testigo estrella de la Fiscalía, precisó que las Autodefensas de Colombia o paramilitares iban a recibir 20 millones de dólares por la Operación Cóndor. Igualmente admitió haber trabajado para el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) de Colombia y que se infiltró en los paramilitares para pasar datos al cuerpo de seguridad.

Giovanni José Martínez, refirió que se enteró de la muerte de Carmelo Prospero el 19 de noviembre por una llamada telefónica que le hizo Otoniel Guevara, quien le comunicó que la operación había sido un éxito.

La audiencia se inició a las 11:00 de la mañana y culminó a las 9:30 de la noche, es decir, fueron 10 horas y media de sesión. La

misma continúa el próximo viernes.

La mayoría de los matutinos privados, buscaron satisfacer sus dudas mediante otra versión unos días después, pero se les hizo imposible que el Fiscal declarara para ellos.



Transcurridos un poco más de siete días, yo no sabía más nada sobre el paradero de Milena desde su última llamada, estando yo en compañía de Clarisa. Ya que su número lo había guardado en el nuevo celular, probé durante varios días comunicarme con ella, pero los intentos resultaron infructuosos, apenas un mensaje de indisposición y luego el pitido para dejar el recado y por supuesto que fueron muchos los que se grabaron a la espera de respuesta. Mi preocupación por ella iba creciendo luego de la investigación de Franchesqui. Ciertamente, al parecer, la mujer misteriosa, solicitada por las autoridades y buscada hasta debajo de las piedras era mi Milena.

—No te involucres en eso, Javi —me había sugerido Oscar en aquel almuerzo junto a Serrano— mira que las vainas están delicadas y no creo que tú aguantes unos cuantos porrazos antes de abrir la boca y meternos a todos en un gran aprieto.

No sonaban a amenaza aquellas palabras, sino a un excelente consejo de un buen amigo, así lo entendí, pero no podía dejar de pensar en Milena quien seguramente en estos momentos necesitaba mi apoyo más que nunca. Las siguientes intenciones de comunicarme con ella también resultaron inútiles, y la idea de que le hubiese sucedido algo de lo que no me quería enterar, se me metió en la cabeza. Cavilaba al respecto cuando el teléfono vibró en mi bolsillo.

–Te tengo información sobre Milena. Qué te parece si nos vemos en una hora donde siempre –“*donde siempre*” era un lugar poco concurrido por lo feo y destartalado que lo tenía el viejo portugués que lo administraba, y en donde lo mejor y lo único comestible era el bacalao al pil pil. Era un lugar al que se acostumbró Oscar, luego de su ruina y antes de caer en las manos del Vice. Allí pasó la depresión, el ratón moral, la resaca, la desilusión, el arrepentimiento, la gran arrechera de su vida. Pero allí también celebró la llamada del Vice.

–Hola Oscar, tengo algo muy bueno para ti –y entonces el mundo le sonrió de nuevo.

Por ser un hombre poco conocido pues se mantenía siempre alejado de los medios, su presencia en el local no generaba ninguna reacción entre los comensales, cuando los había. En estos casos vestía elegante, pero humilde y utilizaba al chofer para que lo dejara a una cuadra del sitio y luego regresara por él cuando se le requiriera. A mí de hecho, me encantó esa ratonera desde la primera vez que entré.

–Cómo te gusta un antro –expresó Franchesqui en aquella ocasión luego de verme cautivado y a placer cuando probé el bacalao dispuesto sobre una bandeja grasienta de aluminio que el viejo personalmente nos colocaba en la mesa.

Ya estaba en su rincón preferido cuando penetré las puertas del cuchitril. Tomaba cerveza porque el whisky allí brillaba por su ausencia. Lo demás era basura: ron barato, anís barato, ginebra nacional barata, vodka nacional barata y cocuy destilado...muy barato. Tomé asiento en aquella mesa apocalíptica y el viejo, sin ser convidado, se acercaba con un par de cervezas que tomamos a

pico de botella. Los vasos jamás lucían transparentes y los de plásticos, los vendía por unidad y se notaba que probablemente los reciclaba una vez que se marchaba la clientela. Luego del saludo cordial y de ingerir varios sorbos de una cerveza tan helada como el rostro del Vice en sus programas dominicales, impuestos por el gobierno revolucionario, entramos en materia. Yo estaba ansioso por conocer los informes de última hora de los que disponía Franchesqui, mientras él permanecía bebiendo cada sorbo con toda su calma. El sosiego del que maneja datos confidenciales ante la incertidumbre del que ignora los sucesos.

–Tal como te lo había anunciado en nuestro almuerzo con Ser-rano, Milena está metida en el caso hasta los tobillos –no guardó la compostura, ni fue delicado conmigo al decir sus palabras. Era normal pues ni él ni nadie, conocía esa relación que nos unía, y permanecía en total secreto, como aquellos muchos otros, que escondíamos en resguardo de nuestra intimidad, de nuestro egoísmo, y de nuestro miedo a descubrir lo que realmente representábamos el uno para el otro.

–Mis contactos con la plana mayor de la policía me contaron que ya la “mujer misteriosa” ha sido totalmente identificada, y están a punto de captura. Al parecer un soplón la ubicó por Carúpano en la población de Rio Caribe –y agregó– a lo mejor pensaba fugarse a Trinidad.

–Y cómo sabes tú que se trata de Milena –aun guardaba la esperanza de que estuviese equivocado.

–El comisario Guillén me mostro un retrato hablado. Muchos vecinos del fallecido la reconocieron como huésped de confianza en su departamento. Al parecer, dicen que eran amantes. También

agregaron las viejas chismosas del edificio que “la mujer tenía una pinta de puta que no la brincaba un venado”. Mira la copia que saqué –y me extendió el papel en donde el rostro de Milena se notaba pintado a carboncillo. Una vulgar fotocopia, pero no cabía duda, ¿o de nuevo mi imaginación me jugaba otra de las suyas y en realidad sólo estaba viendo lo que creía ver? Por qué –me pregunté– no me podía suceder lo contrario como el negarme a ver lo obvio, lo irrefutable...lo incuestionable.

–Me puedo quedar con esto –me hice el desinteresado, pero esperaba que Oscar no me lo negara. Y no lo hizo.

–Claro, hombre, lo traje para ti. Así cuando se lo muestres a tus chicas, te puedes deshacer de ella, continuar con tu negocio y “aquí no ha pasado nada”.

–¿Te ha llamado, por casualidad? –y esa pregunta me encendió la alarma de nuevo. Algo innato en mí cuando el peligro estaba a la vuelta de la esquina.

–No, continuó sin saber nada de ella...Nada en absoluto.

–Mejor prueba de que está metida en el asunto, no hay –sentenció y yo no quise seguirle el juego, pero también comprendí que era un riesgo si buscaba defender lo hasta ahora indefendible.

El bacalao estuvo como siempre...Toda una delicia mientras algunas cucarachas se desplazaban apresuradas por el mostrador. Insectos que el viejo aplastaba de un manotazo y las lanzaba al pote de basura...Nos miramos, soltamos la carcajada y continuamos con nuestro banquete. Dos cervezas más llegaron a la mesa cuando en la bandeja sólo quedaban las espinas. Apartamos las aceitunas negras. Allí era el único sitio de toda la

zona en donde se encontraba esta especie de olivas que sustituía a las típicas guindillas. Pedimos una ración para acompañar las cervezas y continuar nuestra charla que ya se acercaba al final, pues me inventé una reunión que no existía, todo por salir de allí lo más rápido posible para dedicarme a observar aquel dibujo en busca de un rostro distinto al de Milena.

La excusa arrojó su resultado y al instante Franchesqui se contactaba con el chofer para encontrarse en algún lugar cercano a la taguara. Los secuestros *expresos* se habían puesto de moda y a pesar de no ser un rostro conocido Oscar siempre tomaba sus precauciones. El chofer no solo fungía como tal, sino que actuaba también como guardaespaldas siempre manteniéndose a una distancia tan discrecional que yo mismo nunca detectaba su presencia. El caso es que siempre estaba en algún lugar, un escondite, algún rincón secreto desde donde pudiera acudir en auxilio de su jefe en caso necesario. Oscar lo había reclutado en aquellos tiempos de contrabando de gasolina a través de la frontera. Este jamás se enteró del “breve” momento de ruina de su jefe y siempre pensó que, una vez terminada la huelga petrolera del 2002, su jefe había cambiado de ramo. Es decir, se diversificaba en los negocios, porque eran muchas las compañías que manejaba de las cuales él, como chofer y guardaespaldas, no tenía idea en cuál de las tantas oficinas diseminadas por el país funcionaban. Ciertamente ninguna poseía un rótulo, un logo, una secretaria, o un grupo de ejecutivos o trabajadores a destajo al menos. Sólo gente muy ataviada que entraba y salía, muchos de ellos funcionarios públicos de la alta esfera. Si bien este hombre, jamás habría la boca para preguntar algo que no fuese “a qué dirección vamos, señor”, era de lo más eficiente según Oscar. Dos

años con él habían servido para demostrar fidelidad, discreción y seriedad en su trabajo. No se atrevía a cambiarlo por nada ni nadie en este mundo –afirmaba con todas sus dudas a cuesta– y mucho menos a despedirlo a pesar de sus temores acerca de “no confiar en nadie...ni en el chofer”. Mejor malo conocido que bueno por conocer, aunque el dicho en este caso no parecía ser el más adecuado en vista de la lealtad de aquel hombre del cual jamás supe cómo se llamaba.

–¿Quieres que te dejemos en alguna parte? –se refirió a sí mismo y al custodio.

–No...Ya conoces mi costumbre de saltar de un lado al otro en taxis.

Pidió la cuenta y dirigiéndose a mí, agregó como siempre.

–Ya que hay que pagar en efectivo, tú te encargas –así era siempre en estos casos, Oscar jamás disponía de un billete de baja denominación y quien cancelaba gastos de combustibles y otras menudencias de las que se antojara por el camino, era el chofer.

Salimos y el panorama que desde la mañana lucía lluvioso nos regaló un sol de verano que le obligó a usar sus lentes oscuros. En cuestión de minutos el Mercedes Benz hacía su aparición unos cuantos metros contradiciendo sus normas de seguridad. Penetró en él con rapidez inusual sin despedirse, no hacía falta. Ahí entendí el uso de los lentes negros. El sol no tenía nada que ver. El auto desapareció a toda velocidad por la avenida saltándose la luz amarilla de un semáforo. Respiré profundamente y caminé unas pocas cuadras. De esta manera yo también evadía cualquier relación con aquel hombre que entraba apresurado a un Mercedes Benz en plena tarde soleada. Una despedida, un simple choque de

manos entre nosotros, me habría expuesto al peligro ante una contingencia porque los secuestros expresos a diferencia de los tradicionales no son planificados. No se elabora un estudio o se hace un perfil de la futura víctima, no hay seguimiento, ni investigación. No existe un plan preestablecido para minimizar fallas, errores, el “expreso” se ejecuta en cualquier instante, un descuido de la víctima al sacar su tarjeta de crédito para pagar una cuenta en una tienda, una salida de un restaurante lujoso sin la debida precaución o el simple cambio de una llanta pinchada en plena autopista al aceptar la ayuda de una pareja motorizada, que “casualmente” se desplazaba por el lugar.

Ya más tranquilizada mi paranoia habitual, divisé una tasca poco ostentosa, pero a millas de distancia en imagen de “nuestro lugar de siempre”. En esta parte de la ciudad son muchas las que compiten en gastronomía española, sales de una y provoca entrar a la otra. Sentado a la barra pedí un Etiqueta, saqué del bolsillo superior de mi chaqueta la fotocopia y me quedé observando por minutos aquella imagen. Cuando el cantinero me sirvió el trago colocando la botella frente a mí, ya yo había extraído una foto que guardaba de Milena en mi cartera, un error grave, pero muy consciente de mi parte. Era una manera de siempre tener su presencia conmigo. Ella me lo había advertido una vez con un tono suave y comprensivo.

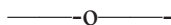
–Dígame una cosa –me dirigí al mesero– ¿se parecen?

–Exactas... la dibujó usted mismo –me respondió.

–No, nada que ver, un amigo, pero aún sigo pensando que no le hizo honor.

–Por el contrario, creo que la captó en todo su esplendor –agregó

el hombre sonriendo mientras se retiraba a atender a otro cliente en una esquina de la barra.



Finalizando un sencillo desayuno a desgana, se decidió a visitar el departamento de su hijo. En absoluto le importó, luego de una noche en penumbras, lo expuesto por el chofer que la trajo a casa. Se presentaría y se enfrentaría a esa soledad que habitaba en ella desde que Camilo dejó de visitarla mientras que Carmelo, apenas la sentía llegar al departamento, la arrastraba a un restaurant italiano en las cercanías. “La culpa la tenía esa mujer que nunca se atrevió a presentarme”. Sin embargo, esta soledad de ahora, no era la misma. Los hijos siempre estaban presentes en su pensamiento. Conversar con Josefina sobre ellos todas las tardes, cuando la acompañaba para tomarse unas o varias tazas de café, mientras criticaban un remake de “Kassandra” (la novela de las que ambas eran apasionadas televidentes), era como si estuviesen en la licorería de la esquina, prestos a llegar hambrientos a la casa. Luego del café vino la cantaleta de Josefina sobre su última investigación espiritista. En otras ocasiones llegaba con unas cartas del Tarot porque estaba aprendiendo a adivinar el futuro con ellas. Todas estas locuras lograban que Carmen disfrutara a ratos y olvidara esa soledad “circunstancial” que la poseía cuando menos lo esperaba. Carmen no creía en nada, porque “un padre no puede abandonar a su hija a la buena de Dios, y luego estar presente cada domingo en misa expiando sus culpas”. No creía en Dios, no creía en espíritus, no creía en almas gemelas, hasta esa mañana a la llegada de Josefina quien en esta oportunidad había cambiado su itinerario acostumbrado:

–¡¡Comadrita!! Me vine volando, anoche tuve una visión con su hijo.

–¡¡Cómo así!! –saltó Carmencita a punto de infarto.

–Deme un vasito de agua o un café, comadrita, porque no me pude aguantar hasta la tarde. Esto lo tiene que saber mi comadre ahorita, me dije. No llegué más temprano por consideración, pero desde la madrugada ando con esta angustia, comadrita que me come por dentro.

–Yo no pude pegar los ojos en toda la noche también, comadre. No sé, pero algo me perturba desde el funeral –le respondió la madre afligida, cara arrugada, ojos rojizos y un desgarrado que casi la convertía en la séptima letra del alfabeto en forma invertida.

–Se lo voy a decir, comadrita, y sé que usted no cree en nada de esto, pero algo muy grave, algo muy grave y feo está sucediendo, comadre...

Josefina hasta ese momento, no podía entender la ausencia de Camilo en esta situación. A pesar de los chismorreos en el barrio y de que todos sus habitantes compartían a menudo con “los morochos”, nadie, nunca, conoció la doble vida de aquellos muchachos. Carmencita se encargaba de que eso se cumpliera religiosamente. Ya había sido bastante para ella el hecho de lidiar, durante toda la vida escolar de sus hijos, explicando esos dos apellidos para que también allí, luego de haberlos criados revueltos con esa muchachada marginal de la barriada, tuviese que dar conferencias sobre aquel error garrafal producto de su inmadurez. En el barrio se enteraron de “la muerte de uno de ellos” por la televisión. En esa comunidad, el secreto bien guardado era para otros. Allí, “esos dos” siempre hacían de las suyas en las fiestas a las que asistían y

si aquel se apellidaba Prospero, este también, sólo que, para ellos, uno era el Prospero malo y el otro, el Prospero bueno. “Menos mal que a quien mataron fue el pretencioso” confesaban a hurtadillas. Y era comprensible ese resentimiento vecinal, pues de la misma manera en que Carmelo fue ascendiendo en la escala social desde la Universidad hasta ese cargo “sorpresivo” en el gobierno, fue descendiendo en su relación con los muchachos de la barriada hasta su total desaparición, y solamente Camilo, continuó llenando ambos espacios bien como benefactor, bien como emprendedor y consejero, según se tratara el caso. Siempre investigando sobre las empresas en donde trabajaban sus vecinos: Si había sindicatos, si tenían contrataciones colectivas, si no les pagaban el salario mínimo, si sólo los contrataban a destajo, etc etc. y después de tanta “*preguntadera*”, venían los juegos de bolas criollas, las cervezas y la típica intriga de los muchachos del barrio en los momentos de descanso a la cual nunca respondió ¿Y cómo haces tú con el “pajúo” de tú hermano?

Josefina estaba consternada porque en su sueño Camilo le había hablado...

—Era como si estuviera frente a mí, comadre, y yo le preguntaba Camilo hijo mío, por donde andas que tu madre te necesita... Y luego, comadre, se me desvanecía... Y me volvía a cada rato. ¡¡Ufff!! Cómo explicarle. Qué sueño tan feo, menos mal que no se me apareció Carmelo todo “quemao” —y sin querer cometía una indiscreción, pues Carmencita con esa palabra estuvo a punto de desfallecer: “*Quemao*”. *Quemao*”... ”*El quemao*”...

Su rostro palideció y Josefina la llevó a la butaca más cercana mientras corría a prepararle un mezclado de mucha azúcar con

poquita agua.

–¡¡Ay Dios!! Se le bajó la tensión a mi comadre.

Una vez que Carmencita se recuperó, no le quedó otro remedio que entrar en el mundo místico de Josefina, esa niebla oscura en donde habitaba, la cual, en vez de un don celestial, ella lo consideraba una maldición enviada a su ser desde las profundidades del infierno. Palabras en susurros que herían los oídos de aquella madre huérfana de hijos: “No existía nada peor que vivir viendo a los muertos”.

Esa expresión le causó escalofríos a Carmencita, entonces sí había sucedido aquello, ella había visto a su hijo muerto detrás de la arboleda contemplando su propio entierro. Probablemente ese hijo merodeador, observó desde lejos a sus amigos, distinguió a su madre apesadumbrada, a sus jefes fingiendo aflicción, a sus novias y amantes lloriqueando una falsedad competitiva, todas compungidas. Y a lo lejos bien aislados, a uno que otro vecino de la barriada a quienes los miembros de la seguridad no dejaban acercarse, entre ellos probablemente estaba Josefina, quien desde esa distancia buscaba con la vista a Camilo y a Carmencita entre tanto vestido negro, entre tantas sombras, entre tantos jefes del gobierno, entre tantos, tantos, muchos porque el “tanto” se le quedaba corto. Tantos “tantos” hubo en aquel acontecimiento, que los parroquianos y conocidos no pudieron acceder al ritual. “Sería por eso que a mi llegada al barrio en esa camioneta negra último modelo, se cerraban las ventanas de mis vecinos”. Lo pensó brevemente, y lo desechó de inmediato. “Con las muchas tribulaciones que la afectaban, esos conflictos vecinales no iban a crearle más dolor del que ya tenía”. Entonces aquella aparición no

era, no podía ser su hijo Camilo, a escondidas para evitar un sismo “nomotético” que la madre se vería obligada a explicar ante los medios de comunicación y ante toda esa corte de enlutados. Josefina podía tener razón. ¿Y si alguien más del barrio vio aquella imagen y pensó que se trataba de Camilo? Mi Camilo, alejado de todos los que alguna vez fueron cercanos a él. Mi Camilo quien nunca explicó en el barrio por qué le tenía aversión a su hermano... Todas esas interrogantes le pasaban por la mente mientras el azúcar hacia su trabajo y le levantaba poco a poco su bajada de tensión:

–¡Ay comadre! disculpe mi imprudencia –pedía Josefina disculpas mientras le acariciaba la frente con sus manos y desplazaba sus pulgares hasta las sienes masajeándola con ternura.

Los muertos existían y nadie, ninguna base científica, le iba a demostrar a ella que el “muerto se iba al hoyo mientras el vivo continuaba buscando el bollo”: No señor. Nadie la iba a convencer que luego de esta vida no había más nada, que todo se acababa aquí y que “quién la hace no la paga”. Su mundo de las reencarnaciones en humanos era tan amplio que abarcaba desde la concepción, es decir, desde que el espermatozoide fecundaba al óvulo, hasta los 49 días en que millones de niños en el mundo finalmente recibían el espíritu. Los malos se suponía que no tenían cabida, pero errores se cometían hasta en el más allá y siempre había uno que otro que se colaba. Para reencarnar en los animales, según Josefina, la fila era más extensa por el tiempo de vida. No era lo mismo meterse dentro de un elefante que entrarle a una gallina. Descartaba a los insectos y solamente se podía optar por los plumíferos o los vertebrados. Esta sección estaba dedicada a los pecadores, los malos en vida, los indecentes, criminales, bastardos,

violadores y asesinos. “Ya veremos qué clase de animal les iba a tocar a los que asesinaron a Carmelo”. Todos esos conocimientos los había adquirido de diversos manuales de esoterismo, en donde se planteaba el reemplazo o la suplencia en una especie de conflicto competitivo entre los fallecidos. “Todo eso sucedía, allá, en el más allá, por supuesto”. Los buenos eran escogidos para volver a este mundo, con otra vida, otra identidad, pero sin recuerdos, sin pasado. Un volver a comenzar merecido para unos y desechado para otros que permanecían vagando por este mundo sin ser vistos excepto por ella, mientras esperaban su turno.

—Sabe, comadre, que yo también lo vi, allá cuando lo bajaban al foso —se lo confesó con cierta aprensión— una sombra detrás de los matorrales, a lo lejos, aunque pudo haber sido cualquier cosa —dudó— pero un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¡Ay! comadrita, seguro intentaba despedirse de usted.

—¿Seguro, comadre? Usted cree eso, porque, no sé, yo tuve otra sensación ¿sabe? Un sentimiento de miedo, por decir lo menos.

El agua ya hervía y cortaron la conversación para que Carmen se dispusiera a colar más café. Se acercaba la hora del mediodía y ella perdió las ganas de salir de casa. Lo de ir al apartamento de su hijo, lo dejaría para otro día, quizás mañana. Afortunadamente ahora se encontraba con Josefina, quien siempre con sus cuentos la animaba, al menos espantaba su soledad, aunque sustituyera la misma con muertos de todo tipo, fantasmas, espíritus, señales, símbolos, súcubos e íncubos, poseídos y desposeídos, exorcismos y charlatanería.

—Ahh, ya se me olvida, comadrita —se dirigió a Carmen al momento en que ésta le colocaba una taza de café sobre la mesa—

le traje esta oración –y le extendió un papel amarillento que Carmen tomó entre sus dedos temblorosos ¿Aquello era un rezo cantado o un canto funerario rezado? Entonces leyó

El solista: *El animal nace, pasa, muere*

Y es el gran frío

El coro: *Es el gran frío de la noche, lo oscuro.*

Solista: *El ave pasa, vuela, muere*

Y es el gran frío

Coro: *Es el gran frío de la noche, lo oscuro.*

Solista: *El pez huye, pasa, muere*

Y es el gran frío

Coro: *Es el gran frío de la noche, lo oscuro.*

Solista: *El hombre nace, come y duerme. Él pasa*

Y es el gran frío

Coro: *Es el gran frío de la noche, lo oscuro*

Solista: *Y el cielo se iluminó, los ojos se apagaron.*

La estrella resplandece

Coro: *El frío abajo, la luz arriba*

Solista: *El hombre ha pasado, el prisionero está libre.*

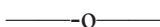
La sombra ha desaparecido

Coro: *La sombra ha desaparecido*

Solista: *Padre, Gran Padre, hacia ti va nuestra plegaria*

Coro: *Padre, Gran Padre, hacia ti va nuestra plegaria*

Al culminar la lectura, lloró y buscó secar sus lágrimas con el primer trapo sucio que estuviera a mano, y entonces Josefina le alcanzó su delantal. No tuvo tiempo de dejarlo en su casa y había cruzado la calle con ese florero multicolor atado a su cintura. Quien no la conociera hubiese pensado que era la criada de Carmencita Prospero, a punto de iniciar su labor mañanera



El segundo Etiqueta Negra me disminuyó la zozobra. El retrato hablado de nuevo había regresado al bolsillo de mi chaqueta y la fotografía de Milena aún continuaba danzando entre mis dedos como un as de corazones. No podía creer todo aquello, era como si una pesadilla me hubiese arrebatado de pronto un sueño sosegado hundiéndome en sus sombras mientras yo, desesperadamente intentaba regresar a mi quimera onírica y placentera. El mundo, mi mundo, se había trastocado de tal manera que hasta Clarisa cuando la llamé desde el bar, notó que algo me sucedía.

—Hola mi vida —respondió sin darme tiempo a presentarme. Era obvio, ya todas las chicas disponían del nuevo número de mi celular.

—¿Cómo está tu agenda hoy?

—Para ti siempre desocupada... los demás que esperen —y hasta mí llegó su risa encantadora.

—¿O es que tienes algún cliente improvisado para hoy?

—Yo, si no te molesta.

–Claro que sí, tontito, dime dónde estás y te alcanzo.

La vi entrar vestida como toda una reina sin mucho alarde, pero muy elegante. No la había citado para nada después de la última noche cuando las tenues luces del bar fueron testigos de aquel beso robado que nos condujo como desesperados a la habitación.

–Hola mi cielo lindoooo –y se me guindó al cuello.

No tuve otra alternativa que aceptar ese beso breve en la boca con frescor a menta, cuya combinación con el aroma a fresas que les deja adherido el lápiz labial, me retrotrajo por breves instantes a Milena.

–Tú siempre con esa manía –me corrigió al captar ese mal hábito que tengo de mirar a los alrededores con el rabillo del ojo cuando me encuentro en alguna situación embarazosa– Yo me tomo uno de esos para acompañarte –y señaló mi vaso de whisky–...y quien quita que... –me lo dijo con su picardía particular con la cual conquistaba a su cartera de clientes– suceda otro milagro.

Aquella noche había sido bestial, el fantasma de Milena se esfumó junto a los vapores del alcohol dejando en su lugar un monumento a la existencia misma. Flotamos como pompas de jabón dejando que las corrientes de un aire tan tibio como sus senos, nos desplazaran a un mundo desconocido en donde la maldad no tenía cabida. Aquellas piernas tersas, fuertes y celestiales, se anclaban a mis caderas como un timón en medio de una tormenta impidiendo que el barco sufragara en medio de las inmensas olas, cuyo rugir era más bien un canto de Dioses. Una melodía cautivante y embriagadora...No, no habíamos fumado hierba, aunque ella me ofreció un roll que escondía cuidadosamente en un bolsillo secreto de su bolso.

–Con hielo picado, por favor y la misma agua del jefe –le respondió al barman cuando éste se acercó para atendernos.

–Que sean dos –agregué

–Pero con hielo entero para él –agregó ella de inmediato. Esa era una de sus mayores cualidades: descubrir los gustos de los hombres.

El barman colocó frente a nosotros los dos vasos y las aguas “Evián” y procedió a vaciar el líquido con delicadeza.

–Si quieren les aparto la botella –dijo– porque así, por trago, es más caro.

Le agradecí el gesto y enseguida agregué:

–Me refiero a la misma que usted está utilizando, ya que nadie ha pedido un trago de esta marca y así me olvido de los cinco tragos ya servidos.

–Perfecto –se adelantó Clarisa– deje la botella que va por mi cuenta.

Nunca me enteré en qué momento Clarisa me despojó de las prendas de vestir dejándome como Dios me trajo al mundo. Era como para creer en hechizos y hadas madrinas. Como si con una varita mágica cada una de mis indumentarias desapareciera con un toque. Tampoco recuerdo haberla observado desvistiéndose a pesar de que las luces encandilaban toda la habitación. Mi memoria permanece hasta ahora “estáticamente en movimiento”. En mi negocio o mejor dicho, en el nuestro, uno tenía que saber tomar sin embriagarse, y aunque se beba más de la cuenta, el cerebro, en base a la costumbre, permanece sobrio hasta salir de los compromisos. En esa ocasión perdió el control. Nada se puede

resistir al encanto de Clarisa.

—Te noto triste, compungido... como preocupado. Cuéntame, qué te sucede. —Lo preguntó sin ánimos de obligarme a responder lo que ella sabía que yo sabía que no le iba a contar. Pero se equivocó.

No sé, no recordé para nada cuanto tiempo estuvimos sin pegar los ojos, amándonos, besándonos, tocándonos, riéndonos, pero sí notamos que otra luz distinta a los faros de la habitación penetraban con fuerza a través de las cortinas. Hacía rato había amanecido. “Ahora sí hay que acabar” dijo en ese momento. En toda la noche no me permitió una eyaculación llevándome casi al límite y luego dejándome en ascuas, a la espera: “No, no, no, todavía no”. Entonces cambiaba el tema y escogía a la lesbiana cantante para que yo bajara a tierra.

—Te voy a confiar algo, porque no aguanto esta tragedia yo solo ¿Sabías que Milena tenía un amante?

Era una mañana esplendorosa, desde la ventana de la habitación se vislumbraba toda la costa, ese mar azul imponente y a lo lejos un buque enorme desplazándose horizontalmente en cámara lenta. Me besó con una pasión que me hizo recordar mis años de adolescencia. Bajó sus labios hasta mi cuello y continuó hasta mis tetillas acariciándolas con la punta de su lengua. Llegó a mi cintura y besó con ternura mi ombligo y continuó. Mi miembro penetró su boca y el mundo, el universo todo, se vino abajo. Grité porque no pude ahogar ese placer que invadió todo mi cuerpo.

—No puede ser...—me miró con asombro, abrió los ojos dejando

entrever unas pupilas que por segunda vez se dilataban ante mi vista. Y recordé aquel orgasmo.

Antes de afrontar el desvanecimiento que seguramente llegaría luego de aquella fascinante eyaculación, la tomé de los brazos y me coloqué sobre ella. La bese profusamente en la boca jugando con mi lengua hasta sentir sus gemidos. Venía mi venganza. Bajé por su cuello, metí despacio la punta de mi lengua en cada uno de sus orejas saboreando sus lóbulos. Descendí hasta sus senos y mordisqueé suavemente cada uno de sus pezones. Bebí de su maná. Continué hasta su ombligo. Palpé su huella del cordón umbilical besándolo tiernamente con mis labios húmedos de goce...Muy despacio. Llegué hasta su vagina. Me sumergí en ella. Me apropié de su clítoris con suaves movimientos de lengua y labios, lamiendo y chupando alternadamente, hasta sentir que estaba a punto de venirse. Entonces me desplace hacia su boca para besarla y mis dedos en su vulva hicieron el resto.

–Pero eso es normal, amor, alguna vez a su edad, tenía que tener a alguien para...–no la dejé terminar.

–Has oído del asesinato del Fiscal.

–Claro...No me digas queeee –afirmé con la cabeza adivinando su pensamiento.

–¡Ay! la pobre, debe estar desconsolada...ahora entiendo lo de tomarse unos días...

–No entiendes nada –dije y me ofusqué, pero de pronto comprendí que ella no tenía que estar al corriente de lo que sucedía a mí alrededor.

–Ahora concibo por qué andas así: estás full celoso ¿No me digas

que tú y ella tenían su cosita?

–No chica nada de eso, ven vamos a salir de esta barra –Nos levantamos y corrimos a una mesa alejada en un rincón del local. Antes de sentarnos, Clarisa me tomó del cuello y me besó con furia. El barman notó nuestra huida y habrá pensado que necesitábamos un lugar más íntimo que la barra para dilucidar nuestros secretos de enamorados.

“Vi el cielo”, me dijo riendo, su rostro alumbrado de felicidad, como si jamás hubiese tenido un orgasmo. “Ahora entiendo que hacer el amor no es lo mismo que tirar”. En ese instante descubrí que Clarisa jamás había disfrutado el sexo. Para ella todo lo que había aprendido con Milena, no era más que una manera de ganarse la vida, poseer unas tarjetas de crédito, una cuenta bancaria, compartir un departamento con Estela y Cristal, y finalmente, mudarse a vivir independiente a un anexo amueblado que alquiló a unos viejos alemanes en una quinta al este de la ciudad sin muchas preguntas.

–No, no es eso chica, que celos, ni que ocho cuartos. La policía busca a Milena hasta por debajo de las piedras –le dije sin ninguna consideración.

–¡¡Dios!! –saltó y hasta el barman escucho aquella expresión.

–Shiiis... –hice el sonido con el dedo índice sobre mis labios. Su rostro palideció de pronto y su sonrisa de “diosa” se volvió una mueca en sus labios... La busca la policía –repetí porque pensé que no había escuchado bien.

Descansamos, un cuerpo sobre el otro, desnudos, retozando, entendiéndose. Así permanecemos por espacio de una hora, sin

hablar, solamente escuchando nuestra respiración, nuestros latidos del corazón y esa música lejana como un susurro que llegaba desde el malecón. Alguien había llegado temprano a la playa con su equipo de sonido a todo volumen.

–¿Y entonces? –me preguntó con gesto de preocupación evidente. Ella adoraba a Milena. Se había acostado conmigo, habíamos hecho el amor, lo pasamos divinamente, todo por su desconocimiento acerca de la intimidad que nos unía, de saberlo, jamás la hubiese traicionado. Nunca se hubiese “tirado a su amante”. Quizás al amor de su vida.

–Está metida en un problemón y no sé cómo ayudarla... Ha sido imposible comunicarme con ella.

–Pero no hablaste con ella aquel día en el restaurante.

–Sí, pero después intenté contactarla y no lo logre.

–Y ninguna de las muchachas tampoco sabe nada de ella –me aclaró– y nadie se ha interesado porque dejó dicho que se tomaba unos días de vacaciones.

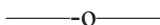
El descanso nos relajó y entonces decidimos bajar a la piscina, donde nos esperaba la soprano. “Habíamos quedado en almorzar con ella”, dijo Clarisa. “Tú fuiste la que quedaste en eso”, le respondí. “le gustaste”, agregué. “Si, me di cuenta de inmediato, apenas me guiño el ojo y me acarició la cintura con su mano aprovechándose de la oscuridad del bar”. “Habrá pensado que estabas con un hombre mucho mayor y que eras una dama de compañía”, precisé. “Pues que se joda, ahorita mismo nos vamos tomados de la mano y le digo que eres mi marido”.

–Y cómo podemos ayudarla –lucía sumamente preocupada y el

barman al vernos a lo lejos, notó que ya no éramos felices, y no supimos por qué razón se acercó a la mesa para ofrecernos: “eso sí, si ya habíamos almorzado”. Una buena torta de chocolate.

—Nada mejor para aliviar las tristezas —dijo y enfiló hacia una carretilla llena de manjares... Lo observé a la distancia como escogía un plato y procuraba cortar un gran pedazo de aquel enorme pastel. Lo logró y en cuestión de segundos llegaba a nuestra mesa con esa delicia y dos pequeñas porcelanas para que dividiéramos ese hermoso presente. “existe gente buena en este mundo”, pensé. Y no estaba equivocado. En otros lugares, esta adulancia venía con el propósito de recibir una buena propina. Aquí no parecía que esa fuese la intención. Por eso, después les contaré, Clarisa y yo regresamos a menudo al local para enterarnos con el tiempo que el barman a su vez era el propietario. Se llamaba Manolito y el local tenía como nombre “La Guacamaya”.

—Milena es esa “mujer misteriosa” de la que hablan en las noticias. —Le confesé.



Pocos dirigentes quedaban en la central obrera, después de la debacle, una vez fracasado el paro petrolero. Camilo era uno de ellos. Insistía en reorganizar el movimiento sindical, pero todo era un caos. Los más altos jefes se habían asilado en otros países ante la arremetida gubernamental y el gobierno inventaba su propia central patronal, una organización paralela colmada de esquirols bien pagados (porque plata había en abundancia) para deshacerse del “viejo sindicalismo rentista y conspirador”. Le costaba mucho acudir al hermano quien ya figuraba como una ficha política del gobierno, y ostentaba un cargo de mucha

confianza en la Fiscalía General, un buen cuadro, como lo definió su jefe en el funeral. “Una buena ficha del partido”. Necesitaba que lo auxiliara con los camaradas detenidos por el régimen, o al menos que le suministrara los datos de los futuros imputados mencionados en una supuesta lista confidencial en donde se les acusaba de provocar un Golpe de Estado. No se habían encontrado desde su última pelea, cuando aún Carmelo continuaba sus estudios en la Facultad de Derecho. El resentimiento no se había apagado. Así que, por más que Camilo intentó una ayuda de su hermano, éste nunca respondió a sus requerimientos. Para ese momento, Camilo trabajaba bajo las sombras, casi clandestino: se había dejado el bigote y una profusa barba, se raspaba la cabeza al estilo de los neonazis alemanes. Llevaba varios tatuajes alrededor de su cuerpo y una argolla colgaba de su oreja derecha. También había subido de peso, no acostumbraba como su hermano a asistir a un gimnasio todas las mañanas para mantenerse en forma. Ni la madre lo pudo reconocer un día en que finalmente lograron reunirse dándole una sorpresa inimaginable que duró apenas un saludo receloso a la distancia por parte de Camilo. “Ya se le pasará”, pensó la madre a la espera de un regreso que nunca se produjo. Ambos se dirigieron entonces a la licorería de la esquina donde fueron recibidos con loas. “Finalmente, los morochos regresaban a la barriada de su adolescencia, largo tiempo sin que se supiera de ellos, sobre todo de Carmelo que, desde universitario, no se le vio más por estos confines”.

–No le hagas caso, sabes cómo es la gente del barrio –le habría dicho Camilo en esa ocasión– son celos, o envidia: “como andas con esa pinta de marca”. –Carmelo andaba en Jean con una chemisse Lacoste que a leguas se notaba que no eran las

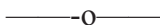
imitaciones chinas que vendían los “manteleros” en las calles de la ciudad. Y al notar sus “Adidas”, Camilo se dirigió a su hermano bromeando:

—Menos mal que eres conocido en el barrio, porque si no, con esos zapatos no llegas ni a la esquina. —Se refería, claro estaba, a los robos, arrebatos de carteras, celulares y hasta de prendas de marcas, como las usadas por Carmelo esa tarde, que atraían a los “rateros” diseminados por toda la ciudad.

Fue la ocasión precisa para contarle la problemática con sus camaradas de sindicatos. Pero la receptividad que esperaba del hermano, nunca llegó.

—No me jodas, Camilo, ustedes andan en una de terrorismo queriendo tumbar al gobierno...Conmigo no cuentas.

Así trascurrió todo el 2002 y el año siguiente sin que volvieran a encontrarse. A punto de finalizar el 2004, Carmelo recibió una llamada de Camilo: “Necesito urgentemente reunirme contigo, hermano”.



A Carmelo, en la Fiscalía le habían encargado varios casos tenebrosos: Corrupción y lavado de dólares, creación de empresas fantasmas con el fin de estafar al gobierno con divisas preferenciales, transnacionales de alimentos que jugaban al sobreprecio para crear zozobra en la población, militares y algunos dirigentes políticos, (incluidos altos dirigentes del partido de gobierno) que andaban en “jugadas extrañas, saltando talanqueras”. Es decir, conspirando contra el proceso revolucionario. Esto se lo habría dicho el Fiscal General cuando

lo llamó a su despacho. “Y me hace falta un hombre de confianza que se encargue de averiguar en que andan estos personajes metidos”. Como si nada, de inmediato, le entregaba una lista con nombres de banqueros, empresarios, ministros, militares, embajadores, líderes de la oposición, miembros de ONG, alcaldes, sindicalistas (aparecía el nombre de su hermano: Camilo Alfredo López Itríago), periodistas e intelectuales de cierto prestigio internacional y hasta *Baggui*, un perro Dóberman que aparecía bien definido con marcador amarillo en el elenco de “*los más buscados*”. Se le imputaba el delito de atentar contra el ornato de la ciudad por haberle meado los zapatos a tan alto jerarca, cuando se presentaba en una sesión de honor, en el Panteón Nacional.

–Depura esa lista, Prospero, y encárgate de investigar esto, además, recuerda lo de la Plaza Francia –le aclaraba, por si acaso.

–No tengo que decirte esto, pero confío en ti. Tú bien sabes que los nuestros mataron a unos cuantos en defensa de la revolución... Así que por si las moscas... Déjate de vainas con nuestra gente.

La primera depuración fue el Dóberman con incontinencia urinaria, la segunda, su hermano Camilo. Puso la lista a un lado de la cama y recordó que apenas hacía unos días había recibido aquella llamada dejada en la grabadora de su departamento. Afortunadamente Milena, la “puta” que le ayudaba en sus negocios no lo había frecuentado en esa semana. Cuando la conoció en Carúpano, se enamoró de ella. Tenían casi la misma edad, pero aquella mujer lo aventajaba en experiencia, en conocimientos, en vida. No en balde, era una puta de pueblo. Con ella aprendió que un pelo de su vagina tenía más fuerza que una grúa para “levantar la hombría de un hombre entre los hombres”

Nunca imagino que pudiese alcanzar tanto prestigio. “Empresaria”. ¿Quién lo hubiera imaginado? Milena manejaba banqueros, empresarios, ministros, diputados, jueces, políticos ¿Cómo había logrado tanta fama la chica más apreciada de los mejores burdeles de Carúpano?, ahora con ese poder. Era el apoyo que necesitaba, ella llegaba desde su pueblo natal llena de ambiciones para conquistar hombres en los sitios más cotizados de la capital. Y él, al encontrarla, no iba a dejar escapar la ocasión. La necesitaba para saciar sus ambiciones personales. Con razón su madre lo había apellidado Prospero.

Su primer encuentro en la capital, aconteció en una sede policial, había sido arrestada en el Morritsont, el mejor y más caro de los burdeles al este de la ciudad, donde ella trabajaba a su llegada, una vez que se vino desde oriente en persecución de su galán o benefactor prodigioso. El local había sido allanado en busca de drogas. Todas las chicas terminaron en la central policial y a todas se les levantó el mismo expediente “Prostituta”. Era la época en que Carmelo había sido destacado para actuar en delitos penales. Su tiempo como Fiscal carcelario y en materia de ambiente quedaba en el pasado. Cuando llegó a la central policial para tomar las declaraciones de las chicas, se encontró con Milena. ¡Vaya dicha! Aquella. Se saludaron con amabilidad pero con cierta distancia marcada por la situación en que ella se encontraba. Unos segundos de aislamiento le permitieron a Carmelo susurrarle al oído.

—¿Y tú que haces aquí?

—También trabajo en el Morritsont.

—Aguántate un momento que ya te sacó antes de que te abran un

expediente –y de inmediato se dirigió al inspector a cargo del caso.

–Jaramillo –se tenían confianza pues Carmelo y él habían trabajado varios casos juntos– Te voy a agradecer un inmenso favor.

–Pida lo que quiera, doctor, a los amigos no se les niega nada.

–Ve aquella chica de la esquina.

–Si claro, está más buena que comer con los dedos –asomó una sonrisa cómplice.

–Pues, se llama Milena Vargas, y necesito que me la deje libre... Es una vieja amiga de Carúpano, y no quisiera que su familia se enterara de...

Fue suficiente y sin dar más explicación ni pedir las, Jaramillo llamaba a Milena.

–Usted señorita... Sí, sí, usted... No, no, no ella, sino la otra la del vestido dorado... Venga para acá.

–Salga por esa puerta que la están esperando –fue lo último que escuchó Milena de sus labios, frase que estaba acompañada con la misma sonrisa pícaro utilizada minutos antes con Carmelo.

Efectivamente al abrirse el portón, afuera estaba el Fiscal esperando por ella. A partir de esa redada, tuvo que dejar el Morritson, pues sus compañeras de trabajo nunca entendieron que todas fueran fichadas con fotografías de frente y de perfil, con un número indicando el tipo de expediente, con una frase inicial en cada folio: “Prostitución y atentado contra la moral y las buenas costumbres”, y la chica de dorado saliera indemne... Lo de la droga nunca se supo. Al pasar de los días, el corrillo malsano entre

las trabajadoras sexuales la alcanzó: “Seguro la bicha esa era una infiltrada”, “una delatora”, “una sapa”... “una confidente”, “una soplona”, “una chivata”, “una espía”... Una policía, pues... Así, Milena, caía en desgracia.

Se fueron directo al apartamento de Carmelo. Al franquear el portón de la central policial fueron muy discretos y caminando en medio de policías que iban y venían, presos y detenidos que llegaban esposados, tomaron rumbo hacia la camioneta negra todo terreno con placas oficiales conducida por un señor de edad, con una calvicie pronunciada, lentes con montura plástica, flux y corbata.

–¿A dónde? – preguntó creyendo que trasladaban a Milena a otra jefatura.

–Al apartamento –respondió Carmelo. Lo que llevó al hombre a girar la cabeza hacia el asiento trasero sorprendido. Acción que notó el Fiscal y para aclarar, lo que no necesitaba ningún tipo de explicación, señaló:

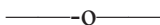
–Es policía, Alonzo, una compañera de faena –la presentó y Milena respondió con el apodo: “Gloria”

–Ahhh, haberlo dicho antes –y sonrió como disculpándose por el error de pensar en función del trabajo.

Fue tan larga la conversación esa noche, tanto que Carmelo faltó a la oficina con una excusa banal al día siguiente: “me encontré con una vieja novia”. Recordaron los mejores momentos de Carúpano, ella le contó de su llegada a Caracas. Dijo que intentó buscarlo en la Fiscalía, pero al final desistió de la idea, pues un doctor no podía ser amigo íntimo de una puta. Con esa frase le

restregaba en cara a modo de chanza que, en Carúpano, el Prospero era un apellido que no se podía permitir ciertos deslices. A partir de aquella noche siguieron viéndose a menudo. A pesar de que él prometió ayudarla a encontrar un empleo en la administración pública, o en última instancia, mantenerla con una cuota mensual de dinero, ella se negó. No podía aceptarlo y eso iba a significar un compromiso, “y los compromisos ameritan un intercambio”, y ella, por ahora, no disponía de nada que pudiera mercadear. Había dado en el clavo sin quererlo, una premonición inconsciente, y el destino los estaba esperando a ambos con sus tentáculos colmados de dopamina, endorfinas, oxitocinas y feromonas.

Le provocó masturbarse con el viejo recuerdo, podía tomar el teléfono y llamarla, pero no con esos papeles al lado de su cama lleno de nombres y direcciones comprometedoras, entonces optó por continuar “la depuración”. “Mañana, será otro día”, un plan macabro lo seducía en la medida en que los nombres y apellidos se desplazaban ante su vista.



Clarisa estaba espantada con la noticia. No podía creer nada de lo que escuchaba, se le habían aguado los ojos y se le vino abajo todo intento de retomar nuestro último tropiezo. Temblaba y sus manos se enfriaron de tal manera que tuve que resguardarlas entre las mías para prodigarle un poco de calor. No era para menos, yo aún no había desfallecido porque el anhelo no se me agotaba y siempre buscaba en lo más profundo de mí ser, en el rincón más oculto, en el agujero más oscuro de mi existencia, una migaja de esperanza que me mantuviera en pie.

—Será que la mataron —soltó una imprudencia Clarisa.

–Ni lo pienses –le reclamé.

–¡¡Ay Dios mío!! Qué vamos a hacer, Javi, nos la mataron –y estaba a punto de histeria cuando la centré con una fortaleza desconocida por mí.

–¡¡Cálmate!! Clarisa, no es momento de desesperación, ni de volvernos loco. Hay que tener cabeza fría para enfrentar esto.

–Y por qué me escogiste a mí, Javí, para decirme esto –se le salían las lágrimas y buscaba secarlas con las servilletas de tela dispuestas en la mesa.

–Porque eres la única en quien puedo confiar...

–Pero están Cristal, Estela o Petra Juana, todas ellas son mayores que yo y tienen más fortaleza...yo no sirvo para esto, Javi. Mira como estoy, y aún no me has contado lo peor...estoy segura.

–Tienes razón, aún no te he dicho lo peor. Me aconsejan que me aleje de ella, que me imagine que ya no existe, que me deshaga de ella si llega a contactarme.

–No, Javi, no, tú no puedes hacer eso, no puedes abandonar a Mile, no por favor –y entonces comenzó a moquear, los parpados lucían como si se los hubieran molido a golpes debido al rímel que se diseminaba por todo su rostro.

–Cálmate, Clari, por favor, tengo un plan para resolver el problema y tienes que ayudarme –volví a intentarlo con mayor comprensión –ahora el barman nos veía con la típica curiosidad existente entre la clientela que a menudo visita los bares de parroquia. “Enamorados”, habrá pensado, “El amor es siempre sufrimiento”.

–Voy al baño, Javi, espérame un momento, necesito llorar –se levantó de la mesa a tientas, como si el piso se estuviese moviendo y se dirigió por el salón rumbo a los sanitarios, marcando cada uno de sus pasos como si caminara descalza sobre la arena de la playa, en los veranos ardientes de agosto. “Espero no esté terminando con ella”, pensaría el barman desde la esquina de su barra. “Es tan débil esa niña...Se le nota”

A su regreso, venía más calmada. Había vomitado, había llorado, gritado en su interior, maldecido el mundo que la rodeaba. Luego frente al lavabo, se había cepillado los dientes, lavado la cara, arreglado el cabello que minutos antes buscó arrancarse con las manos. El rímel de nuevo le dio brillo a su mirada de diva. Se maquilló un poco sin exagerar y el lápiz labial de fresa, le terminó devolviendo el rostro de diosa perdido en medio de la conversación. Cuando llegó a la mesa y tomó asiento, me miró fijamente, decidida a todo. Yo también fijé mi vista en ella como nunca antes lo había hecho...Ya no era una niña. Y el barman debió tener la misma impresión que yo.

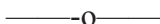
Clarisa había sufrido lo que denominan los psiquiatras, un trastorno de identidad disociativo, o doble personalidad como lo entendemos el común de los mortales. Algo que jamás hubiésemos descubierto ni Milena ni yo desde que la conocimos.

La enfermedad puede surgir, según los expertos, de un trauma repentino, producto de cualquier cosa: una rabieta, un estado de shock, una depresión, una actitud defensiva ante un peligro inminente, en fin, son muchas las causas que pueden desencadenar este trastorno psíquico. En el caso de Clarisa, podían estar las dos identidades conversando sin contradecirse, o bien discutiendo

algún hecho con puntos de vistas diferentes. Pero esa conducta jamás la notamos. Nadie lo notó nunca, ni las chicas, ni Milena y menos yo que difícilmente me fijaba en ellas y más bien (aparte de los almuerzos esporádicos) trataba de mantenerme siempre a la distancia que indicaban las normas y reglas impuestas por Milena. Así, bajo esta nueva perspectiva, las dos Clarisas llegaron frente a mí, la niña y la adulta. La adulta mando a la niña al traste por llorona y débil. Y luego se enfrentó conmigo.

—¿Cuál es el plan? —el tono seco de aquella mujer me espelucó el cuerpo. “*A esta yo no la conozco*”, pensé sin pensar, que con quien iba a enfrentar la siguiente conversación no era Clarisa. Me miró de frente y dijo en tono pausado, como para evitarme un shock

—Yo soy Amanda.



Pasaron todo el día de compinches y Josefina sabía que, en esos momentos no podía abandonar a su comadre, pero ahora estaba más entusiasmada que nunca porque Carmencita ya no le cuestionaba tanto sus creencias. Siempre chocaban por sus diferencias místicas: “la religiosidad no es algo que entienda todo el mundo”, ofendía Josefina a Carmencita, cuando esta le confesaba su ateísmo immaculado. Ante aquella frase que intentaba subestimarla, Carmencita respondía airada: “allá usted, comadre, que sigue creyendo en pajaritos preñados en vez de pisar tierra”. Y estas expresiones siempre las llevaban a una discusión que las separaba por días e incluso por semanas.

–Eres peor que un testigo de Jehová –la había golpeado un día con esa frase malsana–

A lo que Josefina respondió:

–Por eso es que eres una vieja solterona. Alguien tocó a tu puerta y no le abriste pensando que venían a traerte el “Atalaya o el Despertar”.

No se hablaron por días. “Así ahorro café”, murmuraba Carmencita en todas sus tardes solitarias: “Ni falta que me hace”, agregaba a sus divagaciones mientras deambulaba de un lado al otro de la casa, buscando en qué ocuparse. “Allá ella con sus brujerías y sus estupideces espirituales”, refunfuñaba, escudriñando excusas para no asomarse a la ventana e invitarle el tradicional guarapo de las tardes.

El mediodía las alcanzó buscando interpretaciones al canto funerario que ninguna de las dos entendía mucho. Eso de: “*Es el gran frío de la noche, lo oscuro*”, las entretuvo un buen rato en porfias y querellas, pero ayudó mucho para que la idea, fija en su mente, de llegarse hasta el apartamento de Carmelo feneciera del todo. Si existió alguna duda, esa que siempre rondaba su cabeza en momentos de soledad, con la presencia de Josefina, había desaparecido. Luego de tantas tazas de café se dispusieron a cocinar entre las dos. Por primera vez estuvieron de acuerdo en todo. Cocinarían un sancocho de pescado carupanero, que tanta falta le hacía a su comadre, según el entender de Josefina, quien la había observado en desgana. No se equivocaba, desde el entierro de Carmelo, Carmencita casi no había probado bocado. Se conformaba con cualquier cosa: unas galletas viejas en la despensa, un trozo de pan nacido de moho al cual le quitaba la

capa verdosa y lo sometía a la tostadora, unas caraoatas que dormían el sueño de los justos en el refrigerador.

—Véngase conmigo, comadre, vámonos al mercado. Anímese que nuestro Carmelo seguro anda por aquí con nosotras y hasta nos acompaña a hacer las compras.

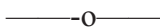
De modo que Josefina la ayudó a emperifollarse, no importaba que anduviera de negro, ese luto que no era nuevo, porque Josefina nunca la vio vestida de colores. Luto o medio luto era parte de su personalidad. Ese gris que también la convertía a ella en un personaje melancólico.

—Vente que te voy a poner un poquito de color —y sacó de su bolso una pequeña cartera tan apertrechada de cosméticos que el cierre permanecía atascado, negándose a mostrar su universo de arco iris.

—Siempre me pasa lo mismo con el abridor... Voy a tener que cambiar este cartapacio —y luego de un esfuerzo descomunal, el cerrojo cedía en contra de su voluntad y del interior brotaba un arsenal de belleza ficticia que dejó sorprendida a Carmencita.

—¡¡A la verga, comadrita!! ¿Qué animal es ese gato?...

La pintó “que ni Picasso”, dijo sin saber quién era ese señor. Y así, como por arte de magia, la tristeza desapareció del rostro de aquella mujer compungida por el reciente asesinato de su hijo. Había regresado a sus veinte años, (exageraba por supuesto) apenas la comadre Josefina la colocó frente al espejo.



En otras circunstancias habría respondido “mucho gusto” haciendo gala de mi humor poco entendido por las chicas. Pero

en este caso incomprensible preferí seguirle la corriente a Clarisa ante ese juego típico de sus imitaciones teatrales. Al menos eso se me ocurrió al principio, pero luego me percaté que Amanda, era realmente Amanda y no Clarisa, y que Clarisa podía ser Amanda cuando Amanda entendía que Clarisa no podía manejar una situación extrema.

–Vamos a desprestigiar al héroe de la revolución –lancé la propuesta convencido de que Clarisa, o Amanda, no se negarían a ayudarme en este propósito

–Chantaje, querrás decir –agregó ella sin que su rostro mostrara un perceptible rasgo de intranquilidad

–Sí, tú lo has dicho, tal cual. Vamos a chantajear a la plana mayor del gobierno. Y que Dios nos asista.

Por primera vez, una de las chicas era invitada a mi departamento, ni siquiera Milena conocía esas cuatro paredes bien decoradas, con poco mobiliario y un verde novedoso suministrado gratuitamente por el cortejo de plantas que se desplegaban por cada uno de los rincones en materos de barro artesanales.

–Son para el mal de ojos, aunque aquí casi nadie me visita –le atajé la pregunta que Clarisa o Amanda estuvo a punto de articular.

No podía hablar del “plan” en el restaurante y decidí que abandonáramos el local para respirar aire fresco y ventilar en otro lado la propuesta. En ese instante, aún no tenía intenciones de invitarla a mis aposentos. La señal al levantar la mano desde la mesa como si escribiese una nota en el aire, fue comprendida perfectamente por el barman, quien se apresuró a traerme la cuenta. Clarisa había anunciado que en esta ocasión ella la

cancelaría, pero Amanda se hizo la desentendida. A punto de atajar un taxi, escuché que me llamaban desde la puerta del bar. Era el barman que nos traía media botella del Etiqueta que aún no habíamos consumido.

–La olvidaron –dijo sonriendo.

Agradecí el gesto e intenté darle una propina, pero se negó con amabilidad

–Otro día será... no se preocupe... los espero por aquí –y se dio media vuelta en dirección al local.

El taxi se había detenido a nuestra espera. Y al preguntar hacia donde nos dirigíamos, dudé, balbuceé, mi cerebro quedó en el limbo por segundos: “No había pensado en eso” y una voz me sacó de mi estupor.

–A tu casa hombre –habló Clarisa en medio de mi perplejidad. Noté el cambio en su voz, en su gesto cuando me tomó de la mano, en su rostro angelical. Amanda ya no estaba en ella.

–A mí casa, sí... digo... de vuelta en la próxima esquina –y completé la dirección la cual no le causó al taxista ningún titubeo. Quién no conociera esa avenida, no vivía en la capital– “*la Salle*”.

Permanecimos en silencio esos quince minutos que duró el trayecto, desplazándonos por unas calles solitarias con muy poco tránsito. Desde el atentado y con tanto movimiento policial, allanamientos y redadas, el mundo entero permanecía enconchado. Sólo el ulular persistente de las sirenas oficiales, perturbaban el ambiente.

El edificio apenas disponía de seis pisos, precisamente yo habitaba el sexto. Sólo dos apartamentos por piso, pero en mi piso

no había otro propietario. Estaba en venta desde hacía un buen tiempo, pero al parecer nadie quería adquirirlo. Desde que dejamos el taxi, no habíamos pronunciado palabra y de esa manera tomamos el elevador. Mientras ascendía el único sonido en la cabina era el de nuestra respiración. En pleno pasillo, seguíamos silenciosos, al penetrar, Clarisa soltó un largo y pronunciado suspiro, un “uff” que pareció sacarlo del alma, como si se despojara de un peso descomunal.

–Ponte cómoda –le sugerí y me fui directo al bar, luego de extraer la botella de Etiqueta que Clarisa, o Amanda, guardaba en su bolso.

–Hielo picado –me recordó a la distancia. Aún Amanda no la desplazaba. De regreso con ambos vasos en las manos, la invité a la terraza. La noche estaba limpia colmada de estrellas. A lo lejos las sirenas continuaban aullando como perros callejeros.

Al recostarse en las sillas de mimbre y brindar por nuestro futuro inmediato, sorbió un trago largo. Luego permaneció pensativa saboreando el buqué de un whisky añejado por un lapso mínimo de 18 años, en barricas de roble americano.

–Entonces, precisemos el plan...–dijo de pronto con firmeza. Ya no era Clarisa.

Inicialmente no tenía nada pensado. La ocurrencia me había llegado en el bar de repente, como un alumbramiento al comparar el dibujo de Milena a carboncillo, con la fotografía guardada en mí cartera. Algo que a menudo solía ocurrirme cuando me encontraba atrapado, desesperado o ansioso por resolver alguna circunstancia fuera de mi alcance. Duraba horas, días pensando y de un momento a otro aparecía lo que yo vislumbraba como una

solución. Era sólo un titular como en las películas, luego iba apareciendo el director, los actores y los invitados especiales. En la medida en que más pensaba de manera obsesiva en el problema, el campo se iba aclarando...La película rodaba...Llegaba al clímax de los obstáculos a sortear, una trampa que lucía infranqueable, pero que luego se despejaba para culminar con un final feliz. Los malos morían y los buenos debían seguir adelante con sus vidas. Era una supina explicación la que le estaba narrando a Amanda quien dispuso toda su atención sin interrumpirme. Sólo cuando me vio hacer una pausa, se levantó de su asiento, me quitó el vaso de las manos y se los llevó al bar para servir dos tragos más. Noté que en esta ocasión lo prefería con hielo entero, como yo. No me imitaba, era su gusto particular. No le agregó agua porque, según me señaló, como si fuese una entendida en la materia: “No se debe arruinar de esa manera un whisky de 18 años”. “Esta chica tenía que ser mucho mayor que Clarisa”, pensé, y me dispuse a continuar con la lucubración de un plan que, hasta ahora, no tenía ni pies, ni cabeza.

Esa extraña condición de Clarisa me condujo al día siguiente, una vez que medio despejamos el plan en el apartamento, a acercarme a la Escuela de Medicina de la Universidad. Luego de preguntar a los estudiantes si había una biblioteca especializada y que me dieran una dirección en uno de los pasillos por respuesta, me dirigí hacia allá. Afortunadamente no me exigieron una credencial lo que me permitió colarme sin mayores preocupaciones. Una vez adentro consulté a la chica que fungía como auxiliar de bibliotecaria que me orientara sobre la “doble personalidad” (entendió de inmediato que yo no era estudiante de esa Facultad, sin embargo, no tuvo ningún reparo en ayudarme) y

entonces, sonriendo, me aclaro que el término a usar era “trastorno de identidad disociativo”. Sin yo pedírselo, me sugirió varios ejemplares en el estante para “chiflados” y me recomendó uno en particular... Fue en ese libro cuyo título me llamó la atención: *“Quien será el loco...Tú o yo”*, que, luego de pasar toda la mañana interpretando un lenguaje incomprensible para mí, me encontré con esta perla: *“En el tratamiento del trastorno de identidad disociativo es muy importante el fomento de la comunicación y colaboración entre las cambiantes identidades parciales que se presentan. Se trata de conocer las inestables personalidades actuando en la psiquis del paciente y tomar en serio a cada una de ellas, aclarando las relaciones entre las mismas y fomentando el apoyo mutuo”*.

Y había más: *“Con ellos se requiere tener un cuidado especial ya que el afectado debe recibir mucho refuerzo para enfrentarse a los duros recuerdos que poseen sin disociarse. El objetivo del terapeuta consiste en que el afectado acepte lo vivido como parte del pasado sin que los viejos desencadenantes vuelvan siempre a provocar las estresantes imágenes de los recuerdos”*. Con cada párrafo leído la curiosidad me iba ganando. Tenía que saber a qué me enfrentaba con Clarisa o Amanda...o quien sabe que otra mujer u hombre andaba rondando ese cuerpo. Recordé que en una oportunidad me toco asistir a una sesión espiritista invitado por “Cuco Martínez”, un fanático religioso cercano a los bares que yo visitaba a menudo, Cuco era todo un personaje y apenas me vislumbraba en una esquina, a punto de entrar a uno de mis bares favoritos, se me acercaba con la excusa de observar el color de mi aura. Una vez fija su mirada sobre mi cabeza exclamaba con voz lastimosa: “Con ese color, Javiercito, usted está bien jodido”. Fue

Cuco, mi tutor y guía en esa senda espiritual, quien me condujo hacia los santeros, previo pago en efectivo por supuesto, para que se encargaran de quitarme esa pava que me perseguía, sabrá Dios desde que edad, y por lo que siempre fracasaba en los negocios que se me ocurrían. “*Mucho mal de ojos*”, fue el diagnóstico infalible del Santero Mayor al verme. Por esta razón yo tenía la casa llena de plantas y casi nunca recibía visitas. Las plantas eran un por si acaso y según me había explicado en aquella consulta, tenerlas bien cuidadas era lo mejor para desviar el mal de ojos, las malas energías y la envidia contra mi persona, Una especie de “*Feng shui criollo*” del cual yo no antepuse ninguna duda. En esa ocasión al que fungía como “*materia*” (porque había otro personaje al que le llamaban “*banco*” cuya función era ayudar a la materia a recibir y a salir de cada uno de los espíritus que le poseían) le había entrado un espíritu de un indio que jamás recordé como se hacía llamar, algo así como “*Yuaguaraman*”. El caso es que nunca entendí cómo aquel enclenque pudo levantarme en brazos y zarandearme con mis 78 kilos a costas de un lado al otro como le venía en ganas, en una especie de ensalmada para quitarme esta mavita de encima. Me batuqueó como si estuviésemos en un ring de boxeo, hasta que me “*despojó*” de todos los males que me aquejaban, es decir, del más importante por el cual yo había hecho acto de presencia en aquel sínodo: mi sempiterna mala leche.

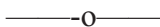
Traigo el cuento a colación porque en realidad lo primero que pensé cuando Clarisa se transformó en Amanda, es que había sido poseída por uno de estos fantasmas, que, a juicio de aquellos espiritistas, deambulaban por la ciudad irresponsablemente, asustando a los creyentes y perturbando la existencia de los videntes en busca de direcciones a falta de los GPS que recién

comenzaban a utilizarse en los países desarrollados. Al parecer, este no era el caso, es decir, ni Clarisa era materia, ni el brujo con el cual yo había estado, tenía doble personalidad, ni los muertos andaban por nuestras calles más despistados que el hijo de Lindberg. Aunque lo del brujo al final me resultó ya que unas semanas después conocería a Milena y se me abrirían las puertas a nuestro gran negocio. Ahora con Clarisa me encontraba ante un nuevo paradigma y dudaba si lo que nos estaba sucediendo formaba parte de mi mala leche ancestral por lo cual debía de nuevo visitar el club de santeros, o asumir la ciencia como una herramienta para descubrir quién o qué cosa era Clarisa o Amanda, y continuar con un plan bien fraguado para librar a Milena de terminar en la cárcel, desaparecida o lo peor: asesinada para que no contara su historia.

El libro, puesto a mi disposición por la chica en la biblioteca de la Facultad, señalaba que la última fase del tratamiento en ese tipo de trastorno era la integración y fusión de las identidades parciales. *“Los afectados debían poder aprender a vivir como una única persona y aceptar el pasado como parte de su vida. Pero, lo complicado venía si el afectado no podía decidir con cual personaje quedarse a vivir por siempre, o si, por el contrario, preferían mantener esa condición con la cual podían enfrentarse al mundo y a sus adversidades.”*

Ahora me tocaba descubrir cuál había sido el acontecimiento que había llevado a Clarisa a crear esas identidades paralelas. Un aparte en otro de los libros sugeridos indicaba que *“en personas con trastorno de identidad disociativo que habían sido víctimas de abusos, rituales, choques, abandonos en la niñez...”* Y entonces recordé aquella niña con el hermanito tomado de la

mano... Y más tarde cuando me la volví a encontrar y preguntarle por el chiquillo, me había respondido que había muerto de hambre... Ahora no tenía de qué preocuparme: Clarisa, Amanda o cualquier otro ser que estuviese sumergido en su alma no podía ser un mal nacido. La ternura (cosa rara en mí) me tomó desprevenido y unas lágrimas asomaron a mis ojos. La chica de la biblioteca lo notó y al acercarse me preguntó si yo tenía algún pariente con esa “condición”, porque en la universidad existía una fundación gratuita para tratar estos casos. Me sequé las lágrimas ante esa declaración que terminó de desgarrarme el alma... me fui en llanto como un bebé.



En sus momentos de conflicto con Josefina, Carmen solía buscar ayuda “especializada” que la orientara para contar con argumentos que le permitieran rebatir toda su charlatanería. La competencia espiritista en el barrio era notoria y las descalificaciones entre ellos era abrumadora. Por tal motivo acudió a la principal rival de Josefina con quien tenía poca relación, pero por boca de la comadre, sabía que ésta le tenía ojeriza por sus profundos conocimientos en la materia. Hasta allá fue a parar única y exclusivamente para causarle celos y no perdió tiempo en dejarse ver por todos los vecinos rumbo al pique. El mensaje estaba claro, le llegaría a Josefina en minutos, porque las “bolas en el barrio eran más veloces que la televisión satelital”, pensó para sus adentros y sonrió imaginando la rabieta de la comadre ante tamaña ofensa.

Josefina, por su lado, para quitarse a los difuntos de encima que no le permitían un rato de ocio, y buscando alternativas porque en

algunos casos no distinguía si hablaba con alguien de más allá o con un parroquiano perdido en busca de una dirección, en el más acá, optó por ilustrarse al respecto. La oportunidad le surgió al visitar al veterinario de Teolinda, la perra poodle con la que convivía desde que el marido la abandono por una amante veinte años menor que él y que ella. Teolinda sufría de epilepsia y las convulsiones le hicieron pensar a Josefina que le habían dejado caer a las puertas de su casa alguna poción, “probablemente elaborado por la amante del marido”, para perjudicarla y a la vez desplazarla de su hogar con prácticas de hechicería, la llamada “magia negra”. La maldad en su más explícita esencia buscando ganar terreno ante la “magia blanca” de la cual ella era ferviente militante. Ensalmos que la perra debió absorber por ser un alma noble. Así mismo se lo comentó a su comadre, pero el trance se le pasó cuando el veterinario le había confirmado, (una vez que se decidió llevarla al consultorio, después de muchas sugerencias de Carmencita) que la perra sufría de epilepsia y que la mejor manera de evitarle las convulsiones era con una dosis diaria de Fenobarbital. Como constantemente debía pasar por el consultorio para que este le extendiera el r cipe, obligatorio en las farmacias para la compra del medicamento, hizo una amistad con él, lo que le permitió un buen día confesarle ese raro aspecto de su vida.

–Usted no se estará tomando el fenobarbital de Teolinda  verdad? –fue lo primero que le pregunt  el veterinario ante la confesión de la mujer.

Luego con paciencia y vistas las negaciones de cabeza constante de Josefina, le cont  que la clarividencia no tenía ninguna base científica. Entonces  Por qué ella veía muertos por todas partes?, pens  sin atreverse a preguntar, mientras el galeno con su simpatía

habitual agregaba que, sin embargo, existían testimonios de personas que se adjudican a sí mismas esta capacidad.

–Como usted, Josefina. Y aquí entre nosotros: “yo no creo en brujas...Pero de que vuelan, vuelan”.

Había leído en una de esas revistas científicas que cultivaba en su consultorio para la distracción de los amos de animales, que esta percepción se caracterizaría por atraer fenómenos que quedan fuera del alcance de los sentidos que permite adivinar hechos futuros o pasados.

–¿Alguna vez ha tenido usted, esa sensación de estar en un lugar o de vivir un suceso que ya antes había vivido? –le preguntó.

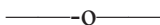
–Claro doctor, un deja vú.

–No chica, nada de “*deja vú*”, esa sensación no es más que un alboroto de tus células epilépticas. Una reacción de ellas que todos los seres humanos tenemos, pero en un grado no tan elevado como Teolinda, por lo que se producen las convulsiones. Deja de estar viendo fantasmas y...por si acaso, no se te ocurra tomarte la medicina de la perra.

No quedó muy convencida con toda aquella explicación, salió del consultorio pensando en la comadre, en la imagen de Carmelo aquella noche y en la desaparición de Camilo, quien no asomaba por el barrio para consolar a su propia madre en ese momento tan crucial para ella. Apenas había caminado dos cuadras con el récipe en la mano cuando una niña pálida como una hostia se le acercó para decirle que estaba perdida y no encontraba el camino a su casa.

–¡No me! jodan –dijo y continuó su camino refunfuñando: “hasta

cuándo ¡Dios! hasta cuándo”



Más claro con respecto a la condición “psicótica” de Clarisa, la cité una vez más al departamento. Solo habían pasado 48 horas de nuestro último encuentro.

—Toma un taxi y vente al apartamento —le dije apenas atendió la llamada.

Tuvo que pernoctar la pasada noche porque no me atreví, ni ella me lo pidió, a llamar a un taxi. Si por mi mente pasó una leve intención de rememorar nuestro pasado capítulo en el “Marina mar”, Amanda, se encargó de aclararlo sin tapujo.

—Olvídalo —me vio directo al rostro con sus ojos inquisitivos— yo soy lesbi.

Llegó como siempre, vestida de ángel con una falda blanca por debajo de las rodillas y una franelilla que dejaba entrever sus hombros perfectamente delineados, parte de sus senos y unas mínimas pecas entre el cuello y el omoplato. Pequeñas estrellas que me alumbraban cuando acostado sobre ella, recibía sus empujones verticales y sus movimientos giratorios de cadera en aquella habitación encantada del litoral.

—Hoooola, amorcito —fueron sus primeras palabras apenas abrí el portón de la planta baja. Entramos al ascensor y lanzó una de sus puntillas, típicas cuando intentaba jugar al coqueteo conmigo.

—Estando tan cerca de ti en esta cabina me excita —y mostró esa

sonrisa cautivadora que destrozaba los corazones de todos aquellos clientes que formaban parte de su agenda. No parecía recordar nuestra última conversación en el bar cuando la atrapó el miedo al comentarle el caso de Milena.

–Dime...–no me hiciste el amor la otra anoche, ¿verdad? Porque no recuerdo nada de nada...Y eso que tomé poco. Disculpa que salí rauda y veloz por la mañana, pero tenía un compromiso importante con mi casera.

–No, cariño, apenas entraste, te quedaste como muerta en el sofá y te tuve que llevar cargada al dormitorio de visita –le mentí porque realmente Amanda y yo, estuvimos hasta pasada la media noche, planificando las acciones que íbamos a llevar a cabo para desprestigiar al “héroe de la revolución”, mientras nos tomamos hasta la última gota del Etiqueta.

Por supuesto que el plan no podía comentarlo con Clarisa, su temor, su indecisión y su inmadurez para estos menesteres era un obstáculo imposible de ser superado. Con Amanda era todo lo contrario. El poco tiempo compartido con ella me produjo mayor seguridad. Mi reserva frente a Clarisa, era que en plena acción su personalidad superara la de Amanda en el momento menos esperado y todo el edificio construido para salvar a Milena, se nos viniera abajo. De suceder algo parecido, no tendríamos tiempo para salirnos del atolladero convirtiéndose este derrumbe en una avalancha que lo arrasaría todo sin miramientos. Eso significaba que, si el plan no tenía éxito, mucha gente iba a pagar las consecuencias de nuestro fracaso.

Entramos y se fue directo al sofá lanzando la cartera a un lado y explayándose a su antojo con un gesto de confort poco usual en

ella. Me dirigí a la cocina y preparé café que compartimos con unas galletas de chocolates que siempre tenía a la disposición en la alacena.

–Dime, tú mantienes esto solito o contratas a alguien para que limpie y te cocine...

–Vivo solo, Clarisa, eso significa que no me gusta compartir mi casa con nadie. Tú (y estuve a punto de decir... “Y Amanda”) has sido la única excepción hasta ahora.

–Guao, pero lo tienes bello.

–No me cuesta mucho limpiar y proteger mi jardín interior. Eso me relaja. Cocino poco y como en restaurantes, pero siempre tengo la despensa llena por si acaso.

La conversación siguió girando en torno a la casa, luego varió hacia mi persona, quería saber más de mí. Si tenía familia o si me había arrejuntado con alguien, si tenía hijos o si era divorciado. Obvio que desvié el tema, lo único que me mantenía frente a ella en medio de una conversación, digamos, algo banal, era la aparición de Amanda. ¿Cuándo llegaría? ¿Qué tendría yo que hacer para que apareciera? ¿Cómo desatar su retorno?, preguntas que cruzaban por mi mente, sin que una solución salvadora se presentara. Eso no lo había leído en aquellos libros, y yo de psicólogo tenía lo que Clarisa de Amanda. Ante la disyuntiva, la única ocurrencia que me vino a la mente fue comentarle el plan casi acabado que su alter ego y yo diseñamos calculando con precisión cada una de sus etapas.

–Bueno, Clari, te cité para continuar la idea de ayer sobre el plan para rescatar a Milena.

—¿Cuál plan? —respondió sorprendida— ¡Ay Dios! Ya me acordé que la pobre Milena está metida en un zaperoco. ¿Qué podemos hacer para ayudarla? Javi... —su voz se tornó angustiada e insegura, de nuevo el mundo se le venía encima. Toda su figura se desmoronó, los nervios la tomaron repentinamente. El miedo volteó el escenario. El telón se corrió y esta vez el cambio fue natural, nada brusco como en la anterior ocasión.

—o—

Al revisar la llamada en el buzón, Carmelo entendió que algo muy grave le estaba ocurriendo a su hermano mellizo. Dos años sin saber nada de él le habían importado muy poco, pero siempre supo que de una u otra manera, tenía una deuda con Camilo que alguna vez debía cancelar. Entonces pensó que ya había llegado el momento. La noche cubría la ciudad con su manto de sombras y las luces de las grandes edificaciones comenzaban a palpar a lo lejos. Tomó el celular y marcó el número.

—Hola hermano, soy Carmelo —no hacía falta que se identificara, pero era su costumbre, un ritual del cual siempre Camilo se burlaba, porque al hacerlo confundía a familiares y amigos con sus llamadas de trabajo.

—Hola —respondió una voz de mujer y aclaró que era enfermera y que el hermano se encontraba grave y apenas podía pronunciar palabra. Sin embargo, le rogó que esperara un momento porque iba a aprovechar que estaba consciente para que le respondiera, no sin advertirle que fuese breve. La voz muy apagada le sonó a Carmelo como si su hermano padecía algún tipo de virus gripal.

—Qué te ocurre —preguntó con parsimonia, sin ese imperativo que solía utilizar para molestar al hermano.

–Tengo cáncer –y un silencio largo invadió el ambiente. Cuando retomaron la conversación los llantos se escuchaban de uno y otro lado de los aparatos.

–¿Y cómo, desde cuándo, hermano? –preguntaba Carmelo, lleno de dolor, casi sin poder pronunciar las palabras ahogadas por el llanto. –Era muy difícil para Camilo continuar la conversación y solo agregó.

–Necesito que vengas a la clínica apenas puedas, no le digas nada a mamá. Tengo algo muy importante que tratar contigo. –La enfermera tomo el teléfono y le dio los datos de la clínica al hermano, agregando su pesar por lo que se avecinaba.

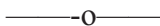
Carmelo no espero hasta la mañana siguiente. Tomó una chaqueta del clóset y se fue directo al estacionamiento donde lo esperaba su 4X4 que usaba para sus diligencias personales. No dejaba de llorar. Tomó la autopista y en menos de una hora, la puerta de la habitación de su hermano Camilo, se abrió para dejarlo entrar. Dormía profundamente. Ya la enfermera de turno se lo había advertido: “por favor no lo despierte, deje que la morfina actúe para aliviarle los dolores”

El aire acondicionado estaba a tope: “déjelo tal cual”, fue otra de las sugerencias de la enfermera al entregarle una bata, un gorro y un tapa boca, mientras le pedía que dejara toda su ropa, hasta las medias y los zapatos en el casillero que se le había asignado. Aquella imagen de su hermano, lo conmovió más de lo que se hubiese podido imaginar. Los tatuajes en sus brazos no eran más que una larga mancha azulada. La calvicie ahora era real y no voluntaria como se la había visto hacía dos años atrás. El lóbulo de la oreja en donde colgaba una argolla se le confundía con la

quijada porque la piel se le había alargado tanto que no podía diferenciar en donde comenzaba la barbilla y donde terminaba la mandíbula pues la piel de la oreja maltratada cubría todo ese espacio. Estuvo a su lado un buen tiempo, tanto que creyó de pronto que había amanecido cuando una luz penetro fuerte a través de la ventana. No era cierto. Se había quedado dormido y aquella luz de mañana con un sol resplandeciente sólo era un sueño. Despertó bruscamente y miró su reloj de pulsera. Las agujas marcaban la 1.30 de la madrugada. La hora de sus nacimientos. Un relámpago iluminó toda la habitación seguido por un trueno apocalíptico y una tormenta se desataba como nunca antes había visto.

Corrió las cortinas y se recostó en el sofá dispuesto para las visitas. La lluvia golpeaba las ventanas con ferocidad acompañada por un ventarrón que despegó techos de las barriadas vecinas y derribó árboles sacándolos de cuajo sin respetar sus raíces ancestrales. Parecía que el mundo se estaba acabando. A la mañana siguiente, las noticias se encargaban de narrar lo ocurrido durante toda la noche. La naturaleza bondadosa luego de la tormenta, le regaló a la población un sol reluciente en medio de un cielo limpio de un azul inmaculado. Camilo despertó antes y observó a su hermano acurrucado en el sofá. Dos enfermeras entraban a la habitación porque venía el cambio de guardia. Una de ellas le revisó la vía colocada en la vena de su brazo derecho. Otra marcaba su brazo izquierdo. Un respirador usurpaba su nariz. Apenas pronunció palabra.

–Por favor enfermera, despierte a mi hermano...No me queda mucho tiempo. –El almanaque marcaba la fecha 18 de noviembre 2004.



—Quiero que compares esta lista con la que tu manejas con tus chicas —se dirigió a Milena en un tono desconocido para ella, unos meses antes del atentado.

Desde que comenzó su fama como adalid de la justicia en los medios de comunicación oficialistas, en donde se comportaba como cualquier actor de Hollywood, la vieja relación de amistad... y de amor entre ellos, se había venido deteriorando. Para Milena esa situación era un alivio porque según ella, una vez que me conoció, Carmelo comenzó a ocupar un segundo lugar, luego un tercero y finalmente una molestia, un acoso, un chantaje... Un cuento que me narraría Milena en un futuro inmediato.

—Mi agenda de clientes es muy privada, Carmelo, espero que lo entiendas —le había respondido ella con la prestancia que la caracterizaba.

—Eso a mí no me interesa para nada. Quiero que cotejes estas personas con tus datos y me los devuelvas a más tardar mañana.

—Y si no lo hago ¿qué? —se le enfrentó decidida a no permitir el chantaje.

—Pues tú y el proxeneta de tu novio se van a la mierda —le gritó y la miró con ese gesto de soberbia que venía cultivando desde su nombramiento como Fiscal especial con competencia nacional en materia de drogas, estafas, delitos bancarios, terrorismo y “traición a la patria” ¿Crees que no sé en qué negocios ilegales andan metidos? ¿Sabes qué con apenas una llamada te sale a ti y a él un mínimo de 15 años de prisión? No te me hagas la pendeja conmigo y mañana quiero esa lista, aquí en el apartamento. No te conviene

para nada contradecirme en esto –y entonces le lanzó a la cara los papeles en donde aparecían decenas, centenas de nombres vinculados a la banca, a la industria, a la agroindustria, al comercio, a transnacionales, a embajadas, a diputados y a altos jerarcas del gobierno.

–Cierra la puerta cuando salgas, y no me decepciones a menos que desees montar un burdel en la cárcel de mujeres. –Y de un portazo se encerró en el estudio que tenía dispuesto para revisar los expedientes que se llevaba a casa.

No había cambiado para nada. Todo lo que de él se decía en Carúpano: la mafia que tenía, los chantajes de los que vivía, las cuotas que cobraba a los empresarios para no enviar a sus hijos a juicio, capturados con una pequeña dosis de mariguana, los negocios con los narcos que transportaban drogas entre Río Caribe y las islas cercanas, las matanzas de Delfines para justificar ayudas internacionales en defensa de la pesca sostenible, las dotes que recibía bajo intimidación provenientes de la destiladora Prosperí y el porcentaje de las coimas que cobraban los efectivos policiales en los burdeles que él les sugería. Todo eso agregado a los negocios con su primo aventajado en la Penitenciaría General de Carúpano, era poco en comparación con el poder del que disponía ahora aquí en la capital. Y así se lo restregó en su cara: “Putade mierda”.

Milena no podía dar crédito a todo aquello, “claro, eso le pasaba por *“cortesana”* Ahora se preguntaba cómo podía traicionar a ese hombre “maravilloso” que había conocido en El Saba, que la había convertido en su socia, que había creado un pequeño imperio de “damas de compañía”, que era su amante...que había creído en

ella. Ese hombre que un día lejano, la invitó a un hotel humilde porque no le gustaban las habitaciones del burdel. La trató como a una princesa y le preguntó: ¿Sabes quién era la reina de Saba? Ella, ni idea, hasta ese momento pensaba que se trataba de un nombre cualquiera como el de los burdeles de Carúpano, escogidos al azar, una ocurrencia del proxeneta mayor.

–Se llamaba Balkis –le dijo– un personaje legendario en uno de los libros sobre Reyes y Crónicas del Corán y en la historia de Etiopía, un territorio de negros en el África ardiente, donde se cree que nació la civilización. Dicen que Balkis fue gobernante de Saba, un antiguo reino donde vivían los Sabeos.

Ella no quiso pecar de ignorante con ese nuevo cliente interesado en sus servicios... Si se trataba de un poeta loco, que abundaban en los burdeles, o de un mentiroso compulsivo, no perdía nada con seguirle la corriente, era algo que formaba parte de su trabajo habitual. Pero cuando aquel hombre agregó a su cuento que los Sabeos y los sabiondos no eran lo mismo, pues los primeros sí sabían lo que decían en esas tierras lejanas, mientras que los otros no sabían ni siquiera en donde estaban parados en estas tierras cercanas, a Milena le causó un ataque de risa. Al escuchar aquellas locuras, no pudo dejar de reír como una adolescente. Y en ese instante comprendió que este hombre no era un cliente. Ese era el hombre que había estado buscando toda su vida de burdel en burdel, el hombre que estaría con ella para siempre, porque si algo en todo su recorrido entre tantos hombres le desagradaba, era la echonería, la jactancia la chabacanería y el desprecio con el que la trataban. Con ninguno había logrado desternillarse tanto de la risa como con este “extraño”. Y lo más fabuloso de todo, el loco la hacía reír sin ningún esfuerzo, sin falsedad alguna... Porque si

de falsos se trataba, ella, probablemente, era más sabia que la misma reina de los Sabeos y de los sabiondos.

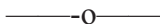
Al verla tan entusiasmada él continuo extrayendo conejos de su sombrero de prestidigitador improvisado y le contó que en la tradición etíope la reina de Saba se llamaba Makeda, nombre que en español podía significar Milena o María Elena –esa afirmación la sobresaltó más aún, porque su apodo de trabajo era Gloria y así bajo el mismo la conocían todos en el local– La noche seguía su largo transcurrir y ese hombre aún no la desnudaba y permanecía echando cuentos como poseído y tampoco intentaba quitarse sus ropajes.

–Te cuento, Gloria, que la reina de Saba tenía otros apodos fabulosos como Nikaule o Nicaula, que podrían traducirse como Ninoska –y de nuevo la afirmación la tomaba desprevenida, este loco acababa de descubrir un segundo nombre que había olvidado por no utilizarlo desde que era una niña.

–Se dice que ella era de origen búlgaro. De hecho, en el *Cantar de los Cantares*, un libro que, si alguna vez llegamos a confraternar debería prestarte, hay un canto que el Rey Salomón dedica a una mujer negra de origen etíope. Los sabios y los sabeos concuerdan en que se trataba de Balkis, una mujer tan parecida a ti, que si yo creyera en la reencarnación de los muertos, diría que siglos después la reina de Saba retornó al mundo de los vivos para “Glorificar a los hombres”

Por extraño que parezca –recordaba Milena al siguiente día–, pasaron toda la noche hablando de sus vidas, sin hacer lo previsto. Él no era impotente porque ya exhausto de tanto reír y beber, se quedaron dormidos y ella en ciertas ocasiones sintió los

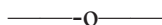
movimientos epilépticos de su miembro, golpeando su trasero durante horas a pesar de estar bajo un sueño profundo que lo cubría de “Gloria”.



Salió temerosa de aquel departamento, siempre supo a qué se estaba exponiendo desde que Carmelo entró por las puertas del “*Encanto de las Sirenas*” y la compró con su dinero, su poder, su gracia... Y ese apellido tan prestigioso. Otro gato habría maullado de haber sido un López cualquiera. A pesar de ser una mujer de una valentía extraordinaria, siempre dispuesta a enfrentarse a los avatares y obstáculos que el destino le colocó a sus pasos, en esta oportunidad, el miedo la había agarrado desprevenida. Miedo por mí, no por ella.

El chantaje hizo su efecto y a partir de aquel intercambio del cual yo jamás me habría enterado, Carmelo inició su cruzada particular de activos *off the record*, no previstos en la nómina del Ministerio Público. La ambición lo condujo incluso hasta las amenazas personales y aunque al principio los poderosos hacían caso omiso, e incluso se burlaban de sus intenciones, con el tiempo y la franquicia que se le otorgó para perseguir a los “autores intelectuales” de la intentona golpista del 2002, empezaron a culipandear y a entender que el Fiscal no se andaba por las ramas. Así, las “contribuciones” se hicieron cada día más onerosas, más exigentes, más obligatorias, imperativas, forzosas, precisas, indefectibles, más, más, más. Una sumatoria que no cesaba, que no les daba tregua. Milena continuaba visitándolo en el departamento al menos unas tres veces por semana, incluso uno que otro domingo en el que tenía que ocultarse en la habitación

ante la llegada sorpresiva de Carmencita, la madre de Carmelo quien nunca avisaba su presencia y esto enardecía al hijo, sin embargo, si Milena no coincidía con ella en esas visitas, Carmencita disfrutaba unas horas del ostentoso salón, de la televisión pantalla plana por cable que era como estar en el cine, y del balcón que disponía de una vista fascinante hacia el cerro del Ávila. Otra cosa sucedía cuando al llegar se encontraba con “la mujercita misteriosa esa” que Carmelo nunca le presentó y que se quedaba en la habitación a la espera de que el hijo se deshiciera de la madre. ¿Qué secreto tan grande podría guardar esa mujer? ¿Quién era ella? ¿Qué aspecto tendría? ¿Joven o mayor? ¿Rica o pobre? ¿Putta o pura de espíritu? interrogantes que jamás el hijo les respondió mientras disfrutaban de la comida italiana, de unas cervezas y de unas copas de vino en ese restaurante cercano a la residencia en donde la llevaba para luego deshacerse de ella.



Carmelo despertó ante la conversación de las enfermeras y las luces que lo encandilaban todo. Saludó con un “buenos días” apagado, luego de observar las agujas en su reloj de pulsera, “5.30 am” (un Bulova original, regalo del Fiscal General como monumento a la amistad, una vez que lo adoptó como su mejor pupilo). El hermano “estaba consciente” según le indicó la enfermera. Entonces se levantó del sofá y se acercó a la cama para tomar la diestra desgajada de aquel hombre otrora lleno de fortaleza. Un gesto bastó para que Carmelo se diera cuenta que Camilo, aguardaba la salida de las enfermeras para intercambiar palabras ahogadas en su pecho, que pujaban por salir a flote.

—Bueno, cualquier cosa estamos a la orden, sólo debe oprimir el

botón rojo –y ambas se retiraron.

–Sácame de aquí ahora –fue la primera frase de Camilo dirigida a su hermano. Este entendió de inmediato, para eso eran hermanos mellizos.

–Apenas abra la administración, te llevo a casa. Dándole a entender el hogar de la madre.

–No, a casa no –interrumpió esforzándose una vez más– no quiero que mamá me vea así...Tengo un plan –y pareció decaer unos minutos.

Carmelo seguía aferrado a su mano y las lágrimas surgían involuntariamente de sus ojos, no lo podía evitar por más que intentaba disimular delante de su hermano.

–Vamos a tu departamento, hermano. Debo comentarte algo de suma importancia –hablaba tan bajo que Camilo tuvo que acercar su oído a sus labios y sus lágrimas también invadieron el rostro de su pobre hermano moribundo.

Apenas el reloj marcó las 8 de la mañana, Carmelo se lanzó a planta baja directo a la administración de la Clínica. Con el *Seguro de Vida* de un prestigioso banco nacional, apenas se logró cancelar un treinta por ciento de la estadía, con sus tarjetas de crédito completo el 50% y haciendo una transferencia desde la misma oficina administrativa, pago de su cuenta personal el resto de los costos. No tuvo ningún problema para que le dieran de alta al hermano. Apenas el administrador asomó su intención de que lo mejor era que el paciente permaneciera en la clínica “... *hasta el desenlace...*” al ver la disposición de efectivo de Carmelo, este extrajo la chapa de su cinturón y el hombre al toparse con ella se quedó

mudo y de inmediato se puso a la orden.

–Listo, señor Fiscal, en 10 minutos le tenemos una ambulancia bien equipada para estos casos de traslado. Suba a la habitación que yo le aviso apenas el médico firme la salida.

Justo el tiempo dado por el gerente, el teléfono repicaba y una voz de mujer le anunciaba que se podían retirar, aclarando que, por los lados de la salida de emergencias, lo esperaba la ambulancia. El reloj marcaba la 8.30 de la mañana.

–El traslado no tiene que cancelarlo, señor Prospero, corre por cuenta de la clínica. –Le señaló la secretaria, y segundos más tarde, a punto de archivar la historia del paciente, notó que los hermanos tenían dos apellidos distintos: “Deben ser hijos de padres diferentes”.

La ambulancia no sólo hizo el recorrido en tiempo record, sino que al llegar a la residencia los enfermeros se encargaron de subir la camilla con el hermano enfermo hasta el departamento e incluso lo llevaron hasta el cuarto principal donde lo colocaron cómodamente sobre la espaciosa cama de Carmelo. Se despidieron sin más, deseándole la mejor de las suertes, a sabiendas que, en este caso, la palabra era sólo un decir... una aspiración vacía de contenido real.

En la soledad del aposento, ahora los hermanos se encontraban frente a frente. Sólo habían transcurrido dos años apenas desde su última pelea, aunque parecía una eternidad. Así habían sido sus vidas, una pelea constante, o bien entre ellos, o bien contra terceros.

–Tienes que vivir, hermano, vivir para mamá –habló casi en

susurro. Le costaba mucho elevar la voz. Pero en el silencio de la habitación, no hacía falta que Carmelo repitiera la acción de acercarse a su rostro, sentado en la cama a su lado, entendía perfectamente cada frase de su hermano.

—Cálmate —le sugirió— no te esfuerces mucho.

Camilo sonrió como si de nuevo se burlase de su hermano, como era su costumbre. Pero tenía en mente otra cosa... El plan.

—Sé que andas metido en muchas trampas y de ellas no vas a poder salir airoso. Lo sabes ¿no? —Carmelo afirmó con la cabeza. No quería contradecirlo en esas circunstancias.

—Te ofrezco una salida —y entonces Carmelo comprendió que, de nuevo, su hermano llegaba al rescate como un Caballero de reluciente armadura. No emitió un solo sonido y permitió que continuara. La frase que vino a continuación le heló el alma:

—Suplántame, hermano... Suplántame. Yo no alcanzaré a ver las sombras de esta noche... Te amo, como siempre y te esperaré, como siempre —entonces cayó en un sueño profundo y Carmelo se conformó con escuchar su respiración agitada pero indicativa de que continuaba vivo.

—o—

—El plan, si el plan, ¿en qué quedamos la otra noche? —preguntó Amanda. No era para que yo hiciera un recuento sino una forma de decirme que terminaríamos de completar la idea, y el cómo la íbamos a llevar a cabo. Tenía que ser una ejecución perfecta, no había que dejar hilos sueltos y si se realizaba tal cual como lo diseñamos, todos los involucrados saldríamos indemnes de ese marasmo.

La confabulación consistía en utilizar a Serrano y a Franchesqui sin que ellos mismos supiesen que formaban parte de una treta para liberar a Milena de toda culpa. Si daba sus frutos, significaría que la tal “mujer misteriosa”, señalada en el caso Prospero, desaparecería de la lista policiaca de “los más buscados”. El chantaje tenía que dar resultado y por ello solamente Amanda y yo sabíamos al dedillo de qué se trataba toda la componenda que habíamos tejido juntos. Las chicas igual formaban parte del plan y tampoco tenían conocimiento acerca del mismo. Así, si por casualidad, algo no previsto les sucedía, no habría manera de comprobar que todo aquello había sido un complot urdido milimétricamente por un proxeneta y una puta bipolar, con personalidades diversas. Estarían a salvo de ser detenidos y libres de sospechas. Esa tarde antes de que se acercara la noche comenzamos a precisar todos los detalles. Yo tendría que reunirme con Franchesqui y dejarle caer la perla de que me había reunido con Milena y que esta tenía en su poder todas las grabaciones de las orgias que celebraba Carmelo con las chicas de nuestro negocio. Le diría que yo jamás estuve al tanto de eso hasta ahora y que, en esos desenfrenos dirigidos por ella, actuaban las chicas más “prestigiosas del club”. “Cómo era posible que Milena me hubiese traicionado de esa manera, a mí que la había metido en un negocio próspero luego de sacarla de un antro espantoso de los que pululaban en la capital”. Aquello era imperdonable, pero, en fin, “qué se podía esperar de una puta impía con instintos de superación”. Afinamos todos los detalles esa noche y optamos por elaborar una prueba por si acaso Franchesqui ponía en duda la confesión. Era poco factible esta creencia por el grado de confianza y de amistad que nos unía, pero lo mejor era estar preparados, no le viniese una ocu-

rrencia a última hora y pidiera alguna evidencia al respecto. Aclarados los términos, yo, al día siguiente, debía llamarlo e invitarlo a vernos en el “lugar de siempre”, el bodrio espantoso en donde las confidencias podían hacerse incluso en alta voz porque a nadie le importaba lo que se estuviese discutiendo en la mesa contigua. Comeríamos el bacalao al pil pil, yo le contaría lo que supuestamente me habría confesado Milena y me llevaría un cd por si a Franchesqui se le ocurría exigir un testimonio contundente de aquellas afirmaciones. Aquí era donde entraban las chicas con la grabación lujuriosa del video maquiavélicamente ideado por Amanda y ese iba a ser su cometido antes de que finalizara la noche. Yo esperaba que, en el intermedio, Clarisa se mantuviera oculta, o el plan se nos vendría abajo. Amanda creyó notar mi preocupación al respecto. Me miro y dirigiéndose a mí con firmeza apuntó:

–No te inquietes por Clarisa... Yo la mantengo a raya y aquí, por ahora, hasta que esto se resuelva quien manda soy yo.

Antes del mediodía, con mis nervios a punto de explotar, Amanda ya había realizado su tarea. El celular vibró en el bolsillo de mi chaqueta:

–Pasa buscando el video, mejor no pudo haber quedado –de modo que me fui directo al anexo, una vez suministrada la dirección. Al descender del taxi una anciana asomó por la ventana de un piso superior en son de vigilancia. Como el taxi se quedó a mi espera, debe haber pensado que “esa persona no iba a lo que le había cruzado por su mente a pesar de su vestimenta”. Una condición única que habían exigido los ancianos dueños de la casa a Clarisa, era que no se admitían visitas. “Y menos de hombres”.

El recorrido del este al centro de la ciudad tardó unos veinte minutos. Las calles seguían vacías y en cada cuadra unas patrullas del ejército parecían estar a la expectativa de algún acontecimiento. El taxista se quejó de los pocos clientes que había recogido en esta semana.

—La gente no sale de sus casas —fue la única palabra que le escuché desde que hicimos el periplo respectivo, ya cuando nos deteníamos a unos metros del agujero del bacalao.

Franchesqui no había llegado, eso me alivió. Con el cd en las manos tenía la esperanza de que no me lo exigiera pues yo no había tenido tiempo de revisarlo. No tenía la más mínima idea de su contenido. Me imagine a Petra Juana haciendo alarde de la irrumación, pero ¿a quién se lo ejecutaba? ¿A quién le demostraba esa técnica original y portentosa producto de su propia inspiración? Porque, hasta donde habíamos diseñado el plan, todo era una gran mentira y el muerto, estaba muerto. Al menos que Amanda hubiese encontrado un doble para llevar a cabo la farsa. ¿Un cliente nuevo quizá, acaso un enamorado ingenuo del cual yo no tenía ningún conocimiento? ¿Un truco, un montaje en la edición muy factible en esta era de *efectos especiales*? Elaboraba conjeturas sobre cada una de las especializaciones de las chicas, y en ningún momento pude ver el rostro o la presencia de ese hombre achicharrado, hacía apenas unos días y por quien la policía buscaba desesperadamente a mi Milena. ¡Dios me dije! ¿Que habrá en el disco?

Esta vez me había tocado a mí esperar al testafarro del Vice quien se tardó el tiempo en que yo pedía una segunda cerveza en medio de mi típica, pero ahora acentuada paranoia. En la grabación,

supuestamente debían aparecer las chicas “VIP”, es decir: Consuelo: la mujer del látigo y los castigos corporales; Alicia: nuestra experta en el cunnilingus, quien no solo ejercía su arte con otras Fiscales femeninas del citado Ministerio junto al Fiscal, sino que le lamía el culo al héroe de la revolución para que este se revolcara de placer. Incluimos en la parodia a Petra Juana: nuestra Sor Inés de la Cruz en el arte de la irrumación. Ella, supuestamente, le enseñaba al Fiscal a utilizar su boca como herramienta infalible, cuando le diera por la perversión de mamarle el pene a un adolescente en los sanitarios, (según el video), de las discotecas más prestigiosas de la ciudad. No nos olvidamos de Gertrudis quien, siendo hermafrodita, con porte de niña de 14 años podía dar la sensación de que el *héroe* practicaba la pedofilia. Y por supuesto en esta confabulación no se quedaba atrás: “María Gracia de la perdición”, la “ano-réxica” quien, al decir de Milena “y no me creas, Franchesqui”, se hacía pupú mientras Carmelo la follaba por detrás y esto lo hacía eyacular en forma delirante.

—Qué asco —espetó con repugnancia Franchesqui ante aquella imagen que a mí se me ocurrió extraordinariamente escatológica.

Así, mientras yo parloteaba, aquel hombre, pálido y estupefacto, no podía dar crédito a toda esa narrativa, elaborada al mejor guion de Hollywood, que les destaponaban los oídos: “Esa puta miserable”.

—Y uno creyendo que para lo único que servía era para hacer su oficio. No me jodas, Javí. Habrá que hacer algo...dime tú, que sugieres antes de que esa loca ponga a rodar ese video o peor aún, se lo entregue a los medios opuestos a la revolución. Ahí sí es verdad que se arma la que te conté.

–Precisamente por eso te llame. Por tu relación con el Vice. –Se interesó de inmediato.

–Sé, de muy buena fuente y tú también, aunque jamás me lo has confesado, que tú hombre tiene las manos metidas en esto y que el tal “fiscalito”, –y me regodee pensando en mis celos con Milena– no era más que una basura, un vulgar chantajista que por ambicioso metió las manos en donde no debía. Y ya conoces lo del mito de Judas y las treinta monedas de oro que le quemaron las manos.

–Entiendo, entiendo, Javier, pero son cosas que a ti nunca te habían interesado.

–Pues comenzaron a interesarme desde que me metiste en el paquete de las listas de empresarios a punto de terminal en una mazmorra de la policía política.

–Si es verdad, Javi, tiene razón. Te debo un favor y te lo seguiré debiendo, mejor dicho, dos, porque con esto que me confiesas, estas salvando el proceso revolucionario.

–Vamos, Oscar, no me vengas con esa perorata que yo se...–me interrumpió.

–Sabía que ibas a decir eso, –y soltó la carcajada.

–Entonces, ¿tú te encargas? –le pregunté y aun esperaba que me pidiera una prueba. Sólo que ahora yo podía responderle que la tenía en mis manos, pero había notado su intención de usarla para su propio beneficio, de modo que no se la entregaría, pero este pensamiento también fue producto de mi paranoia en ascenso.

–Dalo por hecho –respondió– por cierto, y ese cd, no me digas que esa es la grabación...

–No, chico, es una cinta de Celia Cruz. Una chica la cantó en el “Marina Mar” hace una semana y me enamoré de esa letra. Dice algo así como: “Dile a tu nuevo querer, que no hay nada que temer...”

“La confianza siempre sirve para algo, hay que saberla cultivar”. En eso iba pensando mientras caminaba por la misma avenida del pasado encuentro. Volví a tropezarme con “La Guacamaya” y por supuesto entré, el barman me reconoció al verme. Dos días no son suficientes para olvidar un rostro. Me saludo y colocó en la mesa un vaso con hielo picado, trajo el agua Evián y una botella de Etiqueta que desbordó a su placer

–Y la chica –preguntó con curiosidad de viejo sabio.

–Por ahí viene –respondí –de esta manera yo daba por terminada toda una aventura que estuvo a punto de acabar con el único negocio en el cual había triunfado luego de muchos otros inventos. Un final feliz...Pero también pudo haber terminado de esta otra manera

Final 2: Una aclaratoria perfecta

El plan de Camilo estaba bien delineado, desde hacía tiempo le había hecho seguimiento al hermano y conocía de todas las trácalas en las que andaba metido. Por experiencia sindical, sabía que de esas no iba a salir ileso. O lo esperaba una cárcel, o lo más probable y casi seguro, terminaba con un mosquero en la boca tirado en una autopista. El, por su parte, iba a morir. Los galenos se lo habían anticipado cuando inició un tratamiento tardío.

–El cáncer de hígado, ya se extendió a otros órganos de tu cuerpo. Haremos quimio y radioterapia, pero es bueno que se

prepare y no lo tome a mal, porque esta vida es pasajera y al menos usted sabe cuándo va a morir y eso le da una ventaja sobre los otros mortales. –“*Cómo podía ser una ventaja morir*”, fue lo primero que cruzó por su mente.

–En la historia médica se señala que usted es hermano mellizo. Debe tomar en cuenta que su estado es una advertencia de suma utilidad para su hermano. Debe hablar con él para que este pendiente y se haga los exámenes respectivos. Usted sabe que llegó tarde, pero él puede acceder, de darse el caso, a un tratamiento preventivo.

El médico le aclaró que no siempre por el hecho de que un hermano mellizo fallezca por esa enfermedad, el otro este condenado a padecerla en el futuro, casos en la literatura especializada sobran al respecto. Pero para Camilo, eso era lo de menos. Carmelo no era un bebedor insigne como él que se desayunaba con vodka y jugo de naranja. Le preocupaba más, que “otros” se encargaran de enviarlo a su lado en un tiempo tan perentorio que, como señalaban los teóricos de la muerte, él, su hermano mayor por quince minutos, no pudiese darle la bienvenida a ese otro mundo de merodeo solitario, a la espera de un puesto en una reencarnación, como lo escuchó un día de boca de la señora Josefina, esa amiga “loca de mamá”.

El plan de la suplantación lo fue estudiando detenidamente, pero no se lo contaría hasta la hora final. Siempre subestimó a su hermano menor en lo que a usar el cerebro se trataba. En él, las neuronas tenían serios problemas de sinapsis, quizás por haber nacido al último. Él, Camilo, como le había puesto su madre para no olvidar nunca la herencia de un nombre, le llevaba un largo tre-

cho en este renglón que no fue precisamente legado de un apellido impuesto. Si bien Carmelo le había robado un apellido, él le había robado parte de su materia gris. El hecho de que Carmelo pensara que, por entrar a la universidad, desplazaba a su hermano en este orden cerebral, Camilo no lo iba a discutir. El día a día de sus actuaciones durante todos estos cuarenta años, desde que eran chicos, era la mejor demostración, el mejor testigo de su incapacidad intelectual. Con respecto a su pericia para manipular situaciones, no cabía ninguna duda de que era un personaje a ser tomado en cuenta. En realidad, el problema que lo angustiaba era su madre. Él moría y alguien debía cuidar de ella a estas alturas cuando posiblemente estuviese superando los setenta años. Podía así, con este “plan”, matar dos pájaros de un tiro. Sacar a su hermano del atolladero en el cual estaba metido y dejar a su madre a buen resguardo hasta sus últimos días.

Su premonición se cumplió y antes del oscurecer contemplando la tarde limpia desde su lecho a través de la ventana *pensó* “*Es un buen día para morir*”. Unos minutos antes del viaje final, había despertado luego de un sueño incómodo de respiraciones agitadas y dolores en todo su cuerpo que lo hacían desear una rápida partida. Fue cuando sacando fuerzas logró hablar esta vez con voz clara, fuerte, en sus últimos estertores ante la muerte.

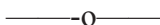
—Debes morir, hermano, de la manera más trágica que se te ocurra —le dijo— el muerto seré yo y tú deberás vivir para consuelo de nuestra madre. Te lo pido en esta, mi última hora. Ella siempre tuvo razón en resguardar este secreto entre nosotros, como si hubiese adivinado el destino. Haz lo que tengas que hacer, pero muere como un hombre. Que no haya ninguna duda de tu muerte luego desaparece hasta que las cosas se calmen. ¿Tendrás algo de

beber para que me honres con “*el último trago*”?

—Claro hermano —Carmelo corrió al bar precipitadamente y abrió una de sus varias botellas de Whisky que jamás bebía, sirvió una dosis pequeña en un vaso y regresó a la habitación. Camilo olfateó ese suave olor de las barricas añejadas por mucho tiempo en las tierras altas. Probó con alma de catador. Respiró fuerte, algo le molestó en la garganta e intentó carraspear. Era la muerte que le entró por la boca.

Ese deceso impactó tanto a Carmelo que lloró lágrimas de sangre. Pero su hermano tenía razón y ahora debía pensar, con cabeza fría, todo lo que le había dicho en su lecho de muerte. Tenía parte de la noche para premeditar lo concerniente a su propia muerte. Lo primero que le vino a la mente fue sacar los paquetes de dólares en efectivo que guardaba celosamente en un lugar secreto de su departamento. Buscar luego un amparo seguro para esconderlos durante el tiempo previsto y regresar acorde a las circunstancias a la casa de su madre con la apariencia de su hermano. Pero en eso Camilo se equivocaba, una madre siempre reconocería a sus hijos, por más mellizos e iguales que fuesen. Por lo tanto, tendría que explicarle, tendría que contarle, confesarle, que todo aquello había sido un plan ideado por su hermano, y que él no había tenido nada que ver con su muerte. Más adelante vendría el reclamo de la herencia y estaba claro que en eso lo ayudarían las autoridades respectivas, pero él debía internalizar su papel del hermano mellizo a la perfección. Era claro que con su aparición se iba a levantar un polvo, pero no quedaba más remedio. Existían pruebas suficientes para sostener esa relación sanguínea. El resto sería negarse a hacer aclaratorias, pidiendo respeto a la intimidad familiar. Con esa explicación, la madre le creería, sabía que

Camilo era capaz de eso y mucho más por ayudar a su hermano menor. La razón de su existencia, nunca impuesta por ella, que perennemente lo mantuvo en segundo plano por una rabieta, una venganza sin sentido...Y pensar que todo aquello se había originado por un simple cambio de apellidos. Ahora él, Carmelo, como Camilo, libre de culpas, cuidaría de ella hasta su muerte.



Apenas probé el whisky, tome el celular y marque el número de Clarisa, pero ella no respondió, lo hizo Amanda. Había cumplido su promesa de mantenerla a raya hasta que el plan se consumara.

—Cómo salió todo —fue lo primero que preguntó.

—Bien, quiero que nos veamos. Estoy en el mismo bar de la vez pasada, Toma un taxi por favor, te espero —y colgué dando por entendido que ella no opondría obstáculo en aparecer...Y así fue. Media hora se tardó en llegar, un tiempo insuficiente para que yo terminara de tomarme el primer trago. Cuando apareció tras abrir las puertas de madera añeja de ese bar mágico, donde habíamos concebido una trama de novela para ser escrita, me quedé pasmado ante lo que emergió frente a mí. Blue Jean, zapatos deportivos y una franela manga corta con cuello en “V”, poco ajustada para ocultar los senos. Esa para nada era Clarisa.

—Las avenidas están vacías —dijo al verme sorprendido en momentos en que hacía un gesto con el reloj— se acercó y no me besó como era su costumbre —no la de ella, sino la de Clarisa— hasta el taxista se quejó de que no estaba produciendo nada —comentó sonriendo.

–Igual me dijo lo mismo el que me trajo hasta aquí al mediodía.

–Entonces...Cuéntame...Todo salió como lo pensamos –el barman se acercó en ese momento y ella pidió un trago. Cuando el hombre se dispuso a picar el hielo, lo paró en seco.

–¡Epa!.. Hielo entero, por favor. –Esperamos a que terminara de servir y entonces le conté que Franchesqui no me había exigido la prueba de las supuestas orgias.

–Menos, mal, porque en ese cd no había nada grabado.

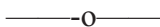
–¡Estás loca! –salté a punto de derramar el vaso con el whisky en mis manos. –Me dijiste que ahí estaba todo: grabaciones de todas las perversidades de las chicas que teníamos en la lista. Entonces ¿qué hiciste esa noche cuando dejaste mi departamento?

–Me fui a casa a dormir. Tú debías confiar en tu poder de persuasión, yo sólo te di un aliciente... No te creas, también me preocupe, pero siempre podías tener la excusa de que el cd no se había grabado. ¡Vamos hombre! Déjate de pendejadas, acaso no confías en eso que llamas tu “increíble intuición en momentos de crisis”.

Se me habían aflojado las piernas luego de esa confesión. Tuve que ir al baño porque también se me aflojó el estómago, al regresar Amanda se había ido.

–Hoy me vestí como una loca, ¿qué te parece? –me preguntó Clarisa.

Este final me parecía justo. El cuento no contado de los hermanos mellizos...pero, preferí buscar una tercera opción.

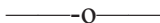


Un final infeliz

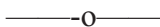
Si ciertamente Carmelo carecía de la inteligencia de su hermano, esa tarde parecía poseído por el muerto. No dejó detalle sin estudiar. Milena en una oportunidad, husmeando se había tropezado con un baúl hermético, pero sin cerraduras en el pequeño baño no disponible y de uso exclusivo para el servicio. Lo abrió por casualidad y se encontró con unos paquetes extraños de “droga”, pensó, en cuya etiqueta se leía “C4” (*¿qué animal es ese gato?, se le habría salido el oriental en ese momento, pero esta frase es un invento mío*), al lado, tres pistolas y un rifle con mira telescópica, acompañaban los pequeños bultos dispuestos unos sobre otros cuidadosamente atados con nylon, asegurados a su vez con cinta adhesiva. Recordó que Carmelo era fanático en sus tiempos libres, de la cacería de chigüires, lapas y hasta venados que luego consumía en sus grandes banquetes con los amigos, allá en su Carúpano natal. Cerró el baúl y continuó husmeando. Carmelo había salido a la licorería de la esquina en busca de bebidas para acompañar una pizza. Ella, en su curiosidad, sin recordar la vieja anécdota del gato, entró al cuarto dispuesta a abrir gavetas. En la primera sólo encontró ropa interior de marca. En la segunda, franelas de marca. En la tercera, medias de marca y en la cuarta, una cantidad de fotografías desordenadas, muchas de ellas en blanco y negro, otras a color y al tomar una al azar, se quedó perpleja. La imagen mostraba a dos hombres idénticos que celebraban con dos botellas de cerveza. Alguien tomaba la foto y ellos sonreían. Detrás, un barrio difuminado mostraba un rancharío, y más cercano, se distinguía un aviso

“Polar la cerveza popular”

“Pídelas en la bodega de Palmar”



Una vez hecha la experticia en todo su departamento, y de eso sabía mucho Carmelo, gracias a sus relaciones policiales, ideó la segunda parte del plan que él supuso sería aplaudida en el más allá por su hermano mayor: “Moriría en un atentado”, y de allí en adelante, le importaba un bledo que se desataran los demonios, la hecatombe, el caos o el fin del mundo. Esperó hasta altas horas de la noche y gracias a su corpulencia y al insignificante peso de su hermano, logró llegar a la 4X4 estacionada como nunca a la espera de un cadáver. Una vez encendida la camioneta, condujo hasta la sede policial en donde solía levantar sus actas procesales. Esperó un tiempo prudencial. Se dejó ver por todos los funcionarios que a esa noche se encontraban de guardia. Era muy normal que un Fiscal se apersonara a esas horas en la Central si se estaban realizando arrestos, operativos en busca de delincuentes o interrogatorios a sospechosos de crímenes, robos, estafas y “tutela de prostitutas”. Saludó y abrazó como nunca a varios de los funcionarios que no eran santos de su devoción, quienes se extrañaron por esa “rara” cortesía del Fiscal...y finalmente se dirigió a su 4X4. Una vez quitada la alarma, observó el horizonte despejado. Saco a su hermano de la parte trasera del vehículo. Lo colocó firmemente al volante. Puso las cargas de C4 conectadas a una frecuencia con su celular. Caminó unos cien metros, alejado del vehículo, esperó hasta que no hubiese nadie cerca para evitar otras víctimas mortales. Y una vez despejado el escenario, detonó los explosivos.



–Estas muy bella, así sencillita, me encantas –le respondí seducido ante su sonrisa angelical.

–¿Seguro? Y yo que pensaba que eras un “*sifrinito*” de esos que abundan ahora. ¿Y qué hay de Milena? –preguntó de pronto angustiada.

–Todo bien, amor, lo ocurrido no fue más que una gran equivocación. Alguien que se parecía a ella, pero ya todo se aclaró, nunca existió la tal “mujer misteriosa” inventada por la prensa amarillista.

Gracias a los medios de comunicación, Milena reapareció. Su llamada me llegó una mañana preciosa porque la luz, a punto de abrirle las puertas a un diciembre fabuloso, a la espera del 2005, llenaba mi departamento de alegría.

–Hola bello –dijo la voz a lo lejos– ahora todo está bien, espero verte antes de que finalice la semana... No te acostaste con la niña, ¿verdad?

–No amor, por favor, como puedes pensar en algo así...

Milena jamás sabría lo que hicimos Amanda y yo para salvar su pellejo. Las historias que me contó después, yo las asumiría como un idiota proxeneta con humor, sin confesarle el gran complot que habíamos urdido para salir airosos de una situación terrible, que nos mantuvo por más de una semana sumergidos en la más espantosa pesadilla de mis sueños paranormales. Todo lucía como un final feliz, hasta esa llamada que Milena recibió tres meses después cuando todos pensábamos que nuestro mundo había regresado a la normalidad... Parecía un buen final para Franchesqui y Serrano, pero me decidí por otro.

Final de película

Josefina y Carmencita regresaron del mercado con las compras previstas para la gran sopa: una curvina en ruedas, verduras, vegetales y hierbas aromáticas: Una sopa sin el “Apio España” estaba incompleta. Llegaron a tiempo para pelar las verduras y colocar la olla de presión con todo su contenido sobre la hornilla a gas. Carmen jamás la había usado, ese regalo de Camilo, le daba miedo, “no vaya a ser que esa olla explote”. Josefina le explicó que el tiempo en que tardaban las verduras para ablandarse con las ollas normales, se disminuía con las de presión y el cocinar se reducía a minutos. El pescado se agregaría una vez que las verduras se ablandaran. Mientras: “había mucho de qué hablar”. Cosas de las que no se aburrirían mientras cocinaban el almuerzo. Cosas de muertos... cosas de los espíritus, cosas de humanos que siempre creían que pueden engañar a la muerte, y engañarse a sí mismos.

–Y hablando del regalo de Camilo, ha sabido algo de él, comadrita –preguntó pensando que, al hablar del otro hijo ausente, pero vivo, podía aliviar la pena de Carmencita.

–En lo absoluto, comadre, mi hijo no me quiere y tiene razón, el pobre pagó todas mis culpas, en cambio Carmelo disfrutó de todo lo que él no pudo disfrutar, hasta de mi preferencia.

–Pero ellos en el barrio siempre se veían muy unidos... ¿Quién lo iba a pensar?

–Las apariencias, comadre... Las apariencias. Siempre los obligué a guardar las apariencias, pero en el barrio nadie supo de sus calvarios, cada uno en el suyo, cada uno denigrando del otro, cada uno por su lado, unidos por una madre egoísta que los

mantuvo separados, incluso con los apellidos.

–¿Cómo es eso, comadrita? –se asombró Josefina ante aquella confesión– pero son o no mellizos.

–Sí comadre, son mellizos idénticos y aquí creen que se apellidan Prospero y claro que es cierto, solo uno de ellos. El otro se quedó López.

–Cosas del destino, comadre, seguro que el papá se murió antes de registrar al otro y a usted no le quedó más remedio –supuso Josefina, pues en el barrio sobaban los ejemplos de ese tipo, aunque le sonó extraño que ambos padres no llegaran al registro con los “dos morochos a cuestras”.

– Fíjese que ahí donde los Hernández, Chuíto se quedó Pérez. Y no precisamente porque se haya muerto el marido de Arcela Pérez, comadre, sino que el hombre un día se le ocurrió que le habían montado los cuernos y negó al otro hijo. ¡Válgame Dios!

Pero ese no era el caso de Carmelo y Camilo. Carmencita se enfrentaba ahora a una disyuntiva. Josefina se la había puesto en bandeja de plata para continuar con la mentira que hundió a sus hijos en el pantano de la desgracia. “*La verdad nos hará libre*”, palabras del sacerdote en el último novenario de su hijo, para elogiar y congraciarse con las declaraciones del Fiscal General ante la prensa: “No existe la tal mujer misteriosa”. “Todo fue un invento de la prensa amarillista”. “Al final, las investigaciones concluyeron que la mujer que con frecuencia visitaba el apartamento del Fiscal, Carmelo Prospero, no era otra que su propia madre”.

–Nada de eso, comadre, Yo les hice esa maldad por venganza –

y entonces, Carmencita Prosperi, decidió acabar de una vez con aquel secreto que le destrozaba el alma.

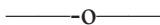
—Por eso estudiaban en liceos alejados de la parroquia. De esa manera yo sólo tenía que explicar a sus maestros, cuando preguntaban, que yo nunca había regresado a Carúpano para corregir esa falta en las partidas de nacimiento. Error que fue producto de llevar a uno primero y al otro un mes más tarde a la prefectura para su registro. Yo les mentía, claro estaba.

—¡Ay!, comadrita, que duro eso para usted, como habrá sufrido todos estos años.

—Al final, comadre, cada uno de ellos escogió a sus amigos como bien les vino en gana. Carmelo se la pasaba con los compañeros de estudio y Camilo, bueno ya usted sabe eso, se reunió toda su vida con los chicos de barrio. Sólo en pocas ocasiones coincidían los dos en la bodega “*El Palmar*”. A quién se le iba a ocurrir que siendo hermanos mellizos podían tener distintos apellidos, dígame usted.

Durante el tiempo en que se ablandaban las verduras, Carmencita le resumió su vida a Josefina, no dejó nada importante oculto, se saltó las banalidades, la violación y los dos novios con los que se acostó de los cuales, jamás pudo precisar quien había fecundado su óvulo. Al final respiró como no lo había hecho nunca, se libraba de un peso enorme gracias a su comadre, quien la recompensó con un abrazo fraterno y bondadoso.

—Venga, comadrita, vamos a comer ya que el mundo no se acaba hoy.



–Hola amor, disculpa que te llame tan de madrugada, acabo de matar al muerto y espero que tú, Oscar y Serrano se encarguen de desaparecer el cadáver.

Era la típica historia de la rutina y de las pasiones desbordadas de las cuales somos prisioneros. Carmelo no pudo aguantar tanto tiempo con una personalidad que no le pertenecía. Tres meses fueron pocos para que surgiera de él la ambición que lo poseía y escogió a mi Milena para llevar a cabo su nueva empresa, la única capaz de identificarlo, de apoyarlo en sus nuevos propósitos. Más dinero, más chantaje. La rueda de la codicia giraba otra vez. Se le apareció de pronto en su departamento y luego del susto, Milena reaccionó pensando que era el hermano de la vieja fotografía en donde ambos aparecían brindando con dos botellas de cervezas, pero algo en su interior le dijo que no era así.

–No te asustes, soy Carmelo, déjame entrar y te lo explico todo.
–Ella dudó, pero más pudo la curiosidad, como siempre, sin recordar el viejo cuento del gato. Entonces zafó la cadenilla y el muerto hizo acto de presencia.

Sin salir de su asombro, Milena escuchó por un par de horas todo el cuento de Carmelo, no lo podía creer y para colmo, este ser despreciable, venía a proponerle un retorno a sus viejos negocios, Ahora con una lista en sus manos de los empresarios que habían huido del país, para evitar que los acusaran de ser los autores intelectuales de la muerte del muerto que se encontraba frente a ella. No daba crédito a lo que escuchaba y su ira iba creciendo en la medida en que Carmelo se apasionaba con sus nuevos planes de chantaje.

–Ya basta Carmelo, ¡Sal de aquí! –su rostro, su cuerpo todo se

había transformado producto de la ira que sentía como una hoguera encendida que la carbonizaría en cualquier momento por combustión espontánea.

El mellizo no pudo contener su rencor aplacado hasta ese momento y sin darle tiempo a aquella mujer, espléndida en su moral de prostituta, para esquivarse, le descargó un puñetazo en el rostro que la hizo rodar por el piso aparatadamente. Tampoco pudo protegerse, por más que lo intentó, utilizando sus brazos y piernas, acurrucándose como podía de las patadas que aquel hombre histérico le propinaba sin misericordia

–Maldita puta, te voy a matar, pero primero mato al hombrecito ese con el que vives follando –el hombre descargaba su rabieta y se movía con ansiedad de un lado al otro del salón, para regresar a ese cuerpo abatido en el suelo y de nuevo descargar su ira asestándole con el talón del zapato otra patada que la dejó sorda de un oído. De pronto se oyó un portazo fuerte en el pasillo que distrajo al mellizo, quien se dirigió a la entrada para mirar por el ojo de buey, y aturdida como se encontraba, Milena pudo sostenerse en pies y huir hasta su habitación. Minutos más... O minutos menos, al parecer, en el edificio nadie escuchó las tres detonaciones que se sucedieron en fracciones de segundos. Ni un alma salió a los pasillos, ni un solo vecino se asomó a las ventanas, ni un transeúnte levantó el rostro para mirar a ese cuarto piso por curiosidad ante aquel ruido atronador... Pensé en otros cuatro o cinco finales. El cuento de Milena daba para todo, pero preferí llenarla de besos y hacerle el amor como nunca antes en nuestro hotel de costumbre, mientras el mundo se caía a pedazos a las afueras de aquella habitación.

Todos los derechos
reservados para
Barralibros. Editores
Caracas-Venezuela
Bogotá-Colombia

